

NARCISO

POR

WILDE

Algunos sostienen que la existencia de relaciones objetales excluye el narcisismo, hace notar Kohut cuando refiere que es, a veces, con los objetos que se desarrollan las experiencias narcisistas más intensas.

Tipo de energía, sector de investimento, modo de funcionamiento o de disfuncionamiento, yo ideal, ideal del yo, experiencia transactivista, constituyen algunos de los caminos que se recorren para la elaboración de la teoría psicoanalítica del narcisismo. También el análisis de la creación literada ha enriquecido desde el comienzo, el conocimiento psicoanalítico. Precisamente, la versión wildiana del mito de Narciso nos permite apreciar, tal como Kohut lo señala, una intensa experiencia objetal de naturaleza narcisística.

A Julio Gómez de la Serna debemos una de las traducciones al español de las obras completas de Oscar Wilde. A pesar que Wilde, con su mordacidad habitual, decía que “las traducciones son la literatura de los ecos”, el traductor ha permitido que el eco castellano no alterara en demasía la voz del poeta. El mito de Narciso fue desarrollado por Wilde en un apólogo que frecuentemente relataba en sus conferencias. El mismo figura entre sus Poemas en prosa.

Lo enriquecedor de esta obra de Wilde es que, enfrentando a Narciso y el río como objetos interactuantes, nos posibilita gracias al impacto estético que nos provoca, ver el funcionamiento de una pareja narcisística. También nos hace reflexionar sobre la ubicación del fenómeno perceptivo y su relación con la experiencia especular. El apólogo nos aproxima a concebir a la percepción como naciendo con un neto carácter narcisista, proyectivo y paranoico. Esta es la formulación de Lacan. Es así *como* contribuye esta percepción a la creación del “moi” como verdadera estructura de desconocimiento. Aquí es notoria la divergencia con Freud, ya que éste le da a la percepción, como formadora del

yo, una ubicación tópica que la vincula a una directa conexión captativa del mundo externo, el cual impacta activamente al aparato psíquico.

Vayamos a Wilde: “Cuando Narciso murió, el riachuelo de sus arrobamientos se convirtió de ánfora de agua dulce en ánfora de lágrimas saladas y las Oréades vinieron llorando por el bosque a cantar junto al riachuelo y a consolarlo.

Y al ver que el riachuelo se había convertido de ánfora de agua dulce en ánfora de agua salada, soltaron los bucles verdosos de sus cabelleras, gritando al riachuelo.

Y le dijeron:

—No nos sorprende que llores así por Narciso, que era tan bello.

—Pero, ¿era tan bello Narciso? —dijo el riachuelo.

—Quién mejor que tú podría saberlo? —respondieron las Oréades—. Él nos desdeñaba: pero te cortejaba a ti, dejando reposar sus ojos sobre ti y contemplando su belleza en el espejo de tus aguas.

Y el riachuelo contestó:

—Amaba yo a Narciso porque, cuando se inclinaba en mi orilla y dejaba reposar sus ojos sobre mí en el espejo de sus ojos veía yo reflejada mi propia belleza.”

Enrique Probst

(Montevideo)

REVISTA AL TEMA
PSICOANALISIS LATINOAMERICANO:

ENRIQUE PICHON RIVIERE

(II)

PADRE *

Resulta extraño pensarlo. Hasta decirlo. Trato de pensar en este instante —mientras la página en blanco me intimida casi tanto como la muerte— cuál es el primer recuerdo que tengo de mi padre. Un recuerdo que pueda aparecer tan nítidamente como la imagen de un sueño sorpresivamente recuperada.

Ante la página en blanco, ese recuerdo no surge. O surge desdibujado por otros y también por la responsabilidad de escribir sobre un padre que fue psicoanalista.

Casi un estigma. Una marca. La gente espera que un psicoanalista sea una persona equilibrada, dueña de si misma. Que viva sin excesos, sin errores. Sobre todo eso; sin errores. No hay nada más alelado de la vida —y, en consecuencia, del psicoanálisis— que una existencia ordenada.

Recuerdo ahora un párrafo de un libro de Bruno Bettelheim: “Se considera que el objetivo del psicoanálisis es el de hacer que la vida sea más fácil; pero no es eso lo que su función pretendía. El psicoanálisis se creó para que el hombre fuera capaz de aceptar la problemática de la vida sin ser vencido por ella o sin ceder a la evasión. Freud afirmó que el hombre sólo puede extraer sentido a su existencia luchando

* Escrito especialmente para la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”.

valientemente contra lo que parecen abrumadoras fuerzas superiores". Nadie separa al poeta de la poesía. Algún día nadie separará a los psicoanalistas del psicoanálisis.

Mi padre luchó contra lo que parecen abrumadoras fuerzas superiores. Espléndida forma que encontró Bettelheim para decir: el pasado — familiar, cultural— nos abruma como la ley al personaje de Kafka. Y en ese proceso, inevitable, mi padre salió victorioso.

La lucha de mi padre fue doble, como la de todo verdadero psicoanalista: peleó por su vida y por la de los demás.

Y comenzó a ejercer su profesión en una época en que las ideas de Freud eran duramente atacadas, ya sea con la indiferencia o con estrategias de choque. De fuerza. Cuando logró formar un servicio ejemplar en el entonces Hospicio de las Mercedes fue echado y degradado. Mediados de los años 40. Época, también, de mi nacimiento.

La metáfora de la lucha continúa. Un día de comienzos de los años 70, fui a visitar a mi padre. Ese día —en una tarde luminosa— un hombre esperaba a mi padre con ansiedad, con angustia. Ese hombre, se diría, estaba loco. En un murmullo, Juana —una mucama tan enorme que debía pasar de perfil por algunas puertas y corredores— me advirtió que este hombre había estado detenido por dirigir el tránsito. No era un policía, para más datos.

Por un momento, me retraje. La locura nos da miedo. Pero recordé un consejo de mi padre, una vez que estaba —de visita— en una clínica que tuvo en la calle Rodríguez Peña: "El loco —de algún modo hay que llamarlo— sólo te agrade cuando le tenés miedo. Si un loco te mira a los

ojos y no descubre miedo, nada te puede pasar.” Lo miré a los ojos. No vio miedo en mis ojos. Entonces me habló. Me dijo: “No doy más”. Su cuerpo cayó. Literalmente, cayó. Encogido, mirando a través del corredor la puerta del consultorio de Pichon, dijo: “Es como pelear contra Nicolino. . . nunca lo puedo alcanzar., pego, pego y no pueda alcanzarlo, no se puede...

Hablaba de Locche, el boxeador. Locche siempre vencía al adversario. Estaba ahí, pero invencible, inalcanzable. ¿Cuántas cosas condensaba esa astucia, ese oficio prodigioso? Se abrió la puerta del consultorio de mi padre. Le hizo un gesto para que fuera hasta allá. El hombre, este hombre, cayó más todavía. Algo lo destrozaba. Mi padre le hizo otro gesto, esta vez con la mano. Lo llamaba. El hombre negaba con la cabeza, con las manos. Inmóvil en su destrucción. Súbitamente, inesperadamente se irguió, caminó a través del corredor. Entró al consultorio. La puerta se cerró. No conozco el final de este historial, de esta historia. Lo que importa ahora es la imagen; dos luchando del mismo lado por algo casi inasible, que tantas veces resulta intangible: la vida.

Mi padre venció fuerzas abrumadoras. Y nos legó esa certeza: hay ojos que entrevén sin miedo la locura. Va mi homenaje a esa mirada.

Marcelo Pichon Riviere

*ALGO SOBRE
ENRIQUE
PICHON RIVIERE**

Por

RODOLFO AGORIO

Voy a referirme en este breve comentario a uno de los aspectos de su rica personalidad que ejerció mayor atracción sobre mí: la ironía. No era por cierto esa ironía hiriente en la que se oculta, tras una sonrisa aparentemente amable, una hostilidad apenas disimulada. Por lo contrario, era un acercamiento sincero, esforzándose en librar las supervisiones de todo lo que pudiera dar al diálogo un carácter de severidad y formulismo. Sabía ser indulgente con los errores y tropiezos, y a través de sus palabras llegaba una voz de aliento y' de apoyo. Tenía la virtud de infundir cierto sentimiento humorístico muy personal. Traía a menudo, con relación al material presentado, alguna anécdota recuerdo o incidente en los que él mismo había sido protagonista y de ese modo lograba dar a nuestra relación un tinte de amistad que en nada disminuía, sino que más bien acrecentaba, las enseñanzas recogidas en las entrevistas.

Y bien, creo que esta misma modalidad, este humorismo se trasluce en algunas de sus publicaciones. De sus trabajos, me referiré especialmente a las investigaciones que durante un largo periodo de actividad dedicó al estudio de una figura literaria que lo fascinó: el conde de Lautréamont. Se trata de fragmentos de un curso dictado en 1946 en el Instituto Francés de Estudios Superiores y que publicó en la "Revista de Psicoanálisis" (vol. IV) con el título de "Lo siniestro en la vida y en la obra del conde de Lautréamont). Voy a aludirme exclusivamente a las primeras páginas de ese artículo que constituyen algo como una introducción al enfoque psicoanalítico de los fragmentos más

significativos de los “Cantos de Maldoror”. Pichon señala el paralelismo entre la obra y el autor haciéndonos ver lo siniestro no sólo en aquélla, sino a través de la corta y azarosa vida de Lautréamont.

Lo que más impresiona en la lectura del trabajo citado es que al mismo tiempo que lo siniestro se muestra en la vida del autor de los “Cantos” roza a todos aquellos que de una u otra manera intervinieron en la indagación realizada con el objeto de aclarar y resolver los numerosos puntos oscuros de su biografía. Es como si una fatalidad, una maldición sobrenatural e implacable consustanciada con el nombre del poeta alcanzaran a quienes expresaron su interés por el mismo.

El propio Lautréamont alerta a los desprevenidos lectores, que su obra por su carácter satánico, puede serles fatal. Es aquí donde aparece el espectro de la locura; para sus primeros críticos como León Bloy, ella fue el triste destino del autor de los “Cantos de Maldoror”: la muerte en un manicomio. Sólo la locura, dice, puede gestar un “libro monstruoso» y duda de que esta palabra sea suficiente para calificarlo. Otros autores, como Remy de Gourmont y Ruben Darío, descargan sobre Isidoro Ducasse la artillería gruesa de una crítica violenta y apasionada que pone énfasis en las características de loco, perseguido, poseso, blasfemo, desorbitado e incoherente de Lautréamont. Para todo psicoanalista, no deja de ser hartos sospechosa esa reacción ante el personaje de los “Cantos”, personaje que por momentos adquiere el patetismo desgarrante del Satanás de Milton. Cabe preguntarse si Lautréamont no les habrá puesto el dedo en la llaga.

“Aquí”, comenta Pichon, “comienzan los datos que condicionan el carácter

* Escrito especialmente para la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”.

siniestro de Lautréamont. Leopoldo Lugones, influido por la lectura de algunos fragmentos de los “tantos” traducidos por Darío, compone entre los 20 y 22 años un poema titulado “Metempsicosis”. Cuarenta años después el poeta se suicida.

“La leyenda lautreamontana”, agrega Pichon, “comenzó a tomar vuelo y adquirió a través de su desarrollo, carácter satánico, diabólico, presentándolo como un poseso y alienado.” Pero, lo más curioso como ya indiqué, es que ese carácter hace presa sobre todos los que tuvieron algo que ver con Lautréamont.

El padre estuvo vinculado antes de su matrimonio con una bailarina que al ser abandonada por su amante enloqueció y murió al poco tiempo. El padrino, E. Baudry, fue, asesinado por contrabandistas.

E. Montaigne, quien entre los años 1925 y 28 consiguió algunos datos de interés sobre el padre del poeta, enloqueció y posteriormente se suicidó en el Hospicio de las Mercedes, donde Pichon llegó a conocerlo.

El padre, muerto en Montevideo en 1890, nunca habló de su hijo, de modo que el círculo de sus amistades creyó que había fallecido durante la guerra franco-prusiana del 70. Cuando murió el padre del poeta, los testigos que firmaron el acta de defunción fueron dos personas ajenas a la familia, como sucedió con la del hijo.

Un diputado uruguayo que propuso en 1926 que se designara con el nombre de Lautréamont una calle de Montevideo, enloqueció poco después.

La casa de una pariente donde los hermanos Guillot-Muñoz encontraron el único retrato de Isidoro Ducasse, fue allanada por la policía que entre otras cosas incautó la fotografía. Más tarde se recuperó todo, menos el retrato. Un grabador que conoció la fotografía y que pudo reconstruir la imagen también enloqueció poco después y los amigos no estuvieron de acuerdo con el parecido de la obra del grabador y hasta uno de ellos había olvidado haberle visto jamás.

“Todo lo concerniente a Lautréamont”, comenta Pichon Riviere, “ha desaparecido como por arte de magia.” Cuando éste, durante el curso de las investigaciones dio con el paradero en Córdoba del último de los parientes, encontró retratos de toda la familia, menos del poeta. Pudo hallar con facilidad el acta de defunción del padre y también su tumba. En cambio, «su madre había sido entenada con su nombre, sin apellido y sus restos fueron a dar sin duda al osado común tal como sucedió con el mismo Lautréamont. Por varias referencias que he podido recoger tengo la certeza de que la madre de Lautréamont se suicidó.” El investigador tuvo la impresión que los familiares del poeta le consideraban como un poseso y por tal motivo toda la documentación pertinente “fue seguramente destruida como un auto de fe”.

Toda esta cadena de hechos trágicos me trae a la memoria los comentarios de Ribadeau Dumas en su “Historia de la magia”, sobre los acontecimientos que rodearon el descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amon en 1922. Todos los que intervinieron de alguna manera en aquella aventura fueron afectados de males de naturaleza desconocida que los llevaron a una muerte misteriosa: y el autor da fin al relato de esos sucesos con una frase a modo de apóstrofe o desafío: “Dedico esta historia dramática a aquellos, que dudan de la magia”.

Y es aquí donde me parece dibujarse la fina ironía de Pichon Riviere. Realizó sus investigaciones en plena madurez de su intelectualidad, pero ¿habrá sido alcanzado también por el destino de sus predecesores? Esa poderosa atracción que sobre él ejercieron la obra y la compleja personalidad de Lautréamont, ¿lo harían sucumbir, si ya no había sucumbido, en las garras de la locura? Para quienes lo hemos conocido y apreciamos su lucidez y equilibrio, esta duda no cabe en absoluto.

Pero, el mensaje que nos envía señala en cambio dónde debe buscar el lector, el secreto de lo que antecede. Lo demoníaco, la furia agresiva está en

nosotros mismos, forma parte de nuestra prehistoria, constituye el patrimonio exclusivo de nuestro inconciente y no de lo escatológico. Los que sucumbieron, sucumbieron por haber violado el tabú de la muerte y de la locura, por haber sido vencidos por tantas compulsiones antagónicas y hostiles: en pocas palabras, por no haber elaborado el instinto de muerte.

Pichon Riviere nos indica pues, que es en el libre juego de nuestras fantasías donde se debe indagar, siguiendo la senda trazada por Freud, el origen de lo siniestro. Al loco no hay que temerle sino comprenderle, sacarlo de su aislamiento alienante: no es un poseso, ni una persona satánica. Por mi parte no puedo dejar de pensar que en este mensaje y por encima de todo, Pichon nos está señalando el valor creativo de la locura, que ella no es siempre estéril, ni una lacra vergonzante. En un sentido, la personalidad de Lautréamont es un ejemplo elocuente e incuestionable.

RESUMEN

Durante un largo período Pichon se dedicó al estudio de una figura a la que admiró: Isidore Ducasse, el conde de Lautréamont atendiendo sobre todo a lo siniestro en su vida y en su obra. Esto siniestro va a rozar también a los que las estudian, lo cual fue advertido por el poeta: el carácter satánico de su obra podía ser fatal aun para sus lectores.

En efecto, el misterio, la locura y la muerte rondan la vida de Lautréamont y también la de quienes se acercan a él, y lo que concierne a su realidad desaparece como por arte de magia. Por ejemplo, todo retrato y aun su osamenta.

Pichon, en cambio, nos enseña que debemos procurar lo demoníaco en nosotros mismos, que constituye el patrimonio de nuestro inconciente y que el

origen de lo siniestro debe ser buscado en el libre juego de nuestra fantasía. A la vez, apunta a señalar el valor creativo de la locura,

Resumen por S. P.

Recibido el 15 de marzo de 1979

RODOLFO AGORIO (Montevideo), médico psiquiatra, Miembro de Honor de la

Asociación Psicoanalítica del Uruguay, es uno de los fundadores del movimiento psicoanalítico en Uruguay, al que aportó además su vasta experiencia como psiquiatra y su interés y amplios conocimientos en los campos de la literatura y la filosofía. En sus trabajos, aparecidos en diversas revistas y presentados a congresos, se ha ocupado de distintos temas clínicos y en varios artículos realizó notables ejercicios de psicoanálisis aplicado a la literatura.

Dirección: Br. España 2172, p. 5; Montevideo.

“PROCESO EN ESPIRAL”

Y

“CAMPO DINAMICO”*

Por

WILLY BARANGER

Resulta difícil —pero al final rendidor e inclusive necesario— para cualquier ser humano, situarse respecto de quién fue su padre, trátase de una paternidad en sentido estricto, familiar, o de una paternidad simbólica. En el caso mío respecto de Enrique Pichon Riviere, a la relación analista - analizando se agregaba la relación maestro - discípulo, y después la de un amigo mayor muy talentoso y admirado por mí, con un amigo menor en vías de crecimiento. Este es el marco, pasado y sin embargo muy presente para mí, de estas líneas. Es un trasfondo muy personal para un escrito que no quiere ser ni el relato de una historia individual mía, ni un panegírico a él.

Las formulaciones a las cuales llegó Pichon Riviere acerca del proceso analítico como “proceso en espiral” se ubican históricamente en forma aproximada entre los años 1954 y 1958, en cuanto a la evolución intelectual de su autor. Compartimos con el grupo de fundadores de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay el período de gestación de estas ideas en Pichon Riviere, en el curso de muchas veladas “seminarias” en el pleno sentido del término. ¿Qué estudiábamos en esas veladas? Las cartas de Freud a Fliess, los últimos trabajos de Freud: “Análisis terminable e interminable”, “Construcciones en el análisis”, y también otros autores, por ejemplo Henry Ezriel (“La situación analítica como situación experimental”), sin olvidar ni a Melanie Klein, ni a Paula Heimann.

Pero Montevideo, la ciudad, tenía otro valor afectivo para él, además del valor encerrado en nosotros, los que éramos sus habitantes. Otro valor que se resume en el nombre de “Maldoror” —o “Lautréamont” o “Isidore Ducasse”—. Enrique Pichon Riviere compartía con nosotros el objetivo (¿en parte el mito?) de una institución psicoanalítica más libre, más creativa, más permeable al conocimiento de la locura, menos encerrada en ortodoxias conceptuales y en rivalidades de prestancias pequeñas, que las instituciones conocidas. Maldoror, como lema, no estaba mal. Mal de auroras (“Mal d’aurores”), solíamos decir. Lo que tampoco descarta el “Mal de horror” aludido en los “Cantos”. Tuvimos, él y nosotros, de todo: bienes y males, auroras y horrores, con neto predominio de las auroras. Ahora podemos hacer el balance.

Mi sentimiento es que Pichon Riviere llega en estos años a una punta extrema de la teorización psicoanalítica, previa al movimiento que lo va a llevar más y más hacia la psicología social, y, por lo mismo, a apartarse de nosotros.

Pero trataremos de volver a ubicarnos en estos años, creativos y llenos de entusiasmo. Alrededor de Pichon Riviere, en Buenos Aires, se mueve toda una corriente de pensamiento psicoanalítico, sin desmedro de otras corrientes, igualmente activas y creativas. Muchas personas estudiamos en constante interacción con él: Jorge Mom, David Liberman, José Bleger, Edgardo Rolla (que citar apenas unos pocos no sea olvidar a todos los demás). En este ambiente muy efervescente, cada uno aporta lo que piensa y esto puede ser reminiscencia de alguna idea sembrada por Pichon Riviere, o algún aporte nuevo. Sería imposible decir —pero al final no tiene mayor importancia saberlo— quién produjo y quién recibió tal o cual idea, con tal de que tengamos en cuenta que Pichon Riviere nos dio a cada uno mucho más de lo que él podía recibir de nosotros.

La concepción de Pichon Riviere del proceso analítico como “proceso

* *fraEscrito especialmente para la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”.*

espiral” es la síntesis de todo este conjunto de preocupaciones. En este contenido tenemos que incluir también los aportes de Enrique Racker al estudio de la técnica psicoanalítica, y en particular sus estudios (muy novedosos en el momento de su publicación, ya que sólo el primer trabajo de Paula Heimann sobre el tema es anterior), sobre la contratransferencia. Ahí nace la idea de Pichon Riviere de enfocar la situación analítica como una unidad que puede ser objeto de estudio.

Curiosamente —y la referencia a Paula Heimann da la pauta de esta extrañeza— ésta es la época más “kleiniana” de Pichon Riviere. Precisamente en la época en que Paula Heimann se aleja del movimiento kleiniano a raíz de sus discrepancias acerca de la función de la contratransferencia en el proceso analítico, Pichon Riviere se aproxima simultáneamente a Paula Heimann y a Melanie Klein. La paradoja es sólo aparente si pensamos en la total independencia de espíritu de Pichon Riviere respecto de las escuelas, y de las querellas de escuelas.

¿Por qué, entonces, estoy hablando de “época más kleiniana” de él? Estos años corresponden también al progresivo descubrimiento del análisis de niños, según su forma kleiniana, por Arminda Aberastury de Pichon Riviere, quien fue el conducto natural —entonces conyugal— mediante el cual este descubrimiento le llegó, al mismo tiempo que Arminda nos lo enseñaba.

Si uno la mira sin prejuicios, quiero decir, sin los prejuicios de una época ulterior, la teoría del “proceso en espiral” está en una continuidad bastante sostenida con los principales conceptos kleinianos. No con los conceptos ulteriores de Donald Meltzer, en su libro sobre “El proceso analítico”, desde luego, ya que éstos con bastante buen fundamento, podrían ser cuestionados desde una correcta perspectiva kleiniana.

El “proceso en espiral” no admite la brújula de la posición depresiva para designar la dirección del análisis. Uno podría decir que la concepción de Meltzer es lineal unidireccional (paso de la posición esquizo-paranoide a la

posición depresiva, considerada *ideológicamente* como meta), mientras el modelo en espiral puede incluir la posición depresiva como uno de sus momentos no forzosamente más evolucionado ni más positivo que el anterior. Por lo menos, el modelo de Pichon Riviere nos permite conservar la variedad teno-ménica y la complejidad de los fenómenos progresivos y regresivos (y regresivos con disfraz de progresivos), que se dan en un proceso analítico.

En su descripción del proceso analítico, D. Meltzer parece olvidar que M. Klein, en su trabajo fundamental acerca de “La vida emocional del lactante, describe la posición depresiva según dos dimensiones distintas: primero, la “posición depresiva infantil”, ubicada en una perspectiva genética entre los tres y los seis meses de edad aproximadamente, y segundo, la posición depresiva que se ubica en la dialéctica de la evolución - involución que caracteriza la vida psíquica en toda su desarrollo temporal, como uno de los polos de esta dialéctica. El proceso analítico no podría describirse en esta perspectiva, como “un proceso natural” (Meltzer) semejante al crecimiento de una planta que tiene que recorrer determinados estadios para llegar a la planta adulta. La parte realmente importante del “crecimiento”, si uno se aferra a la metáfora botánica, viene después del establecimiento de la posición depresiva: “Desarrollos ulteriores y modificación de la angustia”, titula M. Klein la tercera parte del citado trabajo.

Este malentendido teórico (entre las formulaciones de M. Klein y las de D. Meltzer, en la medida que estas últimas no se sitúan explícitamente en una posición de ruptura con la teoría de M. Klein) no existiría si uno admitiera el concepto de “proceso en espiral”.

La razón de esta posición adelantada del concepto de Pichon Riviere con respecto a “kleinianos” ulteriores y aparentemente más ortodoxos en su línea

kleiniana, radica en la diferenciación que establecía Pichon Riviere, y con él todo lo más lúcido del psicoanálisis actual (a mi criterio), entre lo histórico y lo genético. Aquí surge uno de los problemas que nos estuvo preocupando en aquellos años montevideanos: el problema del psicoanálisis como ciencia, y el tipo de relación que puede tener con las ciencias experimentales y con las ciencias del hombre.

Pichon Riviere dio mucha importancia al problema planteado por Henry Ezriel en sus trabajos acerca de la situación analítica. El “ideal” que ahora consideramos como radicalmente equivocado, que formula la situación analítica como una situación experimental donde determinada constelación (o Gestalt) de elementos manifiestos, al ser entendida y formulada por el analista al analizando, provoca en éste una restructuración de la situación inicial, si bien no traduce con propiedad lo que ocurre en una situación analítica concreta, ni puede en términos rigurosos rendirnos cuenta del proceso, expresa sin embargo algo importante de este proceso. Frente a una situación analítica dada, el analista interpreta algo: si lo que interpreta se limita a la situación presente, cualesquiera que sean los elementos de esta interpretación, no sale de la situación presente. Se trata de una traducción de lo que dice, hace, o manifiesta el analizando en otros términos. Pero, lo que aparece desdibujado en la descripción de Ezriel es la dimensión histórica implicada en este proceso interpretativo. Si la interpretación no incluye la historia no puede alcanzar al sujeto, porque el sujeto es historia. Es su historia individual, la historia mítica de su familia, de su grupo religioso o étnico, de su nación, de la humanidad. El sujeto existe en virtud de sus próceres. Estas fórmulas, las escribo ahora sin sorprender a nadie. Menos todavía podrían sorprender a cualquier lector de Freud. Sin embargo, hubo una época en que esta “rehabilitación” de la historia en nuestra técnica común pudo parecer como una cosa novedosa. Recordaré al respecto la visita de Herbert Rosenfeld a Buenos Aires en 1975, rescatando un aspecto olvidado del pensamiento de la propia M. Klein (y expresado en

reiteradas oportunidades a lo largo de su obra), donde mantenía la vigencia de la historia en el quehacer corriente del analista.

Lo que apareciera, más tarde, desdibujado y casi borrado en la obra de Meltzer, aparece al contrario recalcado y puesto en el primer lugar —el que le corresponde— en la teoría del “proceso en espiral”. Esta teoría evidencia el carácter dialéctico del pensamiento de Pichon Riviere. Por “dialéctico” no aludo aquí a ninguna de las formas específicas del hegelismo —por supuesto conocidas por él—, sino a la corriente de pensamiento originada en Sócrates y llevada por Hegel a una determinada forma metódica. La lectura de Freud por Pichon Riviere —y de M. Klein— me parece así más fecunda que muchas lecturas actuales de uno y otra, y más abierta para que nuevos investigadores agarren la antorcha.

Proceso en espiral designa una dialéctica específica del procedimiento analítico en la temporalidad. “Hic et nunc” (aquí y ahora) dice Ezriel, traduciendo en forma equivocada la tendencia de M. Klein a conservar la vigencia de la dimensión histórica del sujeto, aunque, es cierto, no la diferencia claramente de los conocimientos adquiridos acerca de su evolución psicogenética. “Hic et nunc et mecum”, dice Pichon Riviere, aquí, ahora conmigo, pero agrega “como allá y antes” y también “como más adelante y en otra parte”. La dialéctica designada por el proceso en espiral implica todas las dimensiones temporales, tanto el pasado que viene a repetirse en el presente de la situación analítica, como el futuro que en ella se abre en forma de prospectiva.

El impacto específico de la acción interpretativa del psicoanálisis está precisamente aquí, en la repetición que se produce en el nivel transferencial y que se rompe mediante la interpretación, al tiempo que se asume como repetición. Esta ruptura es lo que permite que se abra la temporalidad hasta entonces encerrada en el círculo vicioso de la repetición y aparezca la dimensión prospectiva del porvenir rescatado de la compulsión repetitiva. Por esto el vaivén del proceso analítico recorre, en un sentido y en el otro, hacia el

pasado y hacia el futuro, las distintas vueltas de una espiral sin comienzo absoluto (ni en el nacimiento del sujeto, por supuesto) y sin final predeterminado (salvo su muerte ineludible pero no determinada). La superposición de las curvas de la espiral ilustra esa mezcla de repetición y no repetición que se observa en los acontecimientos característicos del destino de una persona, ese movimiento conjunto de profundización dentro del pasado y construcción del porvenir que define el proceso analítico. Así vemos las estructuras repetitivas que constituyen la ley interna del destino individual superponerse en distintos momentos de la historia, en distintos niveles de la constitución de la persona, oscilando entre el deletreo repetitivo de una misma palabra —la que se inscribe en la espalda del culpable de la “Colonia penitenciaria” de Kafka— y la composición de sus letras en una palabra nueva: repetir y elaborar. El modelo tridimensional de la espiral está en continuidad directa con “Análisis terminable e interminable” y con el concepto de la temporalidad desarrollado por Freud en esta obra.

El movimiento en espiral parte de un punto en el presente —con una configuración que se da en el marco de la situación analítica— que es el punto de acceso a la dialéctica de la espiral. Pichon Riviere lo llamaba “punto de urgencia”. Si bien la denominación es tomada de algunos trabajos de Melanie Klein, resulta fácil constatar que Pichon Riviere le atribuía un contenido bastante distinto y más elaborado que M. Klein. Para ella el punto de urgencia está definido en virtud de lo que se impone interpretar para que el movimiento del análisis pueda seguir adelante, y el indicador de su ubicación en cada momento es la angustia, ya sea en forma manifiesta, como despliegue angustioso dentro de la sesión, o latente, escondida detrás de una inhibición o una detención de las asociaciones o del juego si se trata del análisis de niños. Pichon Riviere entendía el punto de urgencia como emergencia de algo, una situación enraizada en el

pasado del sujeto y que tendía a invadir la situación presente. Los horrores de la locura emergiendo del pasado: si uno no quiere zambullirse en ellos, uno queda preso, y ninguna aurora puede cantar.

El punto de urgencia está en la emergencia de la locura. Pichon Riviere había entendido esto de su experiencia psiquiátrica anterior o contemporánea de su experiencia analítica. Acostumbraba situarse a sí mismo en el borde peligroso de la locura: ni del todo de aquel lado, ni del todo de este lado. Por ello se dio su participación en la experiencia surrealista, que podía expresar en forma literaria lo que él estaba haciendo. Toda su vida y toda su enseñanza se ubican en este borde peligroso, y no se podrían ubicar *en ninguna* otra parte.

El proceso en espiral, que recupera dentro del marco de la situación analítica las distintas caras del destino de un sujeto, que van modificándose a cada vuelta de la espiral, tiene su raíz en configuraciones arcaicas previas a la diferenciación de la existencia del sujeto en mente, cuerpo y mundo, sus “áreas” interrelacionadas y *constitutivas*.

Puede decirse que el sujeto define su destino entre una configuración inicial que le confiere la base de su individualidad, y apunta a una configuración final que constituiría, para él, la resolución del enigma planteado en el punto de partida. De donde el concepto de “enfermedad única”, unidad del individuo detrás de las divisiones fenoménicas que la hacen expresarse a veces en forma de síntomas psicológicos, a veces en el área de lo orgánico, y a veces en su coexistencia con los demás, con los grupos, la sociedad o la cultura. En otras palabras, la espiral del proceso analítico parte de una “fantasía de enfermedad” y apunta a una “fantasía de curación”. Este trayecto se va encarnando en los acontecimientos concretos de su historia, que confieren sus distintas caras a la evolución del sujeto, lo mismo que distintas fotografías de la misma persona, tomadas *en* edades distintas, nos pueden mostrar como una misma fisonomía se va modificando en las distintas edades, sin dejar por ello de ser la misma. El

destino misterioso y peligroso de Isidore Ducasse, “Conde” de Lautréamont, del cual buscábamos en Montevideo las huellas casi todas borradas en archivos estropeados por el tiempo —salvo la tumba de su padre, que existe todavía en el antiguo cementerio de la ciudad—, tenía para Enrique Pichon Riviere un valor paradigmático.

Desde el misterio de su nacimiento, hasta su desaparición final en la tormenta de 1871 (el sitio de París - La Comuna), sin que nadie pueda decir con seguridad ni cuándo ni cómo murió, su destino queda marcado por un sello de siniestro que todos los seres cercanos a Lautréamont parecen haber sentido agudamente, hasta hacer desaparecer todo rastro de su existencia real aun sus retratos y fotografías, de tal manera que lo único que disponemos acerca de su apariencia física son retratos imaginarios. Enrique Pichon estuvo siempre — desde que lo conocí— pensando, redactando, proyectando publicar su obra sobre Lautréamont. Con variantes, el título era “Lo siniestro en el destino y en la obra de Lautréamont”, y Enrique estaba convencido que la potencialidad de siniestro encerrada en este destino y en estos “Cintos” era tal que resultaba peligrosa para cualquiera que quisiera frecuentarlos con demasiada cercanía. Detrás de las formulaciones mágicas o de humor negro con que solía expresar este sentimiento, uno podía leer, si prefería esta formulación *abstracta*, la peligrosidad de Lautréamont, como objeto de identificación, *para* ciertos seres.

El destino de Lautréamont, el destino de cada persona, responde a una organización inconciente semejante a lo que Freud descubrió como neurosis de destino, mito de los orígenes, novela familiar. Es también lo que se revela para quien está dispuesto a escucharlo, en la primera sesión de un proceso psicoanalítico.

Este concepto de la fantasía de enfermedad como construcción inconciente

originaria, suena particularmente actual, y no podría parecer extraño a la luz de los desarrollos más recientes del pensamiento analítico: pensemos, por ejemplo, en los estadios de Leclaire sobre el representante narcisístico primario, sus vicisitudes y metamorfosis.

La fantasía de curación como meta *inconciente del* proceso analítico se origina en la fantasía misma de la enfermedad, como medio optativo de transformarla o de eludirla. La “curación” de una persona, no pudiendo surgir sino de lo más profundo de su individualidad, no puede ser proporcionada por ningún decálogo de salud mental, por ningún manual de adaptación a un tipo de existencia externamente determinado. Tiene sus formas arcaicas, omnipotentes, irreales, pero también sus elementos integrables en otras configuraciones que quedan por inventar en las vueltas de la espiral.

EL “CAMPO BIPERSONAL DINÁMICO”

El concepto que tratamos de formular, Madeleine Baranger y yo, en un trabajo del año 1962, “La situación analítica como campo dinámico”, se origina en las mismas preocupaciones teóricas y técnicas que compartimos con Pichon Riviere durante los años de elaboración de su teoría del proceso en espiral. Se trata de un concepto muy vecino, introducido en forma ulterior al proceso en espiral, no en contradicción con éste, pero tampoco en su prolongación directa.

Se sitúa como una línea de pensamiento cercana pero orientada en forma distinta a partir de un punto de origen común. El proceso en espiral apunta esencialmente a dar cuenta del desarrollo temporal del proceso analítico, de sus vueltas, repeticiones, elaboraciones, en la alternancia de la regresión y de la progresión, de la dialéctica de la historia y de la temporalidad que lo caracteriza. El “campo bipersonal” apunta a describir con mayor precisión de la que se había conseguido hasta entonces la estructura de la situación analítica y su dinámica, no enfocándola en la totalidad de su desarrollo en un tratamiento analítico, sino

en entidades temporales menores: una sesión, o parte de ella, o un grupo de sesiones. No considerábamos que estábamos proponiendo una teoría alternativa de la de Pichon Riviere, sino más bien una teoría complementaria que se podía articular con la suya, pero cuyos puntos esenciales estaban ubicados y enfocados en forma distinta.

Retrospectivamente no pensamos que nuestro “narcisismo de las pequeñas diferencias” haya influido mayormente en esta diferencia de enfoque: la referencia de Pichon Riviere, explícita en este trabajo, no es de cortesía, sino de fondo.

¿Por qué introducir el concepto de campo en la descripción de la situación analítica? El concepto tiene su origen fuera del psicoanálisis, en la teoría de la *Gestalt*, para designar el conjunto de relaciones interactuantes entre una pluralidad de elementos que constituyen una estructura; en la fenomenología, para designar la constitución recíproca del sujeto y del objeto en una función determinada (el campo perceptivo, por ejemplo) y aquí la “Fenomenología de la percepción” de Merleau-Ponty parecía imprescindible; en la psicología de Kurt Lewin, aunque ésta se diferencia de toda psicología analítica por varios aspectos fundamentales. También tuvo una concreta influencia sobre nuestra formulación la experiencia que teníamos de psicoterapia analítica de grupos, de la repartición de papeles, funciones, sentimientos entre los distintos integrantes de un grupo terapéutico y de las fluctuaciones de esta repartición.

Nos parecía entonces —y esto sigue válido para nosotros— que ni el analista, ni el analizando, una vez implicados en una situación analítica y en un proceso, podían ser descritos ni entendidos como personas aisladas, sino en función uno del otro; que la situación analítica misma podía ser descrita como una totalidad estructurada cuya dinámica resultaba de la interacción de cada una de ellas sobre la otra y de la situación analítica sobre ambas, en una causación recíproca.

Como esta estructura cambiante se desarrolla dentro de un mareo pre-establecido por contrato y relativamente estable —aunque esta estabilidad pueda ser modificada en virtud de cambios que se van operando dentro del proceso mismo— nos resultó de aplicación evidente y necesaria el concepto de campo para designar a la vez el marco de la situación, la configuración funcional que determina su finalidad y su procedimiento, los cambios de configuración que allí se producen y la repercusión que tienen estos cambios en las dos partes.

La aplicación del concepto de campo a la situación analítica —que se sitúa por otra parte en la línea de lo que proponía Balint como “Two bodies Psychology”, entendiéndolo por esto que se trata de dos personas presentes en carne y hueso, pero de más personas en ausencia y efigie”—, implicaba el conferir su pleno estatuto teórico a lo que Freud y mucho después Paula Heimann y Enrique Racker hablan descrito como “Contratransferencia”. La idea sostenida por Racker de la contratransferencia como dimensión normal constante, utilizable (salvo en algunas de sus formas extremas y paralizantes) para el desarrollo del proceso analítico, significaba que el analista está implicado como parte integrante en el campo, no solamente con su esquema referencial, sino con su experiencia personal, analítica y otra, sus conflictos actuales y pasados, su inconsciente. Esto no quiere decir como se ha entendido a veces, que el analista esté implicado en el campo de la misma manera que el analizando. La funcionalidad del campo exige una disimetría radical entre la función del analista y la del analizando. Esta disimetría funcional se manifiesta en muchísimos puntos. Citemos tan sólo algunos. El analizando tiene que asociar libremente; Freud ha definido de qué se trata. El analista también asocia libremente, pero acerca de las asociaciones del analizando: es lo que Freud ha definido como “atención flotante”. El analista no *se distrae*; si lo hace, no se golpea el pecho reprochándose su falta de conciencia profesional, sino interroga

su distracción. ¿Qué ha podido producir este alejamiento aparente con relación al analizando? El contenido de sus pensamientos “flotantes”, ¿no tendrá relación con lo que dice o esconde el analizando? La atención flotante no flota al azar, y las corrientes que la llevan emanan de los procesos subyacentes en el campo.

Otra disimetría se nos presenta en cuanto a la verbalización de las asociaciones libres: el contrato analítico compromete al analizando a comunicarlas al analista, hasta que pueda. Otro aspecto del control, tácito éste, obliga al analista a *no* comunicarlas al analizando, sino en la forma muy especial del resultado de un procesamiento donde su asociación permite entender algo que pasa en el analizando, y se lo formula en términos fundamentados en sus propias asociaciones y referidos exclusivamente a él. Siempre fuimos convencidos que otro tipo de uso de la contratransferencia, lo que se suele llamar confesión contratransferencial en todas sus formas es casi siempre nocivo y confusiónante para el analizando. Una excepción de esta regla sería el reconocimiento por el analista de la realidad de un acto fallido suyo percibido por el analizando y su posterior análisis (en la medida que se pueda entender, pero siempre apuntando al analizando).

Asimismo, se suele reconocer que la situación analítica induce una cierta dosis de regresión en el analizando, y, eventualmente en el analista. Esta regresión del analista es útil en la medida que le permite resonar frente a ciertas tensiones y ciertos aspectos encubiertos del campo. En la medida que pasa de ciertos límites en intensidad, o adquiere ciertas formas cualitativas puede tornarse contraproducente por el borramiento de los límites entre el analista y el analizando. En este caso la percepción de su estado regresivo por el analista puede servir de señal de alarma frente a una patología del campo, y volverse la ocasión de un vuelco positivo en el proceso.

En nuestra descripción del año 1961, tratábamos de estudiar la ambigüedad de la situación analítica. Allí también hubiéramos podido marcar las diferencias

entre la ambigüedad del analista y la del analizando. Éste, al aceptar su inclusión en el campo, al aceptar la temporalidad atemporal del proceso, se ubica al principio en una zona de realidad - irrealidad donde ocurren acontecimientos y sentimientos que pueden tender a borrar los límites entre el proceso analítico y la vida “real”. Si el analista restablece después estos límites, un momento de psicosis transferencial puede resultar muy provechoso. Pero, si el analista pierde la necesaria ambigüedad, el proceso cae en el deterioro.

Se podrían multiplicar los ejemplos de puntos a propósito de los cuales la disimetría del campo se vuelve patente e imprescindible. La “dirección de la cura” pertenece indudablemente al analista, así como la responsabilidad de mantener en la medida que pueda, las condiciones necesarias que le permitan proceder.

Cabría por lo tanto recalcar la dualidad de las inclusiones del analista en el campo. Por un lado, él es quien establece la regla del juego, los límites y el tipo de funcionamiento del campo, y los mantiene. El analizando tiene que aceptar, no sólo verbalmente, sino también con su comportamiento y su cumplimiento, las reglas que determinan la posibilidad del análisis. Pero, por otro lado, el analista está incluido dentro del campo como interlocutor presente, como *objeto* (y no pantalla) para el analizando, como resonador de las comunicaciones del analizando, como instrumento de su propio trabajo.

El desdoblamiento de la función del analista dentro del campo se expresa en una dualidad de visión, o de mirada, fenómeno bien conocido de todos nosotros, aunque poco estudiado porque lleva directamente a la contratransferencia, a la que la mayoría de los analistas preferiría evitar. Tenemos que diferenciar en toda sesión analítica dos clases de mirada: una mirada primera o simple, que enfoca el material asociativo proporcionado por el analizando: analizamos un sueño, por ejemplo, relacionando los elementos del contenido manifiesto con las

asociaciones, descubriendo los restos diurnos que intervinieron en la composición del sueño, estableciendo relaciones de este sueño con sueños anteriores, con recuerdos ya contados por el analizando, con su situación actual en relación con otras personas, etcétera. Mientras este trabajo prosigue sin tropiezos, no salimos de esa mirada en primer grado. Pero, si se produce un tropiezo en este trabajo, si surge en nosotros algo raro, un sentimiento definido, una reacción corporal, una fantasía extra-temporánea, vamos sintiendo la necesidad de cambiar la ubicación de nuestra mirada y de enfocar no sólo al analizando sino al campo en su conjunto, nosotros mismos incluidos dentro de él. La segunda mirada es la que incluye la auto-observación del analista

Pasa aquí algo semejante a lo que Freud describió como señal de la aparición de la transferencia: el fluir del relato del analizando se encuentra detenido o interferido en alguna forma. Las asociaciones tropiezan contra un obstáculo y sabemos entonces que el analizando está ocupado por pensamientos o sentimientos referidos al analista. Esto invita al analista a dirigir su mirada sobre la situación transferencial, sin dejar el nivel de la primera mirada. No se trata de un obstáculo al trabajo del analista sino de uno de sus instrumentos esenciales.

Pero puede ocurrir una situación distinta: el analista siente su propio trabajo interferido y la señal puede ser: “no entiendo nada de este sueño”, o bien: “¿qué le puedo decir a mi analizando que no sea pura repetición?” Esto —y muchas señales distintas— es la invitación a pasar a la mirada de segundo grado, a englobarse en el campo y a mirarlo como conjunto. Mucho más todavía si se trata de un fenómeno que se repite en un grupo de sesiones o en un período entero del análisis. La necesidad de la mirada de segundo grado es dada por la traba momentánea o crónica, de la funcionalidad del campo. Si todo anda bien, el automovilista mira la carretera; si se detiene el coche, o si se producen ruidos

raros, o si se prenden determinadas luces rojas en e¹ tablero, hay que mirar otras cosas. Hasta que se resuelva la traba, el viaje no puede proseguir.

Es sabido que todo proceso analítico tiene que vencer resistencias en el analizando: un analizando que no presentara resistencias, hipotéticamente, no tendría necesidad de analizarse. Racker, al formular el concepto de contrarresistencia, enriqueció considerablemente la comprensión de este fenómeno. La resistencia del analizando genera una resonancia en el analista, y se produce un “enganche” entre resistencia y contrarresistencia que puede paralizar o parcializar el proceso. Si este enganche se cronifica, se produce lo que hemos llamado un “baluarte”, es decir, una zona defendida incluyendo elementos de ambos participantes, que escapa a la movilización del campo, a la posibilidad de verbalización y de elaboración, y que crea una situación que limita el alcance del análisis, y que puede llegar a provocar su total fracaso. Muchos fenómenos que se suelen describir como “reacción terapéutica negativa”, “*impasse* analítico”, “inanalizabilidad”, “limitaciones del proceso analítico”, son en realidad atribuibles a la formación de tales baluartes, y pensamos que parte de ellos podrían solucionarse en forma más satisfactoria por una utilización mas conciente y determinada de la mirada de segundo grado.

Esto no quiere decir, naturalmente, que rechazemos la existencia de la reacción terapéutica negativa, de los pacientes inanalizables, o de las limitaciones del análisis, pero tiene la ventaja de dar cuenta de un hecho bien conocido, y del cual no se han sacado debidamente todas las consecuencias; que un analizando no es el mismo con un analista que con otro; que no hay dos procesos analíticos iguales; que el fracaso de una persona con un analista no significa forzosamente que va a repetir este fracaso con otro analista. Lo que relativiza en forma apreciable el concepto de inanalizabilidad.

Una descripción detallada de las estructuras típicas de baluartes y un cierto entrenamiento para usar la segunda mirada, reconocerlos y desmenuzarlos, permitirían dinamizar otra vez muchos procesos paralizados o, eventualmente

prevenir la formación de tales baluartes. En distintos trabajos, hemos tratado de describir estas estructuras patológicas del campo. Hemos descrito así el fenómeno de “parasitación” del analista por el analizando, fenómeno por el cual la simbiosis que se produce normalmente en el campo desborda sus límites espacio - temporales, y el analista se siente en una u otra forma “habitado” por el analizando, durante los fines de semana, por ejemplo. Este fenómeno nos pareció patognomónico de una desestructuración del campo y de su invasión por procesos psicóticos (sea o no el analizando un psicótico en el sentido clínico). Es decir que se trata de una señal de alarma indicando una situación potencialmente peligrosa para el análisis.

También hemos estudiado el “campo perverso” en el cual analista y analizando entran en una complicidad tácita, inconciente por lo menos en su mayor parte, para transformar el acto de analizar o analizarse en el sustituto de una actividad perversa (en el sentido estricto de este término), por ejemplo sadomasoquista. En algunos otros casos el analizando, en el papel del sádico, aprovecha la libertad de decir lo que quiere para humillar, despreciar, insultar al analista y reducirlo así al papel de víctima masoquista. En otros, el analizando viene a la sesión para recibir gozoso su dosis de flagelación. Sin hablar de las múltiples formas de campo paralizado por baluartes de tipo neurótico

Esta mirada de segundo grado es la que se da en forma materializada en cualquier situación de supervisión, con la diferencia de que se trata de dos personas distintas que miran lo que hace una de ellas al analizar a una tercera. La supervisión en sí, es mirada de segundo grado, y el entrenamiento que proporciona consiste, antes que todo, en acostumbrarnos a ejercer nosotros mismos esta mirada enfocada hacia el campo.

La introducción de la idea de “mirada de segundo grado” nos lleva a modificar, si no la idea central de nuestro trabajo de 1961, que nos sigue pareciendo valedera, por lo menos cierto número de conceptos relacionados con esta idea. La mayor parte de los conceptos que nos parece que deben ser modificados resultan de una extensión demasiado ampliada de conceptos en sí valederos. Por ejemplo, no pensamos en la actualidad que el campo se puede definir por la transferencia - contratransferencia. Esta definición descansaba sobre un concepto exageradamente extenso de la transferencia como todo lo que piensa, siente, imagina, experimenta el analizando con respecto a su analista. La transferencia, así entendida como reacción global del analizando frente al analista, se convierte en una dimensión constante y omnipresente de la situación analítica. Adoptar esta definición nos parece que presenta varios inconvenientes. Primero, no todos los fenómenos que incluye se ubican en el mismo nivel. Muchos de ellos son triviales y no proporcionan acceso aprovechable ni privilegiado hacia el inconsciente, sin descartar con ello que un fenómeno auténticamente transferencial e importante se manifieste como trivial en el contenido manifiesto. Otros elementos de esta reacción global se refieren a la función misma del analista, por ejemplo su derecho a contestar o no las preguntas del analizando. Otros, sí pertenecen a la transferencia tal como la definió Freud en su sentido estricto, como repetición en la situación analítica de situaciones pretéritas de la historia del analizando. A estas últimas conviene jerarquizarlas y darles prioridad en la interpretación. Segundo, la ampliación abusiva del término de transferencia lleva a un forzamiento técnico de ella. Una interpretación formulada sistemáticamente en términos de transferencia llega, en la mayoría de los casos, a ser directamente engañosa, o de todas maneras, a restringir el registro de la comunicación analítica. Al mismo tiempo, le quita énfasis a la interpretación de lo que es realmente transferencial. En tercer término, la técnica del “aquí, ahora, conmigo”, tiende a borrar la dimensión

histórica esencial en el proceso analítico. Si todo es transferencia, si toda interpretación tiene que pasar por la transferencia, la exploración histórica — que constituye uno de los resortes esenciales del procedimiento analítico— aparece como un rodeo innecesario, o aun como una huida del analista frente a las situaciones concretas y presentes. Estas exageraciones se manifestaron, hasta hace pocos años entre nosotros, por las discusiones acerca de la legitimidad de las interpretaciones extratransferenciales, por falta de discriminación entre las interpretaciones “dentro de la transferencia” —en un sentido la regla fundamental instituye el análisis como un proceso que se desarrolla dentro” de la transferencia— y las interpretaciones de la transferencia, que, ellas sí, suponen una referencia explícita al analista. En otras palabras, toda una parte muy esencial del análisis transcurre en la mirada de primer grado, enfocada por el analista sobre el analizando y las distintas dimensiones de su temporalidad, e inclusive su transferencia.

El proceso de extensión abusiva alcanzó, con algún retraso, el concepto de contratransferencia como había alcanzado el de transferencia.

Aquí también tenemos que jerarquizar dentro de lo observable, entre la atmósfera de relación humana que acompaña nuestro trabajo con el analizando, los sentimientos callados que despierta en nosotros, con su tónica general y sus variaciones. Las fantasías que despierta en tal o cual momento, nuestra comprensión de lo que está diciendo, y de lo que está callando, el trabajo intelectual que estamos realizando a propósito de él, por un lado, y, por otro lado, los “enganches”, pequeños y transitorios o importantes y cronificados que nos incitan a usar la mirada de segundo grado. A estos últimos, convendría reservar el término de contratransferencia.

Hemos incurrido en el mismo tipo de error a propósito del concepto de identificación proyectiva y contra-identificación proyectiva que con los conceptos de transferencia y contratransferencia. Es cierto que Melanie Klein, entre 1946 (fecha de la introducción del concepto de identificación proyectiva) y 1960, ha estado ampliando la extensión del concepto en forma considerable cuando en su trabajo, “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, M. Klein presenta el mecanismo de identificación proyectiva, lo describe como un mecanismo particular, que implica un clivaje pronunciado del “self” del sujeto y una proyección de la parte o del aspecto clivado adentro del objeto con el propósito de destruirlo, controlarlo o asegurar su posesión de parte del sujeto y considera que el proceso resulta en un empobrecimiento de éste. Sólo después extiende el proceso más allá de la posición esquizo-paranoide, describe formas no violentas de identificación proyectiva, e inclusive lo presenta como esencial en la comunicación humana, como fundamento de la empatía que nos permite el conocimiento de otra persona. Resultaba tentador, a partir de ahí considerar el proceso analítico como una sucesión de múltiples identificaciones proyectivas seguidas de reintroyecciones que llevaban a una paulatina modificación del inundo de los objetos internalizados del analizando y de sus instancias psíquicas. León Grinberg, siguiendo a M. Klein, describe con el nombre de contraidentificación proyectiva la reacción del analista a la identificación proyectiva del analizando. El proceso de extensión del significado de los términos implica conjuntamente a la transferencia y contratransferencia, por un lado, y a la identificación proyectiva y contraidentificación proyectiva, por otro, y llega a tal punto que transferencia viene a confundirse con identificación proyectiva, y contratransferencia con contraidentificación proyectiva. Esto constituye un ejemplo muy ilustrativo del modo como los descubrimientos en psicoanálisis se van achatando y desgastando por el uso hasta perder sus límites —y por consiguiente su uso legítimo— dentro de un magma conceptual.

Nuestras formaciones no escaparon a esta tendencia: si bien los fenómenos de identificación proyectiva y de contraidentificación se producen en la situación analítica con mucha frecuencia; no son en absoluto definatorios de su estructura ni de su dinámica, y menos del trabajo que en ella se lleva a cabo. Ni podría decirse que son suficientes para definir la patología del campo.

Nuestro trabajo tropezaba, además, contra dos dificultades importantes, la primera relativa al sujeto, la segunda al lenguaje.

Una psicología “de dos cuerpos”, decía Balint, y esto procuraba salvar varias dificultades al mantenerse en el nivel más evidente (dos personas hablando en una habitación), “bipersonal” —para designar el campo—, no salva ninguna dificultad, ya que lo más inmediato y fundamental que se despliega en este campo es una situación de *tres*, o triangular.

En realidad, nos faltaba reconocer en toda su importancia el concepto de Lacan, acerca del sujeto. No se trata ni de dos cuerpos, ni de dos personas, sino de dos sujetos divididos, cuya división resulta de una triangulación inicial. La denominación correcta sería por lo tanto la de “campo intersubjetivo”, lo que nos alejaría de la tentación (ya de por sí ajena a nuestra forma de pensar) de objetivarlo. Pero varios problemas se nos plantean entonces: ¿hasta qué punto nuestro concepto de campo depende del mareo temporal clásico en psicoanálisis? (Las cuatro o cinco sesiones semanales, las sesiones de duración fija de cincuenta minutos o tres cuartos de hora.) ¿Qué pasaría si —como lo hace Lacan— quitáramos al campo su mareo temporal determinado? ¿Tiene sentido introducir el concepto de sujeto, y seguir hablando al mismo tiempo de identificación proyectiva? Problemas ineludibles que no voy a intentar resolver ahora.

La segunda dificultad aparece expresada y dejada abierta, sin solucionar, en nuestro primer trabajo sobre el campo. Es el problema de la acción específica de la palabra (en forma de interpretación) sobre la estructuración del campo. Este es precisamente el punto de partida de Lacan en su histórico “Discurso de Roma”. ¿Cómo alcanza la palabra analítica al sujeto si éste le es radicalmente heterogéneo? Y si, como acontece de hecho (si no, no ningún psicoanálisis) la palabra alcanza al sujeto, ¿no es esto prueba suficiente de que éste no le es heterogéneo?

Otra vuelta de la espiral se necesita. Quizá las vías de teorización no sean extrañas a las del proceso analítico mismo, lo mismo que los Cantos de Maldoror no son extraños a los amores del héroe con la hembra del tiburón. El campo intersubjetivo desemboca en la ley del lenguaje, la misma que escribía, desde el origen, el destino de los analizados de Pichon Riviere y de él mismo.

RESUMEN

Pichon Riviere concibe el proceso analítico como “proceso en espiral” y enfoca la situación analítica como una unidad que puede ser objeto de estadio, en continuidad con los conceptos de Melanie Klein. Pero no así con los de Meltzer, quien considera el proceso analítico como “proceso natural” y a la posición depresiva, ideológicamente, como meta, por lo que habría que hablar de una concepción lineal unidireccional. Meltzer olvidaría que Klein describe la posición depresiva según dos perspectivas, una, genética, y otra, en la dialéctica evolución-involución. El modelo de Pichon, en cambio, permite conservar la complejidad de fenómenos regresivos y progresivos que se dan en el proceso analítico, manteniendo la diferenciación entre lo histórico y lo genético.

Esto lleva a plantear el problema del psicoanálisis en cuanto ciencia, y a discutir la comprensión de la situación analítica como situación experimental,

sustraída de la historia. En este caso, la interpretación no alcanzaría al sujeto, que es historia.

Proceso en espiral designa una dialéctica específica, que implica las dimensiones del presente, del pasado que se repite y del futuro al que se abre. Hic, et nunc et mecum”, pero también como allá antes y como luego en otra parte. La interpretación rompe la repetición en la transferencia, al asumirse la repetición como tal, lo que permite que aparezca la dimensión prospectiva.

El proceso en espiral parte de un punto presente, el “punto de urgencia”, que tiene en Pichon el sentido de punto de emergencia de algo enraizado en el pasado. Parte de una “fantasía de enfermedad” y apunta a una fantasía de curación” y en el trayecto se encarnan los acontecimientos concretos de la historia del sujeto.

El concepto de “campo dinámico” es vecino al de proceso en espiral, aunque apunta a describir las estructuras de unidades temporales menores. Permite entender la constitución recíproca del sujeto y del objeto y la necesidad de comprender a uno en función del otro. Campo designa a la vez el marco y la configuración de la situación analítica.

La idea del analista implicado en la situación tiene su traducción en la contratransferencia, lo que habla de una disimetría, ya que la forma de estar implicado del analista no es la misma que la del analizando. Esta disimetría se actualiza también en la atención flotante, la regresión, la ambigüedad, la dirección de la cura, y hace del analista algo muy diferente de la pantalla.

El desdoblamiento del analista dentro del campo se expresa en un fenómeno de doble mirada”. Una primera, que lleva al análisis de las asociaciones del analizando en la sesión. Una segunda, que se presenta ante los tropiezos de la primera y mueve al enfoque del campo en su conjunto y del analista como

incluido en él.

Esta segunda mirada defiende de la constitución de un “baluarte», una zona de resistencia defendida por analista y analizando a la vez, y que podría estar en la base de muchas situaciones de impasse y de reacción terapéutica negativa. Otras estructuras típicas del baluarte serían la parasitación del analista por el analizando y el “campo perverso”, formado por la complicidad de analista y analizando para transformar el análisis en el sustituto de una actividad perversa.

La segunda mirada lleva también a modificar conceptos teóricos, a veces aplicados en una extensión excesiva. Por ejemplo, la omnipresencia de la transferencia, que borra la dimensión histórica del proceso analítico. O el papel de la identificación proyectiva, confundida a veces con la transferencia, y que no sería suficiente como sola vía para la definición del campo.

Esta noción de campo, originada en la psicología de dos cuerpos de Balint, se modificó con la comprensión de que este campo es una situación de tres. Porque no se trata de dos cuerpos, sino de “sujetos divididos”, de acuerdo con el concepto de Lacan, división que resulta de una triangulación inicial. Habría que hablar así de “campo intersubjetivo”, lo que plantea nuevas interrogantes. Entre ellas, determinar la acción específica de la palabra.

Resumen por S. P.

Recibido: 30 de mayo de 1979

WILLY BARANGER (Buenos Aires), miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina, es no de los fundadores y Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Formado en Filosofía en Francia, su creciente interés por el campo del psicoanálisis lo ha llevado a convertirse, en

los años de su residencia sudamericana, en uno de sus teóricos más destacados, uniendo a la originalidad de su pensamiento un entusiasmo militante y una excepcional capacidad didáctica. Ha publicado numerosos artículos en diversas revistas (algunos de los cuales han sido reunidos en el libro “Problemas del campo psicoanalítico”), así como “Posición y objeto en la obra de Melanie Klein”, obra en la que sintetiza muchas de sus enseñanzas.

Dirección: Sevilla 2954, Buenos Aires.

**CON VERSION
HISTERICA E
HIPOCONDRIA ***

Por

JOSÉ BLEGER

La neta diferenciación de cada una de estas estructuras, así como las relaciones entre ambas, no ha sido todavía bien establecida desde el punto de vista clínico y dinámico en la experiencia psicoanalítica. Sin el ánimo de presentar aquí una historia de esta problemática nos remitimos al artículo de Wisdom que señala muy claramente el desconocimiento que tenemos de la enfermedad sobre la que se fundó el mismo psicoanálisis: la histeria.

En nuestra propia experiencia nos ha ocurrido con frecuencia que al profundizar psicoanalíticamente en el estudio de dichas estructuras, las diferencias se borran y lo que clínicamente se calificó como una conversión histérica termina por no distinguirse de la hipocondría. Es acerca de este punto específico que queremos tratar en esta oportunidad.

La histeria se caracteriza, sumariamente, por la conversión, es decir —desde el punto de vista kleiniano— el control en el cuerpo de un objeto parcial (objeto malo) por una disociación perfectamente establecida, que corresponde a una división esquizoide bien configurada, de tal manera que el yo pueda mantenerse a distancia del síntoma conversivo (*belle indifférence*), el nivel fálico de la

* Este trabajo constituye un capítulo de un libro inédito sobre psiquiatría psicoanalítica.
Su publicación en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* ha sido especialmente autorizada por Lily S. de Bleger.

organización y los contenidos edípicos incestuosos de la misma.

En la hipocondría el cuerpo es depositario de un *núcleo aglutinado*,¹ esto quiere decir que no se trata de un objeto parcial sino de un núcleo indiscriminado;² el clivaje o la separación del yo no están tan bien establecidos como en la histeria de tal manera que se superponen otras defensas como la autoobservación, la preocupación y la queja.

Si bien esta caracterización de - ambos cuadros sigue siendo vigente, nos ha ocurrido en el estudio en profundidad de una conversión histérica que encontrábamos la misma estructura del núcleo aglutinado, de tal manera que surgían dudas sobre la corrección del diagnóstico; y más aún, a tal punto que llegamos a dudar de si la conversión histérica realmente existía.

Nuestra conclusión, que deseamos presentar aquí es que tanto en la conversión histérica como en la hipocondría ocurre el control de un núcleo aglutinado que se intenta mantener alejado del yo para que éste no se vea perturbado por la desorganización psicótica. Pero mientras en la hipocondría el núcleo aglutinado está en un primer plano, en la conversión histérica ocurre otro fenómeno que denominamos formación *piriforme* y que consiste en que el núcleo aglutinado queda enmascarado y en segundo plano por la superposición de un nivel fálico, de un objeto parcial y de una temática edípica incestuosa, de tal manera que la totalidad se asemeja a una especie de embudo o pera, cuya punta formada por la conversión, es lo que vemos en primer plano, en la conversión histérica, mientras que la “boca” o base está constituida por el núcleo aglutinado.

¹ Para Rosenfeld la hipocondría se estructura como defensa frente a núcleos confusionales

² M. Baranger, y otros, lo llamaron posteriormente “quiste hipocondríaco”.

No hablamos aquí del frecuente fenómeno en una misma persona de tener manifestaciones conversivas histéricas y en otros aspectos de la personalidad ser una hipocondríaca. Se trata de que la profundización del análisis de una sintomatología conversiva histérica de primer plano demuestra que encubre una estructura hipocondríaca. Por el material examinado y la constancia del fenómeno llegamos a pensar que esa es la estructura permanente de la conversión histérica.

El primitivo esquema relativamente simple presentado por Freud en los comienzos y que fue permaneciendo casi invariable en el curso de los años, de que la conversión histérica pertenece al nivel o a la etapa fálica con un contenido sexual edípico incestuoso ya fue puesto en duda por otros autores que encontraban activos y vigentes en la conversión histérica los niveles orales (Rangel, Marmer, etcétera).

Ahora vemos que estas reservas sobre el nivel fálico “puro” tienen sus razones de ser y sus justificativos, pero que el problema es aún más complicado y que no se trata únicamente de la inserción de la etapa de los niveles orales sino además de contenidos anales, objetos parciales, partes del mundo externo, objetos internos, etcétera, etcétera, todo mal discriminado y a su vez comprimido o aglutinado tal como fue descrito el núcleo aglutinado por uno de nosotros (Bleger).

La conversión histérica, con niveles más maduros o más desarrollados de integración, por un “organizador” que no es otro que la sexualidad, permite presentar éste como el plano más visible y a su vez hace que el núcleo aglutinado quede controlado por este organizador. Quiero decir que la con-

versión histérica corresponde al plano de la relación interpersonal con objetos parciales mientras que la parte de la personalidad involucrada en la hipocondría propiamente dicha o en la hipocondría de la organización piriforme, Corresponde a la sociabilidad sincrética que se caracteriza por una falta de discriminación (en ese núcleo) entre el yo y el objeto interno y el depositario o el mundo externo. Dicho de otra manera, en la conversión histérica tendríamos dos planos: el de la relación interpersonal y el de las identificaciones con la particularidad de que el primero organiza y esconde al segundo mientras que la hipocondría tiene un solo plano que es el de las identificaciones.

El incesto, la sexualidad y el nivel fálico se constituyen en los organizadores, en el sentido de que actúan como una “anécdota” o “explicación” mucho menos compleja para el sujeto mismo, de tal manera que el yo se ve enfrentado con una problemática definida (el incesto edípico) y se evita estar amenazado por el núcleo aglutinado y el peligro consiguiente de una disgregación psicótica. El incesto sería así la “novela” que se arma el paciente para tener organizado su pánico frente a la disgregación psicótica con que lo amenaza el núcleo aglutinado. Como lo expresó uno de nosotros, “el incesto es en el fondo la novela que ordena el caos” (Corin), (lado que lo característico del núcleo aglutinado es la indiscriminación, que para el yo es indudablemente una situación caótica. Desde este punto de vista la conversión histérica es una transacción ventajosa siempre que se pueda organizar el nivel fálico incestuoso.

Norma, soltera de 25 años de edad, paciente de un grupo terapéutico, tiene como antecedentes un confuso episodio de intento de suicidio con ingestión de un ansiolítico ocurrido poco después de un cambio de domicilio de sus padres quienes, maestros ambos, se trasladan a la Capital Federal. Inició su tratamiento por una inhibición para aprobar un examen de dactilografía que, por otra parte, domina muy bien. Durante una sesión la paciente se extendió contando cómo su novio, Ricardo, la corregía una y otra vez y le decía que todo lo que ella iba

manifestando estaba mal. En ese momento el terapeuta le pregunta cuál es la profesión de su padre y ella contesta que maestro y al mismo tiempo que responde apareció en ella una expresión azorada entendiendo tácitamente la analogía entre Ricardo y el padre como dos maestros (o uno solo) que la están corrigiendo permanentemente.

A la sesión siguiente viene con pantalón y dice que tiene que usarlos porque le ha salido una erupción en las piernas; que estuvo muy intranquila después de la interpretación que le había hecho el analista la sesión anterior respecto de la profesión de su padre para hacerle ver que Ricardo estaba actuando también como maestro con ella y dice dirigiéndose al analista: “Usted no me dejó dormir con la interpretación, ahora con esta erupción tengo que esconder mis piernas, que por otro lado tanto me gusta exhibir. El resto del día me lo paso en cama porque no quiero salir en este estado y además no me gusta usar pantalones.”

La erupción fue comprendida como una conversión histérica en función de que el analista le había fusionado dos imágenes que ella tenía disociadas (la de su padre y la de su novio) y que la relación con este último, debido a esa fusión, se transformó en incestuosa y por lo tanto tuvo que ser reprimida con una conversión ubicada en la superficie de la piel de una zona erótica como lo son las piernas para ella.

Sueño posterior a la sesión. Hasta aquí la situación como conversión histérica es lineal o muy clara, pero prosiguiendo el análisis de inmediato aparece que esto es sólo el extremo de una organización piriforme y que la “boca” del embudo es mucho más complicada: así, en la sesión siguiente dice que ha traído un sueño y conjuntamente hace un gesto llevándose las manos al cuello dando a entender que el sueño la tiene atragantada y dice: “este es un sueño que me tiene ahorcada, yo empiezo el sueño con desesperación por ver a

Ricardo [el novio] y termino el sueño sin poderlo ver. Me quedé dormida un rato de tarde, tuve un sueño veinte minutos antes de la cita y al despertarme estaba fuera del tiempo, no tenía ni idea de la hora, ni del día de la semana ni del tiempo que estaba viviendo,”

De inmediato asocia con que el padre accede mucho a todo lo que ella quiere y que con frecuencia le dice: “yo sueño con vos y vos soñás conmigo”. Y la paciente prosigue: “en el sueño yo decía que se me hacía tarde; en la realidad nunca lo digo. Papá me dice en mi sueño que me va a llevar él, pero le habían robado el auto. Esto lo asocio con el auto que le han robado a mi tío la semana pasada. Quiero aclarar que la empresa en que trabaja mi papá lo contrata precisamente porque tiene auto, para que use el auto en la promoción de libros; en realidad no los vende sino que los regala a los maestros en las distintas escuelas y regalarlos es la mejor propaganda porque después los maestros recomiendan los libros a sus alumnos,

“En el sueño —el auto robado es un Fiat— le dieron un Ford viejo pero muy bien conservado. No se por qué me acuerdo que mamá cumple años mañana. En el sueño en vez de llevarme a lo de Ricardo me llevaron a un descampado a ver un comisario. Qué irracional es todo esto. En el sueño manejaba él y no mi hermano como habitualmente; yo me desesperaba y ellos estaban tan tranquilos. Cuando llegamos a la comisaría estaba todo oscuro, habíamos salido con claridad y las luces estaban apagadas; yo quise bajar pero estaba rodeada de asaltantes y no podía irme sola. Papá me abrió la puerta, bajé y se prendieron las luces, de ahí me dirigí a un tren que terminaba en una estación de subterráneo; él me acompañaba pero muy despacio y con tres señoras que me molestaban mucho. Me desperté muy angustiada con una opresión en el cuello; recuerdo que Ricardo me dijo que él es la realidad y que él me va a sacar de ahí refiriéndose a mi familia y me dio a leer *Werther* de

Goethe. Es la historia de un suicidio.”

Para comprender más ampliamente este sueño debemos ahora dar algunos antecedentes de esta paciente. Se trata de una persona con una fuerte dependencia de sus padres y con rasgos infantiles de carácter. En un momento dado empieza a tener frecuentes altercados con sus padres por su oposicionismo, en pro de una identidad y de una salida del grupo familiar; Tuvo un primer novio que era de otra religión y su familia le hacía la guerra, por lo cual intentó una rebelión contra la organización endogrupal. Su segundo novio era catorce años mayor que ella y mantuvieron una relación exclusivamente sexual con mucha distancia, y en esta relación se dieron las características de una vuelta a la relación edípica, pero disociando la sexualidad de su relación con el padre. Su tercer novio era un hacendado de la Patagonia y mantuvo con él una relación carente de erotismo con lo cual su retomo a la dependencia paterna se hizo más intenso y desexualizado. Su cuarto novio, el actual, es fuertemente superyoico, siempre le reprocha y le corrige todo lo que hace. Con él la relación pareció ser más exogámica pero este rasgo paterno de su novio actual quedó totalmente disociado. Cuando el analista le señala que la relación con Ricardo está también contaminada de la relación incestuosa con su padre se produce la conversión histérica.

Su conversión histérica se inscribe entonces sobre un conflicto mucho más amplio que es el de la lucha por su independencia y la lucha por el pasaje del endogrupo al exogrupo; que se paraliza cuando el conflicto edípico contamina las relaciones exgrupales.

En esta lucha dramática entre su independencia y su personificación sueña que el mundo externo aparece como víboras ávidas y que el mundo interno está totalmente vacío. Su conflicto entre la dependencia y la independencia, entre el endo y el exogrupo, tanto como el conflicto femineidad-masculinidad,

identificaciones masculinas y femeninas, aparecen también superpuestos en la somatización. La erupción se hace en una zona en que psicológicamente falta la delimitación de, o en la que están superpuestos, el mundo externo y el mundo interno.

En el sueño que hemos presentado Ricardo, su novio, ya no existe sino que ahora figuran el padre y el hermano. El sueño aparece fuera del tiempo como una superposición del presente y del pasado, como nuevamente una contaminación edípica con el padre (“vos soñás conmigo y yo con vos”). Es el padre quien la va a llevar en auto pero se lo han robado. La aparición de un Ford muy viejo y la inmediata asociación con el cumpleaños de la madre constituyen un síntoma, confirmado por otras manifestaciones, de su fuerte aprensión y terror a la muerte de sus padres en la medida que ella va siendo mayor y va admitiendo su sexualidad y su independencia. Aparecen también componentes persecutorios (asaltantes). Fantasías de muerte vuelven a aparecer con una referencia al *Werther* de Goethe y al suicidio. Si ella crece los padres mueren.

El conflicto no transcurre entonces exclusivamente como un problema incestuoso de nivel fálico sino que al mismo tiempo y canalizados en este último, se hallan implicados los conflictos entre su crecimiento y su independencia por un lado y su dependencia y la inmovilización de sus terrores a la muerte por el otro.

Después de ese sueño la paciente permanece una semana en cama con gripe y la erupción cutánea persiste. Vuelve a la sesión vistiendo todavía pantalones y relata el siguiente sueño: “Mientras estaba enferma tuve sueños que me aterraron. Me acuerdo de uno en particular; se trataba de una criatura mal formada o a medio formar que no tenía sexo ni boca, colgada de un árbol y no

podía hablar. La gente del lugar me decía que a esa criatura nadie la quería, ni la querían ni la alimentaban, aunque era redonda como si fuera gorda; tenía que sobrevivir sola, nadie la quería. Yo me acerqué, me tendió la mano, me asusté, me desperté, casi me caí de la cama.” Y la paciente asocia de inmediato: “Me acuerdo que cuando empecé a tener relaciones sexuales todo fue demasiado improvisado, demasiado rápido; quedé embarazada y pienso que ese chico hubiera nacido en noviembre del 69, nunca me perdoné mi desaprensión y falta de cuidado. Si en esa época mis padres no se dieron cuenta fue porque no quisieron darse cuenta [se refiere al aborto de ese embarazo]. Con mi segundo novio empezamos a tener relaciones y recuerdo que murió un tío que yo quería mucho, uno de la familia y otro tío más; fue un año lleno de muertes. No tuve el hijo, pero para mí cumple años en esta época, en noviembre. Sé sin embargo que todo es tan absurdo. Mientras estuve en cama y con vómitos se me había pasado la alergia, ahora me empezó a volver pero muy disminuida [se refiere a la erupción en las piernas]. Pienso dejar de usar pantalones. Me acuerdo que en noviembre cuando el chico hubiera nacido tuve una crisis de colitis que parecía un parto.

Un antecedente importante en la vida de esta paciente es el hecho de que su mundo se tuvo que reducir al núcleo familiar (padre, madre y hermano) ya que por la profesión de sus padres frecuentemente tenía que cambiar de lugar su domicilio; al respecto ella siempre se quejaba que nunca pudo hacerse de amigas y aún ahora sigue con esa carga y relataba que en el Chaco, donde había pasado los primeros tiempos de su infancia hasta los seis años, se había Lecho de muchos amigos pero que después empezaron los cambios y que desde entonces ya no había podido volver a trabar amistad con gente de su edad.

La importancia que para esta persona ha tenido y tiene el núcleo familiar como grupo de pertenencia y de identidad tanto como los límites de su propio

cuerpo deben haber tomado mayor incremento en función de los cambios de domicilio y de lugar. El grupo familiar es también el límite externo de su piel y esto explicaría en parte la elección de la conversión histérica en el sentido de que cuando ella intenta separarse de su grupo familiar o individualizarse es en la piel donde aparece una erupción.

Interpretación del segundo sueño. No tiene boca ni sexo. El chico que está colgado no recibe afecto. Es ella misma identificada con el chico colgado que no recibe afecto, con su propio feto destruido y abortado; pero además ella misma llena con tres tíos muertos y llena también con todo su odio contra sus padres porque no la cuidaron, no la cuidaron ni para tener relaciones sexuales ni cuando hizo el aborto. En otros términos, “no le tendieron la mano

El chico colgado se encuentra también superpuesto con el pene, el cual no se puede tocar.

En su propio embarazo y aborto puede verse un intento desesperado de partir hacia el exogrupo y el intento fallido como un retorno al endogrupo.

Su aborto representado en un momento por cólicos con los cuales ella fantaseó un parto, se superpone a la vez con todas las veces que ella fue abortada: todas aquellas veces en que se imponía la mudanza y por lo tanto el abandono total de relaciones.

El chico colgado que no tiene ni sexo ni boca es la represión a la que se vio obligada; represión de su sexualidad y represión de la boca que no puede hablar; ante todo el sadismo oral.

La actividad sexual, el embarazo y el aborto en esta paciente son verdaderas actuaciones psicopáticas con las cuales ha intentado controlar la desorganización de la dependencia simbiótica o sea el descontrol del núcleo aglutinado. De todo ese conjunto de factores incorporados en el núcleo aglutinado la pregunta del analista, que actuó como una interpretación mostrándole el carácter paternal de su novio, hace que el factor incestuoso y el nivel fálico se recorten del núcleo aglutinado y formen el infundíbulo del primer plano mas manifiesto de ese núcleo aglutinado, cuya totalidad queda en un segundo plano.

Existe también una indiscriminación y superposición de orificios pues esta paciente superpone y torna equivalentes el aborto con la colitis con la coprolalia en los períodos en que se enojaba con sus padres.

Cristina es una paciente joven en tratamiento psicoanalítico desde hace X años. Comienza una sesión diciendo que ha tenido un sueño: “Estaba en la casa de la vecina, en el apartamento de enfrente. Estaba comiendo granos de café que asocio con «Kologs» por lo crocantes. Tenía la sensación de estar de contrabando y observada. Desde la ventana me miraba un pajarito colorado que entró y me empezó a picotear la cabeza, me dolía y me molestaba; en ese momento lo agarré con las manos y tenía ganas de estrangularlo. Volví por e¹ corredor de mi casa y buscaba la oficina de Coco [su marido]. Me daba cuenta que era absurdo buscarlo en el edificio. Me cruzaba con un hombre viejo, flaco, canoso y elegante que caminaba arqueado tocando las paredes y me daba cuenta que yo, a raíz de unos dolores en el vientre, estaba caminando igual que él. Trataba de incorporarme y me molestaba la sensación de parecer vieja. Estaba viendo la interpretación del Maipo y para no tener que repetir esa actuación continuamente la habían filmado; la pasaban y yo veía las chicas en bikini bailando, me desperté con dolores en el vientre como en el sueño.

Acá tenemos en un primer plano una conversión histérica: el pájaro que le picotea la cabeza es la preocupación que tiene por su embarazo, por sus deseos y por sus miedos de embarazarse que la mantienen permanentemente preocupada. El tomar al pájaro con la mano y estrangularlo constituye la represión; los dolores en el vientre la conversión histérica. El pajarito que le picotea la cabeza son sus preocupaciones, tanto como el pene y el embarazo que ella desea y teme. El pajarito es un núcleo aglutinado hipocondríaco.

En otros términos lo que no se tolera a nivel mental (preocupación sobre el embarazo, el pene, la sexualidad y los temores se “estrangula”, se reprime, y aparece la conversión.

Sin embargo, el análisis de este sueño revela un nivel de complejidad mucho mayor. La paciente está pasando un periodo de permanente espera por lograr un embarazo. El estar en la casa de su vecina, en el apartamento de enfrente, representa en el sueño su propio cuerpo y e’ cuerpo de su vecina el de su madre; para poder ser ella madre sueña con ser otra y así resolver la simbiosis con su madre.

Los granos de café constituyen representantes de contenidos anales con la incorporación del pene, el feto, tanto como una destrucción (las galletitas crocantes).

Todo el proceso es sumamente peligroso por el carácter contradictorio y complejo del núcleo aglutinado y su yo está vigilante y observando.

A partir de ahí se organiza el nivel edípico y fálico con el pajarito (pene-feto) que ella estrangula; pero al estrangular o reprimir la preocupación también

reprime toda la asociación con un hijo muerto en un aborto anterior por los ataques orales al hijo y los ataques orales del hijo hacia ella, su miedo a la muerte de sus padres si ella queda embarazada, su miedo a que su padre tenga un cáncer de estómago —aparece la identificación con ese hombre viejo, canoso, flaco y elegante”— y aparece su propio pánico de lucir vieja tanto como su miedo a morir en el embarazo o en algún parto.

La última parte del sueño se refiere a una actualización de otras defensas frente al núcleo aglutinado que fue en otro momento de su vida el exhibicionismo y la promiscuidad sexual.

La paciente está viviendo un período en el cual desea estar embarazada con la presencia permanente de dudas sobre su capacidad de embarazarse a raíz de abortos realizados años antes. Tenía una especie de compulsión por la cual el miedo a ser estéril la llevaba a un embarazo, y éste a un aborto, y el miedo a la esterilidad entonces reaparecía como posible consecuencia ante cada aborto.

Ella asoció también o no le gusta su apartamento, que no termina de decorar y que está rompiendo continuamente paredes en una reparación interminable, que representa el trabajo permanente que está haciendo en el análisis con todos los peligros consiguientes.

En síntesis, tenemos en esta paciente nuevamente la misma organización: una conversión histérica en un primer plano con características fálicas y edípicas incestuosas pero formando sólo el extremo de una organización piriforme en cuya base se halla el núcleo aglutinado, es decir, una superposición, aglutinamiento o comprimido de identificaciones múltiples, de temores, pérdidas, superposición de zonas y de conflictos, etcétera, etcétera.

Se trata de una paciente de veinte años de edad con una profunda dependencia de sus padres que vino a analizarse sin saber por qué, pero diciendo que en su familia había “muchos líos”. En su deseo y temor al embarazo en el pene feto pajarito del sueño se unen también cinco abortos de la madre que según la paciente se produjeron porque ella al nacer le había rasgado la matriz a la madre y a consecuencia de ello ésta no pudo tener más hijos.

Cristina se ha inculcado permanentemente no haber hecho nada por unir a sus padres, que terminaron divorciándose.

Desde muy joven llevaba sexualmente una vida muy promiscua, compartida con su madre, actuando ambas como si fueran hermanas. En ocasiones respondían indistintamente a las llamadas telefónicas, y Cristina decía: “yo me confundía; no sabía si era mi mamá. A veces me siento como si yo fuese la mamá de ella.”

La paciente se hallaba, al comienzo del tratamiento, totalmente desorientada, desubicada y se sentía muy inestable; tenía dolores esporádicos en el bajo vientre, sufría cefaleas, padecía una anexitis, consecuencia de un aborto, y había iniciado relaciones sexuales compulsivas el día que sorprendió las relaciones sexuales de su madre con un amante 14 años menor.

Con frecuencia sus relatos eran de tinte evidentemente dramático, que contrastaba con su actitud indiferente y despreocupada.

Su anexitis, así como la preocupación por su presunta esterilidad, tenían carácter netamente hipocondríaco.

El carácter confusional típico de esta paciente era indudable y es de suponer que el adelanto y el avance del análisis permitió la aparición de esos niveles de conversión histórica gracias a la actuación de ese proceso piriforme y al recorte o limitación de la problemática sexual edípica incestuosa extraída del núcleo aglutinado.

Además de su conducta sexual promiscua mantuvo una relación simbiótica con una amiga de su edad en un vínculo de características homosexuales. Compartió además durante muchos años el lecho con su madre.

El carácter inmaduro, dependiente y simbiótico de Cristina es también indudable y seguramente que también los niveles conversivos históricos que puede utilizar constituyen niveles de integración más elaborados que aquellos.

En los pacientes histéricos y en los pacientes con conversiones histéricas nos encontramos con personas fuertemente dependientes que logran establecer un cierto clivaje entre la intensa dependencia y un cierto círculo en el cual se mueven con relativa independencia. Esta paciente cuyo material liemos presentado era concertista hasta hace dos años, cuando empezó una fuerte inhibición que aún le impide tocar e¹ piano.

Mientras la dependencia (y con ella el sincretismo que le es concomitante) se mantiene bien clivada de los niveles mejor integrados de la personalidad, el sujeto puede lograr una cierta evolución de su personalidad, pero cuando esta estricta delimitación queda sobrepasada, como ocurrió en esta paciente, el yo se ve abrumado por un nivel o una organización muy compleja de objetos superpuestos y de ansiedades distintas, de partes del mundo externo y del cuerpo, del yo, de la realidad externa, de la hetero y homosexualidad, identificaciones femeninas y masculinas, de contenidos anales orales y uretrales, de impulsos libidinosos y agresivos, etcétera, etcétera.

Una forma de lograr un control de esta desorganización (que puede llegar a una desorganización psicótica o a un cuadro confusional) es la hipocondría, es decir el nucleamiento de toda esa organización sincrética y su depositación en un órgano. Otra posibilidad está dada por un nucleamiento pero enmascarado por los niveles mejor organizados de la personalidad, que se mueven sobre un nivel fálico y sobre una problemática edípica incestuosa. Este último caso es el de la conversión histérica.

RESUMEN

La experiencia clínica muestra con frecuencia que en la medida que se profundiza en el estudio de la conversión histérica y la hipocondría, las diferencias se borran.

La histeria se caracteriza por una conversión que se puede conceptualizar como el control en e¹ cuerpo de un objeto parcial (objeto malo), por una disociación bien establecida de tal forma que el yo puede mantenerse a distancia del síntoma conversivo.

Una hipocondría se caracteriza porque el cuerpo es depositario de un *núcleo aglutinado*. No se trata de un objeto parcial sino de un núcleo indiscriminado (quiste hipocondríaco). El clivaje o la separación del yo no se ha-Van tan bien establecidos como en la histeria, de tal manera que se superponen otras defensas

como la autoobservación, la preocupación y la queja.

En el estudio de la conversión histérica se encontró la misma estructura de núcleo aglutinado, al punto de generarse dudas sobre el diagnóstico.

A partir del material clínico se llega a la conclusión de que tanto en la conversión histérica como en la hipocondría ocurre el control de un núcleo aglutinado que se intenta mantener alejado del yo para que este último no se vea perturbado por la desorganización psicótica. Mientras en la hipocondría el núcleo aglutinado está en primer plano, en la conversión histérica ocurre otro fenómeno, la *formación piriforme*. Este consiste en que el núcleo aglutinado queda enmascarado y en segundo plano por la superposición de un nivel fálico, de un objeto parcial y de una temática edípica incestuosa, de tal manera que la totalidad se asemeja a una especie de embudo, o pera, en el cual la punta del mismo es lo que vemos, la conversión histérica.

La conversión histérica corresponde al plano de la relación interpersonal con objetos parciales, mientras que la parte de la personalidad implicada en la hipocondría propiamente dicha o la hipocondría de la organización piriforme corresponde a la sociabilidad sincrética que se caracteriza por una falta de discriminación (en ese núcleo) entre el yo y el objeto interno y el depositario y el objeto externo.

La sexualidad a nivel fálico (el Edipo como mito) “explica” al sujeto en forma tal que el yo se ve enfrentado con una problemática definida (incesto), evitando la amenaza del núcleo aglutinado y el peligro de la disgregación psicótica.

Resumen por O. G. Q.

JOSÉ BLEGER, argentino, fallecido en 1972, fue autor de seis libros y más de doscientos artículos. Entre los primeros, “Simbiosis y ambigüedad”, donde postula la posición gliscocárica o parte indiferenciada de la personalidad, “Temas de psicología (entrevistas y grupos)”, y “Psicología de la conducta”. En su obra se reflejó su vasta formación filosófica, literaria y política.

EL SIGNIFICANTE

Significante no es la traducción equivalente de *signifiant*. La forma verbal española en -ando no tiene nada que ver históricamente con el participio de presente francés. El latín tenía un adjetivo verbal que tiene un descendiente sólo en francés, la derivación en —ant; étudiant, *signifiant* (Bodmer, “The Loom of Language”).

Traduttore, traditore,. Cada traducción es fatalmente infiel y por ende traiciona el original.

También sucede con los conceptos lacanianos afines: palabra y letra.

Letra pierde la homofonía que tiene en francés *lettre* y *l'être*.

Palabra no permite la connotación diferente de *parole* y *mot*,

Aunque uno sigue la acepción corriente de la traducción española de Lacan, creo que es necesario pensar siempre en el original en francés porque sólo así se revela la vecindad de *signifiant*, *mot* y *lettre*. Se aclara el concepto central de Lacan, el inconsciente como lógica del significante y como subversión del sujeto a la vez, Al vencer el axioma tácito que todo es traductible, se llega a comprender lo fundamental de la interacción de cada lengua particular con el pensar.

El sufijo ant usado en francés deriva de un gerundio en latín y origina tanto un sustantivo como un adjetivo verbal: “étudiant les «Écrits» l'étudiant se questionne”. En español se dice: *estudiando* los “Esqritos”, el *estudiante* se cuestiona.

Con la traducción de *signifiant* en *significante* el término pierde su carácter verbal, de acción.

El inconsciente es el efecto del significante. Un significante desplaza a otro significante. La unidad pertinente es la cadena de significantes.

El desplazamiento es un “mot á mot”, metonimia, y un “mot pour un autre”: metáfora.

La definición de *mot* en Mounin dice: “le mot est empiriquement lié, dans la conscience des non-analphabètes, á sa forme écrite. C’est l’unité limitée par deux blancs”.

En tanto que parole nombra el *parler*, el habla, mot se refiere a lo escrito, inscrito. Pensando en el concepto subversión del sujeto podemos leer el blanco entre “un mot et un autre” como figurando el sujeto, el que queda en blanco.

La definición ya clásica de Lacan: un significante es lo que representa al sujeto para otro significante quiere decir: “todo significante representa en definitiva al sujeto, porque el sujeto es eso no señalado que se indica constantemente bajo lo significante como el soporte de su exposición en discurso. Como lo que impulsa al discurso de un significante al siguiente, eclipsándose cada vez a si mismo detrás del nuevo significante.” (Fr. Wahl)

Este sujeto carente, el que queda en blanco, es el blanco en la cadena “mot á mot”.

La estructura de la cadena de significantes son la metonimia y la metáfora. En esta estructura el sujeto se literaliza. El inconsciente está articulado en elementos diferenciales últimos. Sin los blancos, no habría movimiento ni eslabones constitutivos de la cadena. El inconsciente es el hombre habitado por el significante.

Esta articulación se hace evidente cuando ocurre un lapso en el relato de un sueño.

Ejemplo 1. “Soñé que mi mujer me engañaba. Pensé tomar VERGANZA.

Asocia verga y vergüenza.” Trae un recuerdo de su temprana infancia vinculado a un episodio homosexual que organiza sus celos paranoicos.

Ejemplo 2. Una paciente sueña que va a una tienda y duda qué tela elegir para una fiesta. Al final se decide por una de color FUSIA. Ella se corrige y dice fuchsia “pero no me gusta porque suena como *fuck* en inglés”.

La duda en el sueño y el lapsó se relacionan con impulsos exhibicionistas y fantasmática de seducción.

El relato del sueño y el lapsó juntos forman el *rébus*. “El sueño es un *re-bus*, esto es, sus imágenes sólo tienen valor de significante. Permite deletrear el proverbio propuesto por el *rébus* del sueño” (Lacan).

En ambos ejemplos la sexualidad, prematura, infantil, deja una inscripción, huella, que *nachträglich* se encadena con el lenguaje.

Freud denomina el lapsó como parafasia en su primer libro. Por haber confundido amnesia y parafasia desconoció la función del lenguaje como condición del inconsciente. El registro de lo mnésico es tan positivo como lo tópico, lo funcional y lo económico (Nassif).

El inconsciente da lugar “á ce mot qui en français est le MOT par excellence”.

El síntoma es una metáfora. El deseo es una metonimia, La lectura que Lacan hace de Freud trata de una puesta en cuestión del hombre en el ente.

La metáfora está ligada a la cuestión del ser y la metonimia a su falta.

La copertenencia de *signifiant*, *mot* y *tette* ayuda a acceder al pensamiento de Lacan. La unidad fundadora del inconsciente no es ni lo primordial ni lo instintivo, es l’instance de *la lettre*.

La lógica del significante (*lettre*) enmudece la cuestión por el ser (*l’être*).

G. Koolhaas

PRAGMATICA DE LA SIGNIFICACION

Desde la Gramática especulativa, atribuida a Duns Escoto o a Tomás de Erfurt y subtitulada sugestivamente “de los modos de significar”, se viene lamentando la debilidad del concepto de significación, el cual, precisamente por ser objeto de diferentes enfoques, es de extrema imprecisión. El siglo XX se ha planteado el problema desde todos los ángulos y ha ido cimentando (errores y marchas atrás mediante) un campo de investigación a medias transitable.

En nuestra actual perspectiva, no podemos dejar de considerar el estructuralismo, el positivismo y la fenomenología como pioneros; pero su sistemática del “significado” no parece estar destinada a perdurar: el “significado” es una hipóstasis metodológicamente cómoda, pero es lo contrario de “significación”. La semántica (al menos la semántica de las llamadas “lenguas naturales”) exige otro enfoque, más adecuado a su naturaleza: se trata de **un complejo proceso individual y colectivo en el cual desembocan todos los factores usualmente discernidos en el accionar humano**. Esta es la conclusión a que ha llegado la pragmática, corriente multidisciplinaria desarrollada a partir de aportes heterogéneos concurrentes.

Fue Ch. W. Morris (“Foundations of the Theory of Signs”. **International Encyclopedia of Unified Science**. Vol. 1 -119 2, Un. Chicago Press, 1938)

quien ha tratado distintamente el “problema del signo” (ciertamente es un problema)

A él se debe, además, la exigencia de construir una disciplina que estudie las relaciones signo- usuarios - situación. Aunque ya planteados por Peirce en su desperdigada bibliografía (reunida tardíamente en los **Collected Papers**, Belknap Press, Berkeley - 1975), estos asuntos ocuparon la atención de los discípulos de Morris y del propio Morris durante treinta años. Uno de esos esfuerzos fue el realizado por Collin Cherry (**On Human Communication**, M.I.T. Press, Mass., 1957) al sintetizar las visiones semiótico-lingüística, informática y sociológica de la significación. Morris (**Signification and Significance**, M.I.T. Press, Mass 1964) sintetizó los resultados de esta intensa indagación con la teoría de los valores y de la acción social de Talcott Parsons

La muy difundida tesis de la “relatividad lingüística” (expuesta por B. L. Whorf en **Language Thought and Reality**, M.I.T. Press, Ma55., 19B9), sugiere que el pensamiento humano es (en parte) hechura del lenguaje y que es a través de éste como aquél se desarrolla. Whorf se apoyó entre otros argumentos, todos ellos etnográficos, en la diferente ordenación de conjuntos localizables (como los colores o los tipos de carnes) en las distintas lenguas. A partir de esta hipótesis que ha sido calificada de “estrecha” (narrow), se ha llegado a planteamientos muy interesantes e instrumentalizados: Ferruccio Rossi-Landi (“Ideologia della relativita linguistica” en **Ideologie** 4, 3-64) ha insistido en que no hay relación entre lenguaje y pensamiento, sino es a través de la interacción ideológica) en una sociedad determinada la que condiciona la verdadera “relatividad”. Llega así a la siguiente formulación, básica a los efectos pragmáticos: el lenguaje es, primeramente, una forma de acción social, y en segundo lugar, la “expresión del pensamiento” derivada de esa misma acción.

En el campo estricto de la filosofía, J. L. Austin (**How to do things with words**, Clarendon Press, Oxford, 1962), notoriamente influido por Wittgenstein, Moore y Bridgman, ha planteado las varias formas de producir objetividades a través del uso instrumental del lenguaje. Su teoría, aparte de ser particularmente especulativa, no tiene sino aplicación local.

Por último en esta somera enumeración-itinerario, la sociopsicolingüística (tal vez el orden de los prefijos no sea arbitrario) ha probado que los objetos, las relaciones entre los objetos y los predicados acerca de unos y otros se transforman en significación a través del proceso de socialización general, en el cual el individuo va adquiriendo la capacidad de comportarse y las pautas para la innovación, (Véase sobre todo, B. Bernstein, “Social Class, Language and Socialization” en **Current Trends in Linguistics**, 12, 1545—61; 1974.)

Creo que pueden sintetizarse los principios que rigen la actual visión pragmática de la significación en los siguientes cuatro postulados:

1 — La significación es una institución social (en el sentido parsoniano) en la cual aparecen indisolublemente ligados el pensamiento y la acción humanos de acuerdo a vehículos lingüísticos, del tipo de las lenguas, las teorías científicas, los métodos de educación-aculturación, las ideologías o las formas de represión estética.

2 — La significación es un **acto individual** de “inmersión” en un sistema interpersonal de valores y correlaciones, en un “hic et nunc” **a la vez** lingüístico y contextual (y no primero lo uno y luego lo otro).

3— La significación es el resultado de un proceso de adquisición y adaptabilidad sociolingüística, que no es sino uno de los aspectos metodológicamente discernibles en el proceso general de socialización. Este proceso es a la vez activo (resultado de una acomodación individual) y pasivo (modulación de las mentalidades individuales por el espectro de las relaciones sociales).

4 — La significación no es un hecho lingüístico, ni deja de serlo, en la medida que no hay posibilidad para el hablante o para el lingüista de diferenciar lo “contenido” por el enunciado del conjunto de institucionalidades sociales (exolingüística y exopersonales) en que esos “contenidos” se “realizan”.

Luis Ernesto Behares

DELIRIO
DE
TRANSFERENCIA*

Por

SALOMÓN RESNIK

HOMENAJE A PICHON RIVIERE

Este trabajo forma parte de una investigación sobre el delirio y la vida. Durante el año 1977 se me encargó desarrollar una serie de conferencias en el Hospital Sainte Anne de París, acerca del problema del delirio.

Mi primer contacto con la psiquiatría y el psicoanálisis, hacia mediados del año 40, se concretó en la notable personalidad de Enrique Pichon Riviere. Yo era muy joven entonces y había comenzado ya a trabajar en psicología infantil y más tarde tuve la posibilidad de hacerlo como psicoterapeuta de niños psicóticos en la clínica de Pichon en la calle Copérnico. Tenía así la posibilidad de verle y hablar con mi Maestro Pichon Riviere todos los días. El aprendizaje, término que él utilizaba mucho, se instrumentaba siempre sobre la praxis cotidiana y a manera de taller. El equipo tenía la posibilidad de vivir la

* Este trabajo es parte del libro a editarse: "Délire et Réalité", y se publica en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* con autorización especial del autor.

psiquiatría psicoanalítica como formando parte de lo cotidiano.

Personalmente, mi contacto con la psicosis, el delirio y la vida, estaba ligado a la enseñanza de Pichon . El modelo de su enseñanza era el diálogo, un encuentro estimulante y creativo con la angustia de ser. Ser psicoanalista de psicóticos significa asumir una actitud de riesgo y de verdad. No hay aventura creativa sin cierto riesgo, sin asumir la vida.

El psicoanálisis es a la vez una ciencia y un arte, como dice d'Alembert, “el arte y la ciencia, una especie de laberinto donde el espíritu se introduce sin conocer mucho el camino

El doctor Pichon Riviere me estimuló a “marchar” y descubrir una vocación. El contacto con Pichon fue un punto de partida esencial en mi camino. Respeté siempre el derecho de cada uno de buscar su propia ruta. Desde el comienzo de la praxis mi Maestro me dio la posibilidad de “vivir” la experiencia psicoanalítica con pacientes psicóticos, guiándome en los primeros pasos.

Hay muchos conceptos de Pichon que reconozco importantes pero es sobre todo en la experiencia del encuentro con la psicosis donde hallé un modelo de aproximación humana útil y estimulante.

La noción de contratransferencia, es decir, aceptar ser “partie-pris” de la transferencia, me permitió elaborar una ética del encuentro. Recuerdo siempre las palabras de Pichon cuando me decía, “aun con un psicótico crónico y grave no hay que olvidar que se trata de una persona, de alguien que no *es* jamás totalmente loco ni totalmente normal y que tiene sus propias referencias

socioculturales”.

El analista debe asumir respetuosamente los principios de realidad del otro y confrontarlos con los suyos. Tolerar la diversidad en el encuentro es un punto de vista estructurante y ético que puede permitir una exploración prudente y profunda a la vez. Es necesario no sobrepasar la distancia del otro, hay que descubrirla, al igual que aceptar su posición, su propia perspectiva y su punto de vista personal en el espacio y en el tiempo: el analista debe explorar y explorarse en su contratransferencia para saber dónde colocarse y como.

En 1955 vine por primera vez a Europa con Pichon para asistir a un congreso internacional de psicoanalistas en Ginebra. En esa ocasión tomé contacto —inspirado en todo aquello que había aprendido con el doctor Pichon Riviere y su mujer— con M. Klein y su escuela.

Mi decisión de profundizar en Inglaterra mis estudios sobre la psicosis y luego instalarme en París era la realización de un sueño mío, cuyo punto de partida era, estoy seguro de ello, un sueño de Pichon.

Me siento así como un hijo que ha realizado su deseo pero que, fiel y comprensivamente, ha realizado también el deseo de su padre.

El contacto con pacientes psicóticos nos confronta con problemas esenciales de la teoría y de la práctica psicoanalíticas.

La noción de encuadre analítico constituye la base formal que permite al analista-etnólogo* emprender una tarea difícil de realizar. La noción de contratransferencia significa que el analista es *partie-pris* en la situación y cuando se trata de un paciente psicótico la responsabilidad es mayor aún; en particular

* El modelo etnológico corresponde a la función del analista que realiza el trabajo de campo (field-work).

esto es debido al hecho de que las vicisitudes de la transferencia y contratransferencia son habitualmente inesperadas y muy alienantes, tanto para uno como para otro...

Si el paciente presenta una modalidad de su pensamiento y de su actuar que corresponden a la noción de delirio, la actitud del analista consistirá en mirar, escuchar, ser más o menos sensible al discurso y al comportamiento del paciente, preservándose sin embargo del peligro de quedar alienado por el delirio en acción. Por otro lado, si el discurso analítico —el que emplea el analista— es muy formal y frío, y a menudo muy absoluto, es el paciente quien puede tener miedo de ser invadido y contaminado por la “convicción científica” del analista. Es a este fenómeno que llamo “situación bi-narcisística”. El saber científico, absolutizante, se confronta así con la convicción “científica” del delirio, sobre todo en el delirio sistematizado.

H. Rosenfeld ha señalado en diversos trabajos la importancia de la noción de “psicosis de transferencia”. Por mi parte en algunos de mis escritos agregué la noción de “contratransferencia psicótica y perversa” vicisitudes patológicas de la contratransferencia que pueden corresponder a aspectos anormales y alienantes de la transferencia que “pervierten” la situación). Para especificar algunos aspectos fenomenológicos que desearía desarrollar en este artículo querría referirme en particular a los aspectos de la transferencia psicótica que corresponden al delirio de transferencia.

Una observación por parte del paciente de determinados elementos del consultorio, la forma del diván o del escritorio, el color de una silla o algunos aspectos del techo o del piso, ciertos olores, ciertos sonidos o ruidos, pueden corresponder a una distorsión de lo percibido, donde la proyección de un elemento delirante puede “mezclarse” con la naturaleza física y específica del objeto. A veces es la ventana, o la puerta, que es escindida por la mirada del

paciente, o por sus pensamientos y sentimientos, y algunos elementos de su concepción delirante pueden “atravesar” la ventana o la puerta y lanzarse a la calle o a la pieza contigua, o a gran distancia, a otros planetas, para dar así una imagen “exterior” de aquello que corresponde a un *hecho interior* que ha *cambiado de naturaleza* y de lugar.

Un paciente psicótico me mira con insistencia durante una de las primeras sesiones y de pronto, protegiendo su estómago, manifiesta un malestar y un dolor muy *incómodos*. Luego de un momento de tenso silencio dice que nene temor del endoscopio y que una vez en la televisión vio un programa que le sorprendió mucho (*beaucoup frappé*): se trataba de un endoscopio que entraba en un estómago. Le interpreté que intentaba controlar mi mirada “endoscópica”, que él intentaba dominar sin éxito dado que la sentía ya en su cuerpo, situación que había desencadenado un sentimiento doloroso, molesto y persecutorio en su estómago. La proyección psicótica de su idea del endoscopio sobre mi mirada estaba unida a un aspecto de su infancia que contó a continuación de la siguiente manera:

“La Reina de Inglaterra había venido a París, yo era pequeño y no podía mirar a través de la multitud. Mi padre compró para mí un pequeño periscopio al que llamaba «mi televisorcito» y gracias al cual podía ver y «retener» a la Reina. Algún tiempo después cuando fui a la escuela fui sorprendido (*frappé*) porque un árbol que estaba al lado de la escuela me revelaba la presencia de Gran Bretaña. El árbol era una especie de Torre de Londres en París y yo me sentía en territorio inglés.” La experiencia llamada “la Reina de Inglaterra” La sido pues tomada por un periscopio, introyectada por él en su cuerpo y luego reprojectada de manera delirante y con sus raíces (el árbol) al costado del lugar, la casa donde él debía realizar su “conocimiento”, su aprendizaje: la escuela.

La experiencia analítica era para él también una escuela, una nueva escuela, un lugar donde ver, escuchar, aprender y conocer. La idea del periscopio —de miradas mecánicas que recorren el espacio para agarrar el objeto idealizado— es reactualizada en la transferencia en forma de doble juego: ver y ser visto, conocer y ser conocido: de un lado el analista era el objeto de su mirada periscópica y endoscópica, del otro el analista estaba investido por la proyección de tal función, razón por la cual él se torna sujeto delirado y delirante. El espacio y el tiempo de la transferencia toman así una significación delirante y “extraña”: el analista en cuanto sujeto penetra en su mundo de una manera alienante y sorprendente.

En el caso del paciente mencionado la espera del encuentro está investida de una expectativa, de una esperanza, encontrar un lugar *donde enraizarse* o bien estar al lado de la mamá, la madre-escuela. La actitud persecutoria del triángulo familiar aparece en la transferencia bajo el modo de la mirada paterna que penetra (mirada fálica), que juzga y que da “dolor de barriga”. El retorno de la proyección psicótica aparece como una presión” una compresión potente que se introduce por la fuerza en el interior del cuerpo del paciente: (re-introyección incontrolada y alienante).

Otro paciente esquizofrénico, hablando del consultorio, dice: “Si veo un cajón abierto tengo la sensación de un deslizamiento de mi ser”. Utiliza esta expresión ontológica para decir que si el analista abre su cajón, su cuerpo, podría deslizarse dentro de él: el analista transformado en mueble con cajones corresponde a un sentimiento de “cosificación”, de transformación en cosa, *en* objeto inanimado, transformación delirante de la realidad. Más tarde expresa sentimientos claustrofóbicos, lo que me permite agregar en la interpretación que si yo lo encierro en un cajón él quedaría encerrado y prisionero en mi cuerpo. La fantasía del vientre materno aparece aquí como un lugar donde el paciente es

tomado o castigado por una trasgresión, aun si él busca una mujer “*donde ser*”: “una mujer” —dice el paciente— “o algo por donde me pueda deslizar asocia entonces con el cajón de su cómoda, en la casa, lo que me permite agregar la observación de que no era siempre muy “*cómodo*” permanecer encerrado en el otro, en mi cuerpo.

“Deslizar” se une, a través de los depones de invierno con la nieve, a todo un periodo de su vida, a su infancia, de la que estaba emocionalmente desprendido, enfriado y separado de la familia, en un país frío, en la montaña (los Alpes). El paciente busca el calor, un lugar donde vivir; busca también el calor en su cuerpo, calor que espera de la madre, situación que recrea en la transferencia en la persona del *analista (transferencia materna)*. *El peligro es el grado de la naturaleza de su “deslizamiento”*; y en su identificación proyectiva él se lanza o desliza en el interior del otro de manera potente e incontrolada, sintiéndose encerrado y entrampado en el interior. El destino de su proyección depende también de su actitud y de sus intenciones: él es “responsable” de la *destinación* de su deseo. Por otra parte si él no encuentra un lugar donde pueda ser contenido y cuidado, donde pueda ser hospitalizado, debe confrontarse con la vida concebida como un espacio abierto, reificado y *aterrorizante, que configura su ansiedad agorafóbica*.

En un artículo destacable, * Enrique Pichon Riviere plantea el problema de la intencionalidad del cuerpo del otro en el mecanismo de identificación proyectiva. El analista, en cuanto “otro”, es el objeto depositario por excelencia, donde el paciente proyecta diferentes aspectos de su “*self*”. En la medida que él deposita sus aspectos persecutorios en el analista experimenta la necesidad de controlarlo para evitar la re-introyección de sus propias pulsiones destructivas.

* *Quelques observations sur le transfert chez des patients psychotiques*; “*Révue Française de Psychanalyse*”, tomo XVI. n° 1-2.

Si deposita lo que hay de mejor en él, tiene necesidad de preservar las proyecciones en el interior del otro para evitar la contaminación y el peligro de encontrar sus aspectos persecutorios. Esta diferenciación semiológica es esencial para poder comprender la contratransferencia y poder así oportunamente restituir las proyecciones del paciente.

Si el cuerpo del otro —el analista— es un buen «hospital», o el buen “banco”, donde puede guardar cierto “capital de salud” dominando su enfermedad, va a intentar salvaguardar el espacio del otro. Pero si él no puede administrar bien sus proyecciones en cierto momento, puede sentirse claustrofómicamente atrapado en el interior del analista, “en prisión”.

Esto sucede a Pierre-Marie quien en cierto momento se siente entrampado en mi interior, El analista transformado en mueble, reificado, se torna un objeto “mecánico” que “abre o cierra” sus “cajones”, formando parte de una “escenografía” delirante y extravagante. Si el paciente no encuentra un espacio, un espacio *donde ser*, un buen hospital-madre, vive el “estar fuera” como un gran espacio que desencadena ansiedades agorafóbicas y un sentimiento de catástrofe: su “yo” (“*je*”) débil y frágil se puede quebrar en pedazos infinitos y desparramar hasta desmoronarse en el espacio abierto y amenazante.

El deseo de encontrar un lugar donde ser, donde re-encontrarse, plantea la idea de alejamiento del objeto de amor o de necesidad. No hay deseo del otro sin dolor; no hay nostalgia sin algia. Para concebir y evocar un lugar, una presencia materna que pueda acogerlo, y para evocar su imagen, debe confrontarse con el sufrimiento “mental”

El analista transformado en mueble, transformación psicótica y delirante del objeto, desnaturaliza el modelo de relación de objeto originario y des-vitaliza el

acogimiento; el analista puede sentir que es de hecho un mueble, que ha perdido su condición y su forma de persona “humana”. Si el paciente recibe un esclarecimiento “vivenciado” de la situación de transferencia y de contratransferencia puede recuperar la situación de su cuerpo de estar “cómodo” confortable, y volver a sentir su calor interior. El analista de esta manera puede recuperar su propio cuerpo, salir de su reificación temporaria y reclamar también su calor. El ser “helado” de la transferencia recupera su naturaleza humana, sus sentimientos, su vida.

La transferencia delirante es una modalidad patológica de la transferencia que se funda sobre una concepción egocéntrica y de omnipotencia consistente en cambiar la realidad más que en adaptarse a ella. El paciente psicótico tiene necesidad de “hacer delirar” la naturaleza y el mundo, de “hacerlo actuar” a su manera. Ya que de hecho no puede aceptar la realidad, intenta cambiarla, transformarla a través de objetos delirantes.

El psicótico tiene una dificultad para “negociar” con el analista. Interpretar viene de “prestar”, “prestar-se”, de un sistema de prestaciones que tolera la realidad de uno y de otro.*

La interpretación es compleja en el psicótico dado que en su concepción del mundo, el sistema de prestaciones recíprocas que conduce a toda formulación es inadmisibile: negociar significa renunciar hasta cierto punto, aceptando la existencia de dos mundos, mientras que el psicótico no acepta más que uno, aquel donde el ego-centro domina: posición egocéntrica y expansiva y el delirio.

Víctor Tausk* publica en 1919 su artículo “Sobre la génesis del aparato para

* Ver el artículo “La interpretación” en la “Revista de Psicoanálisis”, Buenos Aires, 1978.

* “Obras psicoanalíticas”; Granica, 1977.

influir en el curso de la esquizofrenia”, donde estudia los aspectos delirantes de la esquizofrenia y del “objeto delirante”. El aparato creado por el sujeto delirante sigue modelos corporales, su cuerpo fantasmático está ligado en particular a su genitalidad delirante. El aparato puede tornarse una especie de robot manipulado por los enemigos que actúa a su vez sobre la persona del enfermo. El aspecto narcisístico patológico, la relación de objeto narcisístico-delirante caracteriza en este caso la relación entre el individuo que delira y la máquina para influir, máquina “para delirar”.

Uno de mis pacientes que sufre un proceso esquizofrénico cuenta un sueño: se encuentra en un tren que bruscamente descarrila. Con otros pasajeros espera que una grúa levante el tren para volverlo a colocar en sus rieles. El paciente hace su relato de una manera muy fría, impersonal y mecánica. Expresa su impresión de que el analista también está frío y mecánico como una máquina. Manifiesta de nuevo el deseo de ser ayudado, de ser puesto «en sus rieles». Yo interpreto que en efecto él se siente descarrilado, desequilibrado, y que me pide que sea para él una grúa eficaz. El hecho de ser vivido como frío y mecánico corresponde ya a la dramatización de la proyección delirante del paciente y a la «transformación» de la naturaleza del cuerpo del analista convertido en máquina, “máquina para prestar ayuda». El analista se torna en el delirio de transferencia una realidad anhelada por el paciente, quien pide una ayuda, pero también un objeto delirado para él, un lugar donde su objeto delirante pueda “crear” su realidad en el otro.

Es necesario establecer una diferencia entre la noción de objeto delirado por el paciente y de objeto raro delirante: objeto delirante. El paciente puede a veces tener la impresión de que el analista descarrila, que delira, puesto que él es investido de una función delirante. En ese momento la elaboración de la contratransferencia es muy importante y permite al analista comprender la

indicación más o menos precisa y las implicaciones de la transferencia psicótica: identificación con el objeto delirado.

Otro de nuestros pacientes, un delirante crónico, cuenta que ha citado un aparato para inventar”, es decir una máquina para delirar, “creativamente”, sùmmum de la omnipotencia del delirio.

Herbert Rosenfeld * utiliza el término de «transferencia delirante”, que prefiero designar “delirio de transferencia”, y describe algunas experiencias de pacientes psicóticos los cuales conciben el mundo exterior como la contrapartida de su mundo interior, como si el exterior equivaliera al interior de un objeto proyectado.

Salir al mundo es siempre salir al interior del mundo; la traslación en el espacio y su significación está en la base de la “construcción” de una imagen propia del mundo. En el caso del delirio la estructuración del mundo sigue relaciones y leyes diferentes a las habituales. El delirio puede ser una construcción demasiado racional, pero que tiene fundamentos irracionales desconocidos y negados. La forma del mundo, el cuerpo de la naturaleza, la apariencia de las cosas, frecuentemente son *deformados* en relación con la “norma del delirio de-forma.

Una paciente psicótica habla de su rostro corno extraño y deformado. Al mismo tiempo señala que nuestra relación en el encuentro analítico es diferente ese día, extraño, deformado también o mejor, transformado en algo distinto. Ese día había decidido extenderse sobre el diván y tenía la impresión de que su analista estaba detrás transformado en objeto bi-dimensional, aplastado, inmóvil

* “Object Relations of the acute Schizophrenic Patients in the Transference Situations” 1964.

En: *Recent Research on Schizophrenia*. “Psychiatric Research Reports”, de la American Psychiatric Association

y transformado en cuadro. De esta manera ella muestra en su transferencia delirante la capacidad de cambiar la forma y la naturaleza del otro, de crear una nueva fisonomía, una nueva realidad: el analista transformado en “cuadro” no se mueve más, está paralizado y prisionero en el interior del mareo del cuadro.

En mi contratransferencia sentí entonces la influencia inductiva de la paciente que intentaba imponer su poder mágico y delirante: cambiarme en objeto chato, inmóvil, y a su merced. A veces me daba la posibilidad de moverme y de salir de mi estado de “cuadro”, retomar así contacto con mi estado de persona viviente y móvil y salir de la reificación. La paciente se creía capaz, gracias a su poder, de cambiar la naturaleza de mi ser, mi apariencia y la forma de mi existencia.

El sentimiento de posesión delirante consiste en apropiarse de la realidad del otro y transformarla. A veces el paciente puede quejarse de que todo cambia alrededor de él, más allá de todo control. Su máquina para delirar se torna incontrolada y él mismo se siente encerrado y arrinconado en el interior de un espacio y de un estado donde todo cambia, “a pesar de él”. Habita de esta manera en el interior de un objeto que lo ha poseído que lo rodea y que desencadena en él una ansiedad claustrofóbica intensísima.

Cuando el paciente despierta del delirio y cuando el delirio de transferencia comienza a aclararse, el analista aparece como un objeto incompleto y parcial. Uno de mis pacientes me percibe como una columna vertebral. Mi estado de columna vertebral era necesario para él y representaba un superyó capaz de ayudarlo y “vertebrar” las partes de su cuerpo y sus ideas despedazadas- A veces el analista es concebido como un cerebro, “un ente pensante, a veces como una fuente de alimentos, un seno, o bien un estomago, una mirada, o una “oreja analítica”, aislado del resto del cuerpo. Si a este nivel el analista cree que su función es solamente la de escuchar, esto para el paciente equivale a una

confirmación de que el otro es sólo un órgano.

En la medida que el delirio de transferencia se integra y se elabora en un trabajo analítico, la transferencia se torna menos parcial y la relación más completa e integrada en la realidad. El principio del delirio se confronta con el principio de realidad: se trata siempre de una cuestión de principios.

La posición del analista es la de un testigo participante que es tomado en la experiencia, que se juega, a veces con el riesgo de caer en el juego. En este sentido el encuadre analítico, “la regla de juego”, es esencial. Esto significa también una toma de contacto entre el yo delirante y el yo infantil, por lo tanto una posibilidad de estructuración de aspectos delirantes de la personalidad disociada y fragmentada del paciente. La re-estructuración del campo analítico corresponde así a la recomposición del espacio y del tiempo despedazados y a veces fragmentados de la sesión. En la medida que el narcisismo patológico del paciente psicótico se siente menos amenazado por la realidad exterior e interior, su necesidad de transformar y dominar el mundo se reduce. La realidad se torna así menos deformada y más conforme a los principios y reglas de la relación cotidiana. Toda relación con el mundo marca una transformación, pero no necesariamente una deformación, como en el caso del delirio.

Buscar la significación del delirio en análisis —delirio que es frecuentemente una construcción más o menos sistematizada—, significa enfrentarse a la función alienante y deformante del delirio que intenta actuar sobre esta transferencia e imponer sus ideas.

El paciente delirante es egocéntrico, intenta imponer su mundo o transformar el mundo del otro; el “desinflamamiento” del delirio o la restitución de la capacidad transformante y no deformante de la realidad constituye un acto

creativo pero penoso. Toda expresión creativa es fundamentalmente re-creativa”, explorativa, pero siempre angustiante en la partida. En un artículo precedente, “La depresión narcisística”, publicado en la “Revista argentina de Psicoanálisis”, estudié algunos aspectos del sufrimiento narcisístico que significa el abandono del delirio. Es difícil tolerar la des-ilusión, el derrumbe de una construcción, la del delirio, investida de poder, de fe y a menudo de inteligencia e imaginación.

El pasaje de la situación delirante a la relación no-delirante se conforma a la manera de una confrontación dolorosa entre dos mundos: elegir significa abandonar el juego. La concepción delirante se funda sobre el narcisismo y el egocentrismo. La alienación del mundo del otro y la necesidad de tragar al otro en su propio espacio, en su “sistema”, configura la política del delirio de transferencia hasta el momento en que la necesidad de un verdadero vínculo aparece.

La condición estructural de toda relación consiste en tolerar la exterioridad del otro, es decir, su propia condición de estar afuera. En muchos de mis trabajos precedentes señalé que la posición existencial del psicótico, y particularmente del esquizofrénico, es siempre la de habitar en el interior de un objeto, de otro cuerpo.

RESUMEN

El delirio de transferencia corresponde a un aspecto particular del contexto analítico donde algunos aspectos del paciente son reactualizados.

El aspecto ya sea a nivel “interpretación” de la realidad, delirante puede ser explicado ya sea a nivel del pensamiento, perceptivo, ya sea a nivel del juicio, o aun a nivel de una que el paciente puede hacer a nivel de algunos elementos que configuran la situación analítica.

A través de varios ejemplos de pacientes psicóticos intento transmitir y formular algunas vivencias de transferencia y contratransferencia que corresponden a la noción de delirio de transferencia y a diferentes aspectos vinculados a la psicopatología de la situación analítica.

Estas diferentes descripciones y categorizaciones semiológicas creo que podrían ser utilizadas en la comprensión y la práctica analítica de la psicosis.

Traducido por Daniel Gil

Recibido: 15 de junio de 1978

SALOMÓN RESNIK (París), médico psiquiatra y psicoanalista. Se formó y trabajó en Buenos Aires residiendo desde 1957 en París y luego en Londres. Actualmente está radicado en París, donde además desarrolla actividades docentes universitarias en psicología. Desde 1978 es “Mâitre de Conférences” de psiquiatría en la Facultad de Medicina de Lyon. Es autor de “Persona y

psicosis” (Payot, 1972), traducido al italiano y al alemán; “Le rêve et ses masques” (Payot, París y Einaudi, Tormo); “Psicosi e Linguaggio” (trabajo colectivo, Marsilio Editori. Venecia, 1978). Además ha publicado diversos trabajos sobre la psicosis y el delirio del adulto en revistas francesas, italianas, inglesas y en lengua española.

Dirección: 20, Rue Bonaparte, 75006, Paris.

***EL COMPLEJO DE EDIPO A LA LUZ
DE LA EXPERIENCIA CLINICA CON
PACIENTES PSICOTICOS ****

Por

JORGE E. GARCÍA BADARACCO

ENRIQUE J. ZEMBORAIN

INTRODUCCIÓN

El llamado *complejo de Edipo* constituye, según la célebre fórmula, el complejo nuclear (Kernkomplex) de las neurosis. Si bien Freud no hizo nunca una exposición sistemática del mismo, la progresiva elaboración de este descubrimiento es coextensiva con la historia del psicoanálisis. Las primeras referencias datan de las épocas iniciales. Ya el 15 de octubre de 1897, en una carta a Fliess escribe: “El mito griego ha captado una compulsión que todos reconocen porque todos la han sentido. Cada espectador fue un día en germen, en imaginación, un Edipo, y se espanta ante la realización de su sueño transportado a la realidad. Tiembla según la medida de la represión que separa su estado infantil de su estado actual” [...] “Si es así, se comprende, a despecho de todas las objeciones racionales que se oponen a la hipótesis de una inexorable fatalidad, el efecto impactante del Edipo Rey.”¹³

Desde un principio Freud afirma la universalidad del Edipo, tesis que ulteriormente se irá reforzando. “Todo ser humano tiene impuesta la tarea de dominar el complejo de Edipo [...]” (Tres ensayos sobre la teoría de la

* Escrito especialmente para la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”.

sexualidad - 1905)¹⁴ En varios escritos interpreta que el Edipo trasciende lo vivido individual en que se encarna. Reflejaría más bien las profantasías filogenéticamente transmitidas, que funcionan como esquemas que estructuran lo imaginario del sujeto y que constituyen otras tantas variantes de la situación triangular (seducción, escena primaria, castración, etcétera).

Para Freud, el complejo de Edipo tiene un carácter fundante, que se desprende de la hipótesis propuesta en “Tótem y tabú” de 1912-1913, ¹⁵ del asesinato del padre primitivo considerado como el momento de origen de la humanidad. Esta hipótesis, discutible desde el punto de vista histórico, debe interpretarse sobre todo como un mito que traduce la exigencia que se plantea a todo ser humano de ser un «vástago” de Edipo. (El nacimiento del psicoanálisis - 1887-1902: Aus den Anfängen der Psychoanalyse.)¹² En el desarrollo del ser humano, entonces, intervendría siempre una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción primitiva pulsional naturalmente buscada. Vamos a encontrar esta concepción estructural del Edipo posteriormente en la obra de Levi-Strauss (“Las estructuras elementales del parentesco”)³⁴ donde se considera la prohibición del incesto como universal y mínima para que una “cultura” se diferencie de la “naturaleza”. Por otra parte, la temática conflictiva edípica se da en un periodo del desarrollo entre los tres y cinco años de edad y su elaboración definitiva a través del período de latencia. En la pubertad se reactiva el complejo y se estructura la organización genital definitiva que juega a su vez un papel fundamental en la estructuración de la personalidad. Según Freud las transformaciones relativas a la elaboración y resolución del complejo de Edipo son sumamente complicadas, se realizan en un período esencialmente formativo del desarrollo del ser humano e implican cambios cualitativos y estructurales del aparato psíquico.

El cambio estructural inherente a la disolución del complejo de Edipo

comprende, entre otros aspectos, represión del proceso primario y desarrollo del proceso secundario, pasaje de un funcionamiento en términos de ecuación simbólica al desarrollo de una capacidad de simbolización verdadera, cambio de relaciones narcisísticas y simbióticas de objeto con indiferenciación entre el yo y el no yo hacia formas de relaciones objetales en donde se produce una mayor individuación y donde comienza el desarrollo de una identidad Propia.

La intrincada problemática vinculada con la disolución del complejo de Edipo plantea todavía muchas interrogantes no suficientemente resueltas. En el presente trabajo deseamos aportar a través del proceso terapéutico de pacientes psicóticos, algunas observaciones sobre la naturaleza del llamado complejo de Edipo, así como de los factores que interfieren o perturban su elaboración o disolución. El hecho de que Enrique Pichon Riviere haya sido un autor que se ocupó con mucho interés de este mismo tema da a nuestro entender un elemento más para que nuestro trabajo tenga un verdadero sentido de homenaje a su obra. Las contribuciones que hizo, tanto a la psiquiatría como al psicoanálisis durante las décadas del 50 y del 60, fueron muy enriquecedoras en nuestro campo de trabajo y nos sentimos deudores en muchos aspectos en relación con las ideas que desarrollamos aquí.

Para comenzar, tenemos con Pichon Riviere un punto de partida común en la lectura que hacemos de Freud, en lo que se refiere a la relación entre psicología individual y psicología social o colectiva, en su trabajo “Psicología de las masas y análisis del yo”.¹⁶ Decía Freud: “la oposición entre psicología individual y psicología social o colectiva, que a primera vista puede parecernos muy profunda, pierde gran parte de su significación en cuanto la sometemos a un más detenido examen. En la vida anímica individual, aparece integrado siempre, efectivamente, ‘el otro’, como modelo, objeto auxiliar o adversado y de este modo la psicología individual es al mismo tiempo y desde el principio

psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado.” Freud consideraba que las relaciones del individuo con sus padres, con sus hermanos y con el médico, que han sido objeto de la investigación psicoanalítica, pueden ser consideradas como fenómenos sociales. En el estudio de las relaciones entre los individuos no sería necesario apelar para su comprensión a la existencia “de un instinto social primario e irreductible pudiendo los comienzos de su formación ser hallados en círculos más limitados, por ejemplo en la familia”. “Basta con reflexionar que el yo entra, a partir de este momento, en la relación de objeto con el ideal del yo por él desarrollado y que, probablemente todos los efectos recíprocos desarrollados entre el objeto y el yo total, conforme nos los ha revelado la teoría de las neurosis, se reproducen ahora dentro del yo.”

Pichon Riviere pensaba que este conjunto de relaciones internalizadas en permanente interacción y sufriendo la actividad de mecanismos o técnicas defensivas constituyen el grupo interno, con sus relaciones, contenido de la fantasía inconsciente. El psicoanálisis individual se ocuparía del grupo interno de cada individuo mientras la terapia familiar enfoca las relaciones recíprocas entre el grupo interno y el grupo externo. Por este motivo, durante muchos años, puso su énfasis en la utilidad de articular el psicoanálisis individual con la psicología familiar y social.

Enfatizó acerca de la vigencia e importancia de la interacción dialéctica entre el hombre y su medio. Su inclinación de trabajar en el campo de la “locura” estaba condicionada por el hecho de que, si bien la consideraba como una forma de “muerte”, podía resultar reversible. La psiquiatría clínica le abrió el camino hacia un enfoque dinámico, el que lo llevó progresivamente al descubrimiento de elementos genéticas, evolutivos y estructurales, que le permitió su comprensión de la conducta como una totalidad en evolución dialéctica. Según sus propias manifestaciones, su permanente contacto con

pacientes psiquiátricos y con sus familiares le permitió de alguna manera conocer en su contexto el proceso de la enfermedad. Pichon Riviere considera la familia como una estructura social básica conformada por el interjuego de papeles diferentes (padre, madre, hijo) que constituye el modelo natural de la situación de interacción grupal. Fue uno de los primeros en comprender que el individuo enfermo es un emergente de un grupo familiar enfermo y que el paciente neurótico o psicótico es depositario o portavoz de la enfermedad familiar. Cuando las tensiones y los conflictos grupales se hacen muy intensos puede producirse, por proyección, un depósito masivo en uno de los miembros del grupo, que se convierte así en la síntesis de la ansiedad global en un intento de preservación de los demás. La emergencia de una neurosis o una psicosis en el ámbito familiar significa entonces que uno de sus miembros asume un “papel” nuevo, como portavoz de la enfermedad grupal. La dinámica subyacente sería que el individuo enferma como una forma de “preservar el resto del grupo del caos y la destrucción y pide ayuda (directa o indirectamente) en un intento de resolver la curación.

Cada miembro de un grupo familiar tiene dentro de sí un grupo interno constituido por la progresiva internalización de los objetos y de los vínculos. El paciente, habiendo construido imágenes internas en momentos primitivos de frustración intensa o de gratificación, tiene imágenes distorsionadas de los otros miembros de la familia, que no coinciden con la realidad y que constituyen modelos arcaicos o estereotipados de los vínculos objetales, que no puede modificar y perturban la comunicación. Cuando el paciente asume el papel de enfermo, el círculo se cierra completándose el ciclo de configuración de un mecanismo de seguridad patológico, que, desencadenado por un incremento de las tensiones, consiste en un depósito masivo con un mecanismo de segregación del depositario por la peligrosidad de los contenidos depositados.

A juicio de Pichon se da, en los pacientes psicóticos, la existencia de objetos internos, múltiples “imagos”, articuladas en un mundo interno construido según un progresivo proceso de internalización, en el cual es posible reconocer el Lecho dinámico de la internalización de objetos y relaciones con que se intenta reconstruir la realidad exterior. Su indagación analítica lo llevó a ampliar el concepto de “relación de objeto” y formular el de “noción de vínculo”, que define como una estructura compleja, en la que se incluye un sujeto, un objeto y su mutua interrelación con procesos de comunicación y aprendizaje. Insistió que en toda estructura vincular, el “sujeto y el objeto interactúan [retroalimentándose] mutuamente”. El pasaje o interacción tendrá características determinadas dadas ya por el sentimiento de gratificación, ya por el de frustración, estableciendo la configuración del vínculo, que consiguientemente será “bueno” o “malo”. Las relaciones intrasubjetivas, o estructuras vinculares internalizadas, articuladas en un mundo interno, condicionarían “las características del aprendizaje de la realidad”. Este aprendizaje, continúa el autor, será facilitado u obstaculizado “según que la confrontación entre el ámbito de lo intersubjetivo y el ámbito de lo intrasubjetivo resulte dialéctica o dilemática”. Dicho de otra manera y utilizando la terminología de Pichon Riviere, según que el proceso de interacción funcione como circuito abierto (trayectoria en espiral) o cerrado (viciado por la estereotipia).

Frente al objeto -gratificante el sujeto experimenta una ansiedad que Pichon Riviere denominó “sentimiento de estar a merced”. El objeto bueno no es perseguidor, pero resulta una fuente de angustia porque puede ser perdido, y sobre todo por la pérdida de las partes propias que el sujeto depositó en él. En el grupo interno la dependencia surge de la proyección, en una de las figuras parentales, de los aspectos buenos del sujeto, estableciéndose un vínculo bueno a doble vía con objetos parciales. El temor al abandono y a la pérdida originaría el sentimiento de nostalgia característico de la depresión esquizoide. Sobre el

otro objeto, a raíz de experiencias frustrantes, proyecta el sujeto sus partes malas, generándose una vuelta de la agresión contra sí mismo, lo que da origen a sentimientos o ideas de persecución. Para Pichon Riviere la concepción del mundo interno en los términos que él lo hace y la sustitución de la noción de instinto por la de estructura vincular (vínculo como protoaprendizaje, como el vehículo de las primeras experiencias sociales, constitutivas del sujeto como tal) llevarían necesariamente a la definición de la psicología como psicología social.

A hora bien, en cuanto al complejo de Edipo en sí mismo, podríamos definirlo como un conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto de sus padres. En su forma positiva el complejo consistiría en el deseo de la muerte del rival-padre, personaje del mismo sexo y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto o sea la madre. En su forma negativa, sería a la inversa, esto es amor hacia el padre del mismo sexo y celos hacia el del sexo opuesto. Por supuesto que estas dos variantes se encuentran combinadas en diferentes grados en la llamada forma completa del complejo de Edipo. Freud afirma que dicho complejo es vivido en su mayor intensidad entre los tres y cinco años de edad, es decir durante la fase fálica; su declinación señala la entrada en el período de latencia, experimentando una reviviscencia en el transcurso de la pubertad y siendo superado, si se dan las circunstancias apropiadas, dentro de cierto tipo particular de elección de objeto.

Según Freud, en el caso ideal, cuando llega el momento, tendrá que darse realmente una destrucción o supresión del complejo de Edipo. Pero cuando el yo no ha logrado más que una represión del mismo, éste permanece en el ello en estado inconciente, manifestando posteriormente su acción patógena. En “La disolución del complejo de Edipo” (1924), 17 Freud hace las siguientes consideraciones: “[. . .] éste sucumbe a la represión y es seguido por el período de latencia”. [...] “El análisis parece atribuirlo a las decepciones dolorosas sufridas por el sujeto. La niña que se cree objeto preferente del amor del padre

recibe un día una dura corrección por parte de éste y se ve expulsada de su feliz paraíso.” [...] “El niño que considera a su madre como propiedad exclusiva suya la ve orientar de repente su cariño y sus cuidados hacia un nuevo hermanito.” [...] “La ausencia de la satisfacción deseada acaba por apartar al infantil enamorado de su inclinación, sin esperanza.»

Otra hipótesis sería la de que el complejo de Edipo tiene que desaparecer porque llega el momento de su disolución, como los dientes de leche se caen cuando comienzan a formarse los definitivos.” [...] “Aunque el complejo de Edipo es vivido también individualmente por la mayoría de los seres humanos, es, sin embargo, un fenómeno determinado por la herencia y habrá de desaparecer, conforme a una trayectoria predeterminada, al iniciarse la fase siguiente del desarrollo.” [...] “La fase fálica, que es, al mismo tiempo, la del complejo de Edipo, no continúa desarrollándose hasta constituir una organización genital definitiva, sino que desaparece y es sustituida por el período de latencia. Pero su desaparición se desarrolla de un modo típico y apoyándose en sucesos regularmente emergentes [...]”

De los textos citados deseamos destacar algunos aspectos. En primer lugar, parecería que el pensamiento de Freud, en lo que se refiere al complejo de Edipo, incluye una clara referencia a la importancia del crecimiento y desarrollo del individuo y explica la disolución del mismo como una consecuencia natural de ese desarrollo.

En segundo lugar, aunque el mismo Freud consideraba, como vimos antes, que la investigación psicoanalítica de la dinámica intrapsíquica “es en realidad un estudio de fenómenos sociales tales como las relaciones del individuo con sus padres y hermanos, con la persona objeto de su amor y con su médico”, en general se ha puesto preferentemente el acento en el conflicto intrapsíquico en términos de satisfacción o frustración de la pulsión instintiva, más que en

términos de una patología vincular, en donde tanto el sujeto como el objeto intervienen con sus dificultades propias.

En tercer lugar, con respecto al complejo de Edipo, en la literatura psicoanalítica se ha considerado más la problemática del hijo en relación con sus padres no teniéndose suficientemente en cuenta en dicha problemática la contrapartida, es decir, la conducta y/o dificultades de los padres en relación con sus hijos. H. Racker (1959) en sus “Estudios sobre la contratransferencia”, 43 señalaba que la escasa elaboración científica de la misma, debía provenir de la posición de los analistas frente a sus propias contratransferencias, es decir, de un rechazo que representa los restos sin resolver del viejo conflicto con la propia parte primitiva y con la propia neurosis. De la misma manera pensaba que de ahí proviene el hecho de haberse estudiado mucho más por un lado la transferencia que la contratransferencia, y por otro, de haberse tratado mucho más el complejo de Edipo del niño con sus padres que el de los padres con sus hijos.

Por nuestra parte deseamos aportar con este trabajo ciertas observaciones que nos permiten afirmar que en muchos casos los progenitores obstaculizan o impiden de alguna manera, con sus propias carencias y dificultades la elaboración y disolución del complejo de Edipo, tal como lo describiera Freud, y condicionan a su vez una estructuración patológica de las relaciones que favorece y mantiene la persistencia de formas francamente “edípicas” de la relación del hijo con sus padres. Estas se ponen de manifiesto en la persistencia *de* una sexualidad infantil vehiculizada en relaciones de objeto primitivas o narcisísticas, con características perversas que configuran lo que se ha dado en llamar relaciones incestuosas.

EJEMPLOS CLINICOS

Vamos describir algunos casos que nos permitan ejemplificar clínicamente nuestras observaciones, para luego poder teorizar sobre los mismos.

1) A es un paciente de 24 años, que padece una esquizofrenia paranoide, puesta de manifiesto hace aproximadamente diez años. Centrándonos en el problema que nos ocupa, resumimos diciendo que desde muy chico tuvo un excesivo acercamiento a la madre, durmiendo en la cama con ella hasta cerca de los doce años, mientras su padre salía de viaje o llegaba tarde a la casa por sus ocupaciones laborales. El padre estaba prácticamente ausente de la intercomunicación familiar, es decir que su relación tanto con A como con su mujer era muy distante. A no recuerda haber tenido hasta cerca de la edad de quince años una conversación con su padre que no fuese los domingos a la hora de almorzar, como así tampoco haber tenido con él acercamiento físico ni emocional alguno. Relata A fantasías incestuosas con su madre a quien, según él, deseaba sexualmente, deleitándose en verla cuando dormía en ropa interior, adoptando ésta para acostarse una forma bastante exhibicionista. Hasta hace unos años A se masturbaba, utilizando para hacerlo prendas interiores de su madre; todo esto lo avergonzaría mucho y lo llenaba de culpa y temor de que lo descubriesen, sobre todo su padre. Con respecto a éste, las relaciones en los últimos años eran muy tirantes y agresivas, manteniéndose entre ambos serias discusiones, aun por motivos nimios.

A través de la terapia familiar, que se efectuaba simultáneamente con su análisis individual, pudo establecerse que la mala relación de pareja de los padres, incidía significativamente en A. Dadas estas circunstancias y toda la insatisfacción que su madre sentía como mujer ella trataba inconcientemente de satisfacerla a través de su hijo mediante actitudes exhibicionistas y seductoras

que perturbaban notoriamente a A, estimulando y a la vez induciendo en él fantasías incestuosas, las que cobraban mayor dramaticidad precisamente por la ausencia del padre que, al no poner con su presencia “límites” a las mis—mas, lo llenaban de hostilidad hacia él, hostilidad que estaba incrementada por el trato despótico que su padre le daba.

El proceso terapéutico que - como dijimos se realizó en forma simultánea (análisis individual y terapia familiar), permitió analizar en profundidad estas fantasías, tanto en A como en sus padres. En la medida que el padre comenzó a participar más activamente en este proceso terapéutico y ayudado por los terapeutas pudo tolerar mejor las ansiedades psicóticas de su hijo, empezó a comprender la importancia de su presencia en el grupo familiar, pudiendo adoptar una actitud más cariñosa y protectora para con toda su familia. A medida que mejoró la relación de la pareja parental, A pudo vivenciar y elaborar sus deseos incestuosos hacia su madre y su hostilidad para con su padre, en un contexto de mayor seguridad. La madre, a su vez, más atendida por su marido, pudo desprenderse de su deseo de retener a su hijo como un objeto necesitado y en particular como objeto sexual sustitutivo. En estas condiciones, a medida que mejoré la relación intrafamiliar se fue produciendo simultáneamente la “disolución” del complejo de Edipo patógeno.

2) B es un paciente esquizofrénico crónico de 39 años de edad, que hace su primer episodio psicótico alrededor de los 20 años. En varias oportunidades le había manifestado a su madre el deseo de tener relaciones sexuales con ella. Estas proposiciones, juntamente con una conducta agresiva e incoherente en cuanto al lenguaje que utilizaba, tenían aterrorizada a su madre, quien no atinaba a ponerle freno alguno, quedando como paralizada ante sus agresiones. El padre de B era una persona muy rígida, agresiva, constantemente dedicada a su trabajo, no teniendo, según él, tiempo para estar en su casa ni con su mujer ni con sus hijos. E no recuerda haber tenido oportunidad de poder jugar alguna vez

con su padre, ni aún cuando era chico. Cuando intentaba hacerlo (por ejemplo jugar a las cartas), el juego terminaba en una pelea porque su padre no admitía que si se estaba jugando “no se lo hiciese seriamente”.

Ante esta conducta del padre, distante y agresiva y de su madre, temerosa e insidiosa contra su marido, quejándose permanentemente de él, desarrolló frente a ellos un comportamiento y un lenguaje totalmente delirantes que, al no ser entendidos por sus padres, aumentaban la ansiedad de éstos, tomándose la comunicación dentro de la familia prácticamente imposible.

La terapia familiar juntamente con su análisis individual hizo posible comprender el sentido metafórico que encerraba el lenguaje que empleaba B. Éste, a través de su conducta y las cosas que les decía, tanto a su madre como a su padre, estaba expresando su deseo de un acercamiento a ellos, una necesidad lúdica de un contacto físico y emocional con ellos, que no se había podido dar en toda su vida, ni aun cuando muy pequeño. Las dificultades personales de cada uno de los padres, como así también su mala relación de pareja, habían repercutido en forma constante y perjudicial en el desarrollo psicosexual de B.

El proceso terapéutico simultáneo seguido por B y su familia, permitió modificar primero la conducta de los padres hacia B y luego la de éste hacia ellos. La madre perdió el miedo que le tenía y pudo acercarse a él en una forma más cariñosa y sincera; el padre hizo un significativo acercamiento a su hijo, pudiendo comenzar a salir juntos disfrutando mutuamente de su compañía y pudiendo “jugar” por primera vez; compartiendo momentos muy agradables. A medida que los padres fueron tolerando las “excentricidades delirantes” de su hijo, éstas fueron disminuyendo paulatinamente. En su análisis individual pudo verse que, en la medida que las actitudes de los padres iban cambiando, las fantasías incestuosas de B con la madre y el odio al padre disminuyeron progresivamente hasta desaparecer.

Estos ejemplos, que a nuestro entender resultan bastante significativos, son nada más que una muestra de lo que reiteradamente observamos en el proceso terapéutico de pacientes psicóticos. En la psicoterapia de estos pacientes se puede ver claramente que las propias dificultades de los padres no sólo mantienen de alguna manera con su conducta las “esperanzas” señaladas por Freud, sino que, por el contrario, tienden a potencializarlas. Además, es muy frecuente observar que los padres de hijos psicóticos no proveen los elementos necesarios para un crecimiento yoico normal mediante el aporte de patrones de identificación, no permitiendo que se desarrolle el proceso señalado por Freud, en el sentido de que “[...] las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones”. Con respecto a que “la autoridad del padre o de los padres introyectada en el yo, constituye en él el nódulo del superyó que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinales”, podemos decir que en dicho proceso terapéutico con psicóticos vemos que las cargas de objeto no pueden ser abandonadas ni sustituidas por identificaciones secundarias, porque, en algunos pacientes existen identificaciones primarias, por ejemplo, del niño con su madre, que los llevan a quedar atrapados en un “falso *self*” (Winnicott). Por otra parte, un padre “ausente” no facilita una identificación secundaria para la constitución del superyó, como así tampoco identificaciones estructurantes del yo.

MARCO DE REFERENCIA CONCEPTUAL

A efectos de tener un marco de referencia más amplio para poder comprender y situar los fenómenos que estamos estudiando, expondremos algunas ideas, recientemente publicadas por uno de nosotros, 29 acerca de la función de la familia como contexto real del crecimiento psicológico de los individuos. En

tal sentido aparece la familia como una estructura “transicional” destinada a posibilitar a sus miembros más jóvenes la adquisición de una identidad que les haga posible una existencia independiente de la familia misma. Por lo tanto, entendemos que la familia es el contexto en que se produce el proceso de crecimiento y maduración del individuo y es en ese sentido que para dicho individuo la familia aparece como un objeto transicional estructurante de su personalidad. Tanto el crecimiento como la maduración biopsicológica de cada individuo dentro del contexto familiar produce permanentemente toda una serie de cambios en los otros miembros de la familia, constituyendo por lo tanto los fenómenos de la dinámica familiar en la familia normal. El desarrollo de cada individuo influye en el contexto y a su vez es influido por éste en una relación dialéctica.

Por lo tanto, se puede entender mejor lo que pasa en una familia patológica si lo referimos, entre otras cosas, en términos de los acontecimientos que tendrían que tener lugar como crecimiento, individuación, maduración, ciclo vital, relación intergeneracional, etcétera, y que no se han podido producir por mecanismos que lo impiden, ya sea intrapsíquicamente, como en la relación interpersonal y grupal.

En la psicoterapia familiar se pueden observar con toda claridad, las dificultades que se han producido al obstaculizarse los procesos de crecimiento y desarrollo de los individuos dentro del contexto familiar, lo que permite inferir y reconstruir las dificultades que se han dado en las distintas etapas por las que ha atravesado la familia.

A través de la terapia individual y familiar con pacientes psicóticos hemos observado que los padres han tenido y/o donen expectativas, ya sea tanto conciente como inconcientemente, muy rígidas con respecto a sus hijos. En mu-

chos casos ya antes de nacer éstos, representan para los padres objetos internos muy prefijados y cristalizados e idealizados dentro del mundo interno de los mismos. De tal manera, el hilo es considerado no como un ser humano que debe llegar a ser independiente y al que hay que ayudar y acompañar para que pueda desarrollar sus propias posibilidades, sino como alguien que debe cumplir con un papel asignado previamente y a quien se le exigen determinadas realizaciones prefijadas.

El grado de madurez y de logro de una identidad propia en los padres condicionará por lo tanto un desarrollo también más sano y más maduro de los hijos. Así vemos como padres con severas carencias y serios conflictos no resueltos, ya sea personales o en su relación de pareja, condicionarán mediante identificaciones patológicas, detenciones del desarrollo psicoemocional y psicosexual, las que a su vez producirán fijaciones de las relaciones de objeto a niveles primarios, dando lugar a variadas formas de patología mental.

El crecimiento psicológico de los hijos reactiva las etapas del desarrollo de sus padres, poniéndolos a prueba constantemente, pero cuando esta puesta a prueba se les hace muy difícil por sus propias dificultades y/o conflictos (de los padres), éstos desarrollan mecanismos de defensa inconcientes mediante los cuales detienen el crecimiento de sus hijos, precisamente en los mismos aspectos propios detenidos.

Al ser la relación obligatoriamente idealizada y por lo tanto necesariamente frustrante y empobrecedora, el hijo en desarrollo va a quedar detenido en el mismo. Una crisis psicótica será por lo tanto, la respuesta obligada a una situación vital insostenible que el sujeto no está en condiciones de enfrentar, y la expresión de las carencias que se fueron condicionando a lo largo de su desarrollo. Por su parte los padres que inconcientemente esperan y reclaman al

hijo en desarrollo que les solucione las carencias que les quedaron de sus propios progenitores, verán en la enfermedad, el fracaso de sus expectativas idealizadas.

Todo esto nos lleva a pensar que el crecimiento de los hijos se realiza en un contexto que requiere de los padres estar capacitados para desempeñar las funciones paterna y materna como modelos de identificación necesarios para hacer posible el crecimiento normal de sus hijos.

Los estudios que se refieren a los efectos de la privación temprana de la presencia de la madre, la muerte de uno de los progenitores, ausencias, divorcios, abandonos, etcétera, muestran los efectos destructivos de este tipo de carencias masivas, poniendo de este modo en evidencia la importancia fundamental del afecto y de la presencia de figuras parentales para el crecimiento psicológico de los individuos. Pero nosotros pensamos que hay que desarrollar un concepto de carencia relativa de recursos yoicos para enfrentar la conflictiva habitual.

La existencia de carencias en los padres condiciona la inadecuación de la función materna o paterna necesarias para poder ser realmente modelos positivos de identificación. En muchos casos, en el curso del proceso terapéutico, hemos podido constatar que la imposibilidad de un paciente para elaborar un duelo, por ejemplo, ha sido condicionada por los mismos integrantes de la familia que no pudieron acompañarlo ni le permitieron (al que luego iba a convertirse en esquizofrénico) realizar un duelo normal. Las carencias de recursos yoicos en los hijos y la carencia sistemática de experiencias enriquecedoras en el desarrollo de las personas es un factor fundamental en la configu-

ración de las variadas formas de enfermedad mental. El concepto de carencia nos parece de una gran utilidad. Tanto en el psicoanálisis individual como en la psicoterapia de la familia podemos ver que la patología remite a la existencia de un conflicto, pero también tenemos que incluir la noción de carencia de recursos para poder elaborar el conflicto. Muchas veces, en el proceso terapéutico, la solución de un conflicto permite que el paciente haga un cierto crecimiento y este crecimiento realizado permite abordar un conflicto que no habría podido ser elaborado en las condiciones anteriores. Conflicto y carencia aparecen como dos aspectos interrelacionados. 29 En la elaboración del conflicto edípico pensamos que se aplica bien este razonamiento y podríamos decir que la persistencia del conflicto edípico se debería más bien a la falta de un desarrollo yoico normal que haga posible la resolución o disolución de la que tan claramente habla Freud.

A la luz de esta forma de centrar la problemática de la importancia de la familia como contexto real del crecimiento, debemos centrar también la problemática de la disolución del complejo de Edipo y el papel que juegan los propios padres en dicha disolución o en su permanencia en forma patógena. El trabajar simultáneamente con análisis individual y terapia familiar nos ha permitido revalorizar en cierto modo las primeras observaciones de Freud en cuanto a la seducción y a las situaciones traumáticas y es mediante el estudio de las etapas del proceso terapéutico que deben atravesar los pacientes psicóticos para curarse como puede entenderse mejor que en ningún otro lado lo que significa la disolución del complejo de Edipo.

Consideramos que la noción de «vínculo», tal como la define Pichon Riviere, resulta útil para entender la patología del complejo de Edipo, la cual sería, en este sentido, una patología «vincular». La estructuración de un complejo de Edipo patológico no sería muy atribuible entonces exclusivamente al sujeto, en

términos de su conflictiva pulsional, sino que habría que considerar otros factores implicados en la relación con sus propios progenitores tales como la relación de pareja de los padres, los deseos inconscientes de cada uno de los mismos, conductas seductoras, dificultades emocionales y aspectos carenciales de todo tipo que pueden condicionar una patología vincular que va a interferir necesariamente en la elaboración y resolución de los diferentes aspectos de la conflictiva edípica.

PROBLEMÁTICA CON RELACIÓN AL EDIPO

Referente al complejo de Edipo los psicoanalistas han desarrollado una compleja problemática. Pichon Riviere pensaba que la “configuración psicológica prototípica es la «situación triangular», estructura humana, social y operativa básica en la que todo vínculo humano bicorporal es siempre tripersonal”. Pero si bien la problemática alrededor del complejo de Edipo es triangular, toda triangularidad no implica necesariamente la problemática edípica. En el proceso terapéutico con pacientes psicóticos lo que aparece como más importante son las dificultades de pasar de la relación de a dos a la relación de a tres. Estas dificultades se presentan condicionadas por una larga historia de una problemática compleja. Muchas veces la madre que tiene una mala relación con el padre, no lo incluye dentro de su mundo interno como una presencia positiva y protectora en la situación vital que ella está viviendo. Divorciada emocionalmente de su marido vive la relación con su hijo como una posesión necesaria que le aporta un alimento narcisístico o le da un sentido a su vida que antes no tenía. El crecimiento del hijo se va a realizar entonces condicionado por este “ser para alguien” que no va a permitir un desarrollo sano sobre la base de la espontaneidad, ni una autonomía verdadera ni una identidad propia. En estas condiciones la presencia del tercero-padre será necesariamente

ambivalente.

Si la presencia del padre en la realidad exterior ha estado precedida por una presencia paterna en el mundo interno de la madre como un vínculo de pareja positivo y enriquecedor, la relación que ésta establecerá con su hijo va a configurar un vínculo que va a incluir desde el comienzo un tercero como un otro que es tomado en consideración. La relación necesariamente simbiótica de la madre con su bebe será entonces una simbiosis sana en la medida que la madre permita la simbiotización del bebe como momentos transitoriamente necesarios para su crecimiento, pero no como una necesidad desde ella condicionando una relación excluyente que termine atrapándolo en un vínculo dilemático y le impida el crecimiento.

Si éste es el caso, el hijo, que no puede desarrollar la capacidad de vivir por sí mismo, sentirá la separación de la madre como un abandono o condición de desamparo que no puede tolerar y tendrá la tendencia a percibir la presencia del padre como amenazadora y persecutoria en la medida que lo priva de la madre como objeto necesitado indispensablemente para su sobre-vivencia. Cuando el padre está con la madre el hijo se sentirá entonces excluido y amenazado y tenderá a percibir la llamada “escena primaria” con una carga emocional de agresión y de violencia que será la proyección de la violencia interna con que vive el abandono y de la agresión que le provoca sentirse privado. Toda respuesta por parte de los padres que trate de poner límites a la exteriorización de su protesta será percibida como una injusticia dolorosa. Si la respuesta incluye un castigo éste no hará sino agregar un factor confirmatorio de la existencia de una autoridad arbitraria, preparando la configuración de una instancia superyoica amenazadora de la integridad y estimulante de las fantasías de castración. Ante estos peligros esta situación será necesariamente traumática y quedará incorporada como sometimiento masoquista.

Si retomamos el caso de una buena relación de pareja con una madre emocionalmente madura que al mismo tiempo que permite momentos de simbiotización con su bebe estimula su crecimiento sobre la base de su propia espontaneidad, entonces la presencia del padre será positiva y enriquecedora en la medida que favorece la salida del hijo del vinculo simbiotizante con la madre sirviéndole de modelo estructurante de capacidades yojicas que le permitan pasar de “ser-para-la-madre” a «ser-para-el-padre” y luego “ser-para-sí mismo”

En una situación triangular de este tipo algunos analistas entienden que el papel del padre es instaurar la separación del hijo de la madre como objeto incestuoso por la prohibición o ley paterna. Interpretando “Tótem y tabú” de Freud como la hipótesis mítica de que el asesinato del padre primitivo constituyó el momento original de la humanidad y que cada hombre encarna el mito en cuanto debe ser un retoño de Edipo”, Lacan 33 puso el acento en que la resolución del complejo de Edipo deriva su eficacia de la intervención de “una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley”.

Pensamos que considerar que la relación del Lijo con la madre es incestuosa porque incluye componentes libidinales inherentes a toda relación amorosa es introducir una premisa falsa de la que pueden derivarse una serie de errores y confusiones. La relación primitiva del hijo con la madre es una relación simbiótica, narcisística y fusional con indiscriminación entre sujeto y objeto en la que están incluidos los componentes de la sexualidad infantil se transformará en incestuosa cuando el hijo, después que se haya producido la sexualización de la pubertad, siga buscando en la madre el objeto sexual sin haber podido

canalizar sus impulsos genitales hacia un objeto exogámico.

En el paciente psicótico es muy común observar la persistencia de una relación primitiva de objeto después que se ha producido la sexualización de la pubertad y en estas condiciones el paciente entra en confusión y a veces en pánico al revivir las pulsiones edípicas sexualizadas con una intensidad muy angustiante en la medida que el objeto madre primitiva indispensable como objeto simbiótico es al mismo tiempo un objeto que lo excita sexualmente. Por otra parte esta situación no depende solamente de una conflictiva instintiva del hijo. Es también consecuencia de una patología vincular. Cuando los padres tienen una conflictiva edípica no resuelta, también introducen lo incestuoso en la medida que buscan recuperar con el hijo post-edípico una relación primaria de objeto a través de un vínculo erotizado. En forma inconsciente lo seducen sexualmente para retener el objeto primitivo y de esta manera se genera un tipo de vínculo que impide el desarrollo y puede predisponer a la estructuración de una condición psicótica o a la drogadicción.

Un padre con una personalidad esquizoide que siente al hijo cuando nace como un ladrón que lo viene a desplazar a él o que cuando sea grande lo va a querer matar, es un padre que busca en la relación sexual con su mujer una relación primitiva como con su propia madre y que tiene por lo tanto confundidos los niveles pre-edípicos y post-edípicos de tal manera que su relación sexual es vivida necesariamente como incestuosa. Por ejemplo, cuando ve a su hijo tomar el pecho, sentirá envidia como si hiera un hermano de dos años y medio que no tolera la presencia del bebé recién nacido, porque esa presencia reactiva sus propios recuerdos o fantasías de un paraíso perdido, más perdido porque nunca fue alcanzado. Se sentirá también perseguido y desplazado por su hijo en un nivel genital por la confusión de niveles que persiste en él, en la medida que atribuye a su hijo sus fantasías incestuosas no elaboradas. El padre

puede ver la relación del bebe con su madre como si fuera una relación incestuosa que rivaliza con él en un nivel genital, porque la relación genital de él no está suficientemente genitalizada, sino que se mantiene secretamente en un nivel primitivo del que se siente persecutoriamente desplazado por su hijo.

Cuando el hijo alcanza la pubertad, etapa en la que necesita ser “acompañado” por sus padres para poder enfrentar y elaborar la nueva situación, si los padres no han alcanzado una genitalización adulta en su propia evolución, no solamente no van a poder acompañar al hijo en esta etapa, sino que al reactivarse su propia conflictiva edípica no resuelta, conjuntamente con las ansiedades acompañantes, deberán recurrir a forzar en el hijo la represión de todos esos componentes de esa nueva e no van a permitir que esa genitalización se pueda desarrollar normalmente.

Deseamos retomar aquí una cita textual de Freud para reiterar la idea de que la experiencia clínica con pacientes psicóticos confirma o convalida una lectura de Freud que no es la que habitualmente se hace y que se articula precisamente con el pensamiento que queremos aportar en este trabajo. Refiriéndose al proceso acerca de la disolución del complejo de Edipo,” dice: “[...] Las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones. La autoridad del padre o de los padres introyectada en el yo constituye en él el nódulo del superyó, que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinales. Las tendencias libidinales correspondientes al complejo de Edipo quedan, en parte desexualizadas y sublimadas, cosa que sucede probablemente en toda transformación en identificación, y en parte inhibidas en cuanto a su fin y transformadas en tendencias sentimentales. Este proceso ha salvado por un lado los genitales, apartando de ellos la amenaza de castración; pero por otra, los ha paralizado, despojándolos de su función. Con él empieza el período de latencia

que interrumpe la evolución sexual del niño.” [...] “No veo motivo alguno para no considerar el apartamiento del yo del complejo de Edipo como una represión aunque la mayoría de las represiones ulteriores se produzcan bajo la intervención del superyó cuya formación se inicia precisamente aquí. Pero el proceso descrito es más que una represión y equivale, cuando se desarrolla perfectamente, a una destrucción y a una desaparición del complejo. Nos inclinaríamos a suponer que hemos tropezado aquí con el límite nunca precisamente determinable entre lo normal y lo patológico. Si el yo no ha alcanzado realmente más que una represión del complejo, éste continuará subsistiendo inconcientemente en el fondo y manifestará más tarde su acción patógena.” [...] “La observación analítica permite reconocer o adivinar estas relaciones entre la organización fálica, el complejo de Edipo, la amenaza de castración, la formación del superyó y el período de latencia. Ellas justifican la afirmación de que el complejo de Edipo sucumbe a la amenaza de castración pero con ello no queda terminado el problema: queda aún espacio para una especulación teórica que puede destruir el resultado obtenido o arrojar nueva luz sobre él.” [...] “Es indudable que las relaciones temporales causales aquí descritas entre el complejo de Edipo, la intimidación sexual (amenaza de castración), la formación del superyó y la entrada en el periodo de latencia son de naturaleza típica, pero no quiero afirmar que este tipo sea el único. Las variantes en la sucesión temporal y en el encadenamiento de estos procesos han de ser muy importantes para el desarrollo del individuo.”

El texto de Freud aquí citado es extremadamente profundo, rico en matices, en parte ambiguo en su significado, por momentos tal vez contradictorio, pero definitivamente honesto. Deja por otra parte abierta la puerta a un desarrollo ulterior. Cuando dice que la autoridad del padre o de los padres introyectada en el yo constituyen en él el nódulo del superyó que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibición del incesto y garantiza así al yo contra el retorno de las

cargas de objeto libidinales, entendemos que Freud describe un proceso que tiene un sentido teleológico que, articulando una conflictiva heredada de nuestros ancestros con la forma particular como es vivida por cada sujeto individual, desemboca en una configuración personal y única del aparato psíquico que conserva sin embargo la universalidad que caracteriza al ser humano como tal. La prohibición del incesto estaría así garantizada por la forma como el yo queda protegido contra el retorno de las cargas de objeto libidinales por el rigor incorporado en el superyó como consecuencia de la introyección de la autoridad del padre o de los padres. Pero a la luz de nuestra experiencia clínica podemos interpretar que la autoridad de los padres, su mando es incorporada como una presencia protectora, es introyectada en el yo y contribuye a una fortaleza yoica verdadera que permitirá, en una buena elaboración del complejo de Edipo, el renunciamiento al objeto madre como objeto libidinal, por amor al padre y a la madre misma más que por una prohibición de una tendencia incestuosa ancestral.

En este sentido, Lacan,³³ siguiendo a Freud, considera la resolución del complejo Edipo como la instalación de la prohibición del incesto, “que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley”, en tanto nosotros pensamos que esta formulación puede dar cuenta de la forma prehistórica del comienzo de la cultura (y ello en coincidencia con Levi-Strauss) pero que no sería la forma como se produce la elaboración del complejo de Edipo en cada individuo ni la función estructurante que ella tiene en la organización del ser humano como personalidad individual en cada caso particular y según la historia de cada uno.

Quizás el paciente inmaduro, como es el caso de los esquizofrénicos (en quienes las pulsiones sexuales de la pubertad se presentan con características marcadamente incestuosas por las consideraciones que hicieramos antes), sea el

(que corresponda más de cerca a una formulación en la cual el rigor del superyó es el que garantizaría la prohibición del incesto por temor a la castración. pero en este caso sabemos por la experiencia clínica que ya no se trata más del mismo superyó freudiano, sino más bien de un vínculo con un objeto persecutorio que ha impedido el crecimiento yoico verdadero y al mismo tiempo condicionado la persistencia del vínculo incestuoso mismo, estimulando los aspectos perversos a través de relaciones simbiotizantes y narcisísticas que mantienen las relaciones primitivas de objeto.

Cuando Freud dice también que las tendencias libidinales correspondientes al complejo de Edipo quedan en parte desexualizadas y sublimadas y que ello sucede probablemente en toda transformación en identificación, cree-unos entender que para él la desexualización es un proceso inherente a la transformación por identificación. Teniendo en cuenta que los objetos parentales cumplen su principal función en la medida que aportan modelos de identificación estructurante para el yo del sujeto en desarrollo, podemos pensar que Freud está diciendo que al mismo tiempo que el yo se aparta del complejo de Edipo por la amenaza de castración, también lo hace en forma normal en la medida en que identificándose con objetos parentales positivos para su crecimiento, estos objetos van perdiendo su carácter libidinal en el mismo proceso de transformación, sin tener que recurrir exclusivamente a la idea de la instalación de una instancia prohibidora.

Textualmente dice Freud, como vimos antes, que las relaciones de los distintos componentes de la constelación edípica justifican la afirmación de que el complejo de Edipo sucumbe a la amenaza de castración. Pero agrega luego que con ello no queda terminado el problema quedando aún espacio para una especulación teórica que puede destruir el resultado obtenido o arrojar nueva luz

sobre él. Pensamos que dentro de este espacio cabe plantearnos que la amenaza de castración puede jugar un papel más importante en los casos en que los padres, siendo inmaduros e incestuosos, han estimulado, por deducción subliminal, la sexualidad infantil hacia una erotización precoz y al mismo tiempo han tenido que prohibir sus manifestaciones, a veces con un rigor sumamente contradictorio como en un doble mensaje confusivo. Aquí la organización del aparato psíquico va a revelar en el hijo la persistencia de deseos incestuosos y de un superyó severo que mantiene la prohibición del incesto bajo la amenaza de castración. Pero también vamos a encontrar en los padres la persistencia de remanentes de una sexualidad infantil no superada con una organización superyoica rígida que al tiempo que prohíbe revela la vigencia de lo prohibido y da fuerza patógena y patogenética.

Por el contrario, en el sujeto normal encontraríamos lo que dice Freud en el sentido de que: el proceso descrito es más que una represión y equivale, cuando se desarrolla perfectamente, a una destrucción o a una desaparición. En el caso normal ideal debemos entender entonces que en la concepción freudiana de una disolución total, la sexualidad infantil vivida a través de la conflictiva edípica desaparecería totalmente en la medida que el cambio estructural de dicha disolución incluye una transformación de esa libido en componentes cariñosos desexualizados respecto de aquellos padres que se han comportado como objetos estructurantes.

Cuando el padre y la madre tienen internalizada la prohibición del incesto como una pauta cultural sana, aceptada universalmente y necesaria para el mantenimiento de una ordenación elemental de las relaciones sociales, es decir, como un superyó no prohibidor ni castrador de deseos reprimidos o anhelos inalcanzables, sino de un superyó constructivo y protector que evita situaciones caóticas y/o psicóticas, entonces, la elaboración del complejo de Edipo viene ya

preparada por una relación con los padres en la que el hijo ya ha “aprendido” por experiencia personal que el renunciamiento a ciertos deseos primitivos no es una castración, sino más bien una protección frente a los aspectos destructivos de la realización de esos mismos impulsos primitivos y una apertura a nuevas posibilidades cuyas consecuencias son un crecimiento, en el sentido de un logro.

Cuando la relación primitiva con las figuras parentales se ha dado como consecuencia de la incorporación estructurante de la función materna y de la función paterna, el hijo va preparándose insensiblemente para enfrentar la conflictiva edípica y poder elaborarla, no como una prohibición de un incesto deseado, sino como el renunciamiento al incesto, como un renunciamiento a un tipo de relación que lo mantendría “castrado” en su desarrollo como persona

Dijimos antes que si bien la problemática edípica implica una situación triangular, toda triangularidad no implica necesariamente una conflictiva edípica. Queremos abordar ahora el hecho de que en los escritos de Freud el conflicto edípico aparece por momentos como un destino trágico inexorable y por otros como una conflictiva estructurante de la personalidad del sujeto. Cuando existe una buena relación de pareja en personas capaces de cumplir con la función materna y la función paterna, la situación triangular es positiva y estructurante para el hijo. Cuando ese niño tiene fantasías de casarse con la madre y tener hijos con ella, si bien en un sentido está viviendo su Edipo positivo en rivalidad con la figura paterna, su capacidad de disociación operativa le permite vivir simultáneamente una situación en la cual acostarse con la madre y tener hijos con ella no es necesariamente matar al padre sino que es ser el padre por identificación con él. En la medida que estas fantasías pueden ser vividas en forma lúdica y son acompañadas por los mismos padres sirven de

elementos estructurantes de la personalidad. Una situación de conflicto con la madre que hizo que se alejara con resentimiento puede ser compensada con un acercamiento al padre que incluyendo un componente homosexual en relación con él le permite jugar papeles variados a través de los cuales va organizando su yo y su mundo interno.

Cuando el vínculo simbiótico y narcisístico con la madre es mantenido por ambos y esta última utiliza la relación con su hijo para prescindir del padre, para darle celos o para agredirlo vengativamente y con resentimiento por conflictos primitivos con sus propios padres, el hijo se encuentra atrapado en un campo de batalla, como dijeron Bowen y Brody. 6,7.8.10 Cuando intente estar con la madre como identificándose con su padre, sentirá que su madre lo utiliza vengativamente contra el padre y entonces estar con ella se convertirá necesariamente en un vínculo de complicidad para excluir al otro con resentimiento. Esta relación hace que el tercero excluido sea necesariamente perseguido y amenazador por naturaleza y en este caso los aspectos persecutorios implicados en las fantasías edípicas de exclusión del padre estarán reforzados obligatoriamente por el conflicto que los padres juegan en forma simultánea a través del hijo.

En la medida que la relación con el hijo se erotiza como consecuencia del desplazamiento inconsciente sobre el hijo de pulsiones sexuales frustradas en la relación de pareja, éste va a ser sobreerotizado precozmente a partir de la madre y la percepción confusa de esta situación aumentará sus temores de la castración edípica por la retaliación vengativa de parte del padre en su condición de excluido por sus fantasías edípicas hacia la madre. En dicha situación de confusión con varios conflictos superpuestos vividos simultáneamente por todos los componentes de la situación triangular se hace imposible la discriminación necesaria para que la situación triangular misma pueda ser estructurante de la

personalidad.

En estas condiciones el crecimiento tiende a quedar paralizado. El hijo se hace cada vez más necesitado como objeto entre el padre y la madre para evitar que éstos tomen conciencia de los severos conflictos entre ellos y, por otra parte, queda atrapado en el papel de seguir siendo ese objeto intermediario que permite una convivencia transaccional entre los padres. Sin él se materializaría el divorcio entre los padres y se produciría la ruptura de la relación. El contenido del conflicto edípico se convierte cada vez más en la forma que el hijo-paciente expresará el resentimiento hacia sus padres por la intensidad del sentimiento de atrapado en una situación sin salida. Si el padre quisiera sacar al hijo de la relación con la madre que se ha convertido en incestuosa tendría que recurrir a cortar quirúrgicamente” la relación implantando la prohibición del incesto. Si el hijo sabe adecuarse a la realidad, debe reprimir sus necesidades de mantener una relación simbiótica erotizada con la madre y romper el vínculo con ella por sometimiento a la prohibición paterna sin haber podido crecer identificándose con el padre ni incorporándolo como superyó protector, porque el predominio de su significado amenazador conjuntamente con la falta de una presencia constructiva le impidió establecer con él un vínculo estructurante de los aspectos yoicos necesarios para un desarrollo sano. Esta situación, generalmente acompañada en el hijo de la existencia de identificaciones primarias con la madre impide por partida doble hacer identificaciones secundarias con el padre.

Freud pensaba que el Edipo trasciende lo vivido individual y representa más bien profantasías filogenéticamente transmitidas que configuran otras tantas variantes de la situación triangular en términos de seducción, escena primaria, castración, etcétera. Si bien es cierto que parecen existir toda clase de fantasías filogenéticamente heredadas, también es cierto que, en la situación triangular

del hijo con los padres, éstos estimulan con sus propias fantasías y sus actuaciones las protofantasías del hijo que se encuentra así dentro de la familia en un campo psicológico en donde él va a ser durante bastante tiempo más objeto pasivo de las fantasías de sus progenitores que sujeto activo de sus propias fantasías con respecto a los mismos.

Cuando esta condición de objeto pasivo ha sido vivida en variadas situaciones traumáticas por la intensidad emocional con que se jugaban en la misma los conflictos y las carencias de los padres, entonces luego, en el crecimiento y desarrollo, estas experiencias vividas pasivamente como situaciones traumáticas no podrán integrarse a la personalidad total. Quedarán disociadas y reprimidas como partes o componentes psicóticos que se pondrán en evidencia como actuaciones perversas. El enfermo sin saber intentará expresar esos componentes tratando de hacer sentir al otro en carne propia lo que él sufriera pasivamente en su propia infancia.

Como ejemplo podemos citar el de una mujer esquizofrénica de 20 años de edad, que se seguía metiendo en la cama de los padres como una forma de hacerles sufrir activamente lo que ella sufriera pasivamente cuando de niña era llevada a la cama por ellos para evitar relaciones sexuales y para poder no estar solos en pareja. La paciente sufrió durante muchos años las tensiones emocionales inherentes a la relación intensamente conflictiva entre ellos y habiendo sido utilizada por los padres para sus propias necesidades no pudo crecer adecuadamente ni adquirir identidad propia. Ya de grande, no podía dejar de meterse en la cama de los padres como una forma de castigo a través de actuar ahora lo que antes sufriera pasivamente. En este caso los aspectos edípicos incluidos en estas actuaciones estaban al servicio de la expresión de aspectos vengativos y retaliativos y por otra parte eran la expresión de su imposibilidad de individuarse que al mismo tiempo era una clara repetición de la incapacidad

de individuarse de los propios padres.

La persistencia de estos componentes vengativos y rencorosos se organiza en relaciones sadomasoquistas que toman la forma de conductas perversas que, manteniendo incluida la sexualidad infantil, se expresan como vínculos incestuosos con los cuales hay complicidad por parte de todos los componentes de la familia. Si bien estas relaciones aparecen como formando parte de una conflictiva edípica no resuelta, en realidad son relaciones patológicas que, al no permitir el crecimiento y la individuación, impiden la disolución del complejo de Edipo, en el sentido que Freud le dio: cambio estructural del aparato psíquico con configuración de un superyó como heredero del mismo y simultáneamente desarrollo de una individuación, identidad propia y capacidad de pensar en términos de una simbolización.

En la relación analítica individual, uno de los fenómenos transferenciales que tienen que ver con estos hechos sería la llamada transferencia erótica. En su forma típica la paciente mujer se “enamora” de su analista y desea tener aparentemente relaciones sexuales con él. Por lo general, detrás de estas fantasías encontramos la necesidad de una fusión entre la paciente y el terapeuta como si se tratara de un fenómeno de carencia de identidad o de poco desarrollo de una identidad suficiente, de un estado regresivo, con poca diferenciación entre yo y no-yo, o *self* y no-*self*. Es decir, de una búsqueda de una fusión simbiótica con el analista, pero en una relación de transferencia narcisística, donde el analista no está diferenciado como tal, sino que es como una parte del mismo paciente; en este sentido aparece como una fantasía e¹ componente posesivo. La búsqueda por parte de la paciente de un contacto físico con el analista, presenta el carácter de un deseo de un contacto físico erotizado o

sexual, pero lo que sucede en realidad es algo así como si estuviera buscando, a través de un contacto físico sexualizado una fusión con un “otro” que funcione como objeto estructurante.

Si toda esta situación es entendida por el analista como que en la transferencia erótica hay un impulso incestuoso que debe ser prohibido y asume — como figura paterna, por ejemplo—, el papel superyoico de prohibir esa sexualidad incestuosa infantil, lo que puede obtenerse es solamente una represión de la sexualidad infantil y no una verdadera resolución del complejo de Edipo.

Muchas veces es necesaria una actitud terapéutica de permitir un cierto contacto físico, como puede ser el tomarse de las manos, poniendo límites simultáneamente, si fuera necesario, a los intentos de sexualización de ese contacto. El no permitir un cierto contacto físico o el rechazarlo violentamente, puede revelar la existencia en el inconsciente del analista de aspectos incestuosos no elaborados por él mismo. Este procedimiento puede ser necesario para un proceso de identificación con aspectos yoicos del analista; una identificación directa o una incorporación de la capacidad del mismo para manejar y controlar las pulsiones de la paciente a través de su propio yo. Es, precisamente, a través de este crecimiento yoico de la paciente, como ésta podrá comenzar a diferenciarse ella misma y sólo después, discriminar el componente erótico como deseo sexual por el objeto de la libido, de la necesidad de un objeto para crecer como persona.

Es así como podemos entender el sentido de Freud al decir que el superyó es el heredero del complejo de Edipo. A través de la experiencia clínica que acabamos de relatar, en el proceso terapéutico, podemos ver que lo que se va desarrollando primero es la capacidad yoica, mediante la incorporación y la asimilación de características de la persona del analista como sustituto del

padre, en forma de un superyó protector que cuida, aunque simultáneamente frustra, porque quiere el bien de la paciente-hija.

Un analista que hubiera funcionado como un padre que tiene fantasías de satisfacer sus propios deseos incestuosos edípicos infantiles, con una hija-paciente, como sustituto de una madre edípica, no hubiera sido un objeto externo capaz de servir de modelo adecuado para la construcción del yo del paciente y a la vez de un superyó protector, verdadero heredero de un complejo de Edipo que se disuelve o desaparece porque no tiene ya más razón de existir. Cuando una paciente (o un paciente) hace este recorrido, puede llegarle a decir al analista, que ahora sí se da cuenta que “lo quiere bien” es decir, con agradecimiento, porque ahora sí se da cuenta que él no ha sido un objeto malo al haberla sometido a la frustración de sus deseos sexuales, sino que lo ha sido bueno en la medida que al haberla ayudado a renunciar a él como objeto sexual, a través de un proceso de maduración como persona, la ha llevado a poder diferenciarse y crecer como tal y a poder tener vida propia, haciéndole posible superar las necesidades primitivas por las cuales antes estaba movida *permanentemente*, es decir, de simbiotizarse con las personas a través de relaciones narcisísticas, que eran el único tipo de relación que parecía haber conocido. Hasta ese momento, a partir de la relación con sus padres.

El estudio de las familias a través de la terapia familiar ha aportado elementos sumamente valiosos para la comprensión de los fenómenos que estamos estudiando. Como es sabido, Bateson y col. 1 desarrollan la hipótesis sobre el “doble vínculo” y la utilizan para la comprensión de ciertos fenómenos de la patología esquizofrénica. En la *situación* familiar se trataría de madres que sienten peligroso el acercamiento afectivo cariñoso al hijo, lo que las lleva a tener que rechazarlo tratando de esa manera de controlar la distancia. Pero al apreciar dicho rechazo como un acto hostil, sienten la necesidad de simular

afecto y por lo tanto vuelven a acercarse. En términos de mensaje la conducta amorosa vendría a ser de un orden distinto que la conducta hostil, algo así como un comentario compensatorio sobre la misma, para negar la hostilidad incluida en dicho retraimiento. En consecuencia el niño sería castigado por discriminar acertadamente lo que la madre expresa y sería castigado por discriminar erróneamente; en otras palabras, está atrapado en un doble vínculo, en el cual no debe discriminar acertadamente entre órdenes de mensajes, o sea, entre sentimientos simulados y sentimientos reales.

Al estar atrapado en una situación de doble vínculo, el niño podría intentar buscar apoyo en el padre o en otro familiar, pero resulta de la experiencia clínica que los padres de pacientes esquizofrénicos no son lo suficientemente sólidos *como* para que el hijo pueda apoyarse en ellos. Muchas veces, el padre y la madre entran en un juego de complicidad, en el que impiden al niño hablar de la situación. Al encontrarse un niño en una situación de doble vínculo como la descrita no encuentra salida.

Como se comprende fácilmente la relación de “doble vínculo” es un tipo de relación que obstaculiza el crecimiento psicoemocional manteniendo al hijo en niveles pregenitales que van a impedir las experiencias necesarias para una elaboración adecuada del complejo de Edipo y posteriormente su resolución.

De la misma manera, el trabajo de Boszormenyi-Nagy, 1952, 3,4,5 *sobre* la base de experiencias terapéuticas realizadas con tratamientos individual y familiar simultáneos, describe hechos interesantes que permiten comprender tipos de relaciones intrafamiliares que detienen el crecimiento y mantienen la vigencia de una sexualidad infantil haciendo muy difícil el pasaje por el complejo de Edipo. Este autor describió cómo deseos inconscientes de *posesión en* los padres pueden moldear la estructura psíquica del niño. Estas necesidades

inconcientes de posesión pueden ser trasmitidas como exigencias superyoicas rígidas que al ser incorporadas de esta manera gratifican las necesidades de dependencia infantil propias del niño. En este retroalimentarse de padres e hijos mutuamente, pierde el hijo en las demandas narcisísticas la posibilidad de adquirir una identidad propia que le permita desarrollar una existencia Independiente de la familia. Padres que han sido desposeídos por sus propios progenitores por diversas circunstancias, pueden buscar inconcientemente la figura parental perdida a través (le una relación con el hijo, sobre todo si su pareja falla en el sentido de satisfacer dicha necesidad. Por lo tanto la complementariedad de las necesidades patológicas puede servir para la superación de sentimientos de soledad, indefensión, aislamiento, etcétera.

ACERCA DEL PROCESO TERAPÉUTICO

En el proceso terapéutico del paciente psicótico y su familia podemos observar la compleja problemática descrita hasta acá a la luz de las vicisitudes por las cuales atraviesan las relaciones interpersonales de los distintos miembros del grupo familiar, y de qué manera los fenómenos edípicos están incluidos en una trama mucho más compleja que no permite su elaboración. En particular podemos observar que los fenómenos por medio de los cuales la madre (o el padre) no es capaz de acompañar el crecimiento a el hijo sino que más bien se opone a él, tienen necesariamente la estructura de la relación simbiótica o narcisística. Muchas veces, ya en la relación de pareja, la pareja parental misma se ha constituido sobre la base de una búsqueda de complementación de necesidades patológicas y de establecimientos de vínculos de complicidad patológica variada. La experiencia en este punto muestra sistemáticamente una doble elección en que cada uno de los miembros elige al otro por motivaciones inconcientes igualmente patológicas y que cada uno deposita en el otro, depósitos estos que se complementan recíprocamente en una suerte de

complicidad secreta.

En general, los padres son seres inmaduros que desplazan en los hijos los conflictos de la pareja. No habiendo tenido ellos, como dijimos antes, la oportunidad de un crecimiento autónomo y sano por deficiencias en la relación con sus propios padres, no pueden transmitir a sus hijos experiencias de crecimiento autónomo o acompañarlos a crecer con autonomía. Por otra parte el crecimiento de ellos mismos les despierta profundos sentimientos de inseguridad al reactivar en ellos los aspectos propios no resueltos y en estas condiciones proyectan (los padres), inyectan o colocan de alguna manera sus propias dependencias infantiles en sus hijos, obligándolos a mantenerse dependientes de ellos mediante exigencias rígidas que son incorporadas e introyectadas directamente y se estructuran dentro de la personalidad del hijo con características superyoicas.

Uno de los aspectos en donde se evidencia más esta patología es precisamente, como lo hemos expuesto, en la llamada por Freud “disolución del complejo de Edipo”. Tanto de éste como de otros trabajos referidos a dicho tema se desprende que lo que él llamó complejo de Edipo remite a los múltiples aspectos de la relación del hijo con los padres que revelan la existencia de una forma de sexualidad infantil. En las familias con pacientes psicóticos es donde se puede ver con mayor claridad la persistencia de esta llamada sexualidad infantil que aparece vehiculizada básicamente por formas de relación primitiva de objeto, es decir, relaciones de objeto simbióticas y narcisísticas.

La labor terapéutica muestra en general que la dificultad del esquizofrénico de realizar un crecimiento psicosexual hasta alcanzar una organización genital definitiva no depende solamente de su propia patología, sino en gran medida de actitudes de los padres que no favorecen el desprendimiento porque mantienen

inconcientemente la simbiosis patológica a través de comportamientos seductores que reactivan permanentemente complicidades incestuosas

La experiencia clínica nos muestra que la individuación y personalización del paciente es vivida por los progenitores como abandono. La madre (o el padre) no solamente no es capaz de acompañar el crecimiento del hijo sino que se opone al mismo. Muchas veces, sintiendo que ha dado tanto de sí misma, considera como una injusticia el no ser correspondida “de la misma manera”. Es frecuente que se dé una situación triangular en donde el tercero está “ausente”, ya sea por fallecimiento o por falta de capacidad de oponerse a la simbiosis y rescatar al hijo de la posesión del otro.

En casi todos los casos y en algún momento el terapeuta es vivido como un intruso que pretende modificar vínculos “de toda la vida”. Primero puede ser atacado por ambos miembros de la relación simbiótica, pero luego, en la medida que el paciente se independiza, el ataque viene fundamentalmente de parte del otro. Muchas veces el ataque se produce porque la madre, no teniendo apoyo terapéutico ella misma, siente que no está en condiciones de tolerar el desprendimiento y por consiguiente se resiste. En este caso, con un apoyo terapéutico, a veces del mismo terapeuta, se consigue una colaboración mucho más adecuada y el desprendimiento se produce con una mayor individuación de ambos miembros de la relación simbiótica. La complementariedad de necesidades patológicas, sintetizada precedentemente (Boszormenyi-Nagy), se ve aquí como uno de los fenómenos importantes que funcionando como una complicidad, interfiere y detiene el proceso terapéutico. Tanto el paciente como sus familiares pueden, entonces, tomar conciencia de que la complementariedad de necesidades patológicas no les sirve realmente para superar sentimientos de soledad y de vacío, o de sentirse indefensos y sin ayuda.

Muy por el contrario, son precisamente estos mecanismos los que han impedido a cada uno de los miembros del par simbiótico tomar conciencia de sus verdaderos recursos yicos o de ir desarrollando auténticamente sus posibilidades de llevar cada uno una vida independiente.

Es importante señalar que en muchos momentos el terapeuta se encuentra incluido en un campo psicológico en el que la madre parece comprender y estar de acuerdo con lo que él dice, pero al mismo tiempo contradice con sus actitudes eso mismo que está diciendo. Es en estos momentos cuando se ponen más en evidencia los fenómenos descritos como doble vínculo y éstos funcionan claramente con el sentido de *recuperar* por parte de la madre, *el* primitivo vínculo simbiótico. El terapeuta puede entonces comenzar a sentir la necesidad de defender al paciente para rescatarlo de este vínculo simbiótico. Constata que el paciente librado a sí mismo se revela incapaz de defenderse de la creciente virulencia de los mensajes contradictorios. Siente más que nunca con intensidad creciente la necesidad de intervenir para evitar que el paciente, angustiado por la movilización que le producen los mensajes de la madre, sucumba de nuevo a la introyección del objeto interno que la madre proyecta en él. Percibe así con claridad lo que hubiera ocurrido de no estar él presente y reconstruye con toda su plenitud el papel que debe haber jugado la “ausencia” psicológica del padre, papel que él ejerce ahora positivamente.

Cuando a través de las interpretaciones la madre se ve obligada a introyectar el objeto interno que proyectaba en el paciente, comienza generalmente una discusión a nivel racional que pone en evidencia la rivalidad entre la madre y el terapeuta, y el *paciente se convierte sin ambages en el campo de batalla* de esta lucha abierta. En estas condiciones, el terapeuta puede tomar conciencia mediante su contratransferencia de algunos de los aspectos por los cuales el padre ha aparecido como ausente”, para evitar la reactivación del tipo de

conflictos de la relación de la pareja parental. Al poder mantenerse presente en el campo psicológico, el terapeuta llega a visualizar que la violencia de la situación está generada porque el proceso de desimbiotización se produce por la reintroyección del objeto proyectado y genera mucha angustia, que se transforma en agresión. La madre entonces, de familiar se ha transformado en paciente, y si el terapeuta está suficientemente capacitado, pese a *sentirse* atacado con violencia, puede sin embargo eludirla y actuar terapéuticamente sirviendo de continente a la angustia de ésta que, encontrando un apoyo verdadero en la actitud terapéutica y la interpretación de su conflicto, puede dar algún paso positivo en el sentido de su propio crecimiento. El padre real presente, que estando solo hubiera tenido que funcionar como ausente, por la naturaleza de los intercambios que tuvieron lugar, puede percibir gradualmente la posibilidad de un cambio de su propia participación al ir incorporando el modelo más sano y más maduro de comportamiento que le provee el terapeuta. El paciente, por su parte, que pudo por un momento no hacerse cargo de las angustias de la madre y la inadecuación del padre —dado que el terapeuta se hizo cargo de toda la situación—, puede entonces salirse del papel de paciente-víctima y comenzar a pensar por sí mismo.

Lo que sucede llegado este punto del proceso terapéutico, es que en realidad cada uno de los miembros de la familia puede comenzar a pensar por sí mismo. La pseudo mutuality se va paulatinamente transformando en mutuality verdadera. Los fenómenos homeostáticos juegan cada vez menos un papel patógeno tendiente a volver a los niveles regresivos de fijación, porque habiendo aumentado dentro de la familia la capacidad de tolerar los fenómenos regresivos, éstos pueden hacerse cada vez más en términos de regresiones operativas útiles dentro del proceso terapéutico para rescatar las partes disociadas del yo sano.

La descripción que antecede es solamente un intento de mostrar cómo los diferentes enfoques y observaciones clínicas que encontramos en la literatura cobran coherencia, unidad y sentido en función de un eje conductor que estaría constituido por el proceso terapéutico del naciente y a su vez de cada miembro de la familia, siendo cada uno de todos estos elementos descritos aspectos parciales o momentos de detención y desviación patológica del proceso de crecimiento normal del ser humano dentro de su contexto natural para el desarrollo que es el núcleo familiar.

El psicoanálisis que pretenda elaborar los núcleos psicóticos y reconstruir la personalidad total, se beneficia mucho de la inclusión de la familia en el proceso terapéutico, para que el paciente pueda desprenderse de sus objetos internos patógenos a través de la elaboración de sus relaciones de objeto con los objetos externos reales. Pero las características de la dinámica familiar descrita más arriba condicionan serias dificultades.

En la medida que la familia se capacita para admitir las ansiedades que se reactivan, el paciente puede ser mejor tolerado en sus regresiones psicóticas, pudiendo así él mismo encontrar en ella “la familia”, un continente más adecuado para transformar estas regresiones patológicas en momentos útiles del proceso terapéutico para recuperar los aspectos sanos del yo que quedaron disociados por la enfermedad. En estas condiciones el proceso terapéutico puede ser visualizado claramente como un crecimiento y un redesarrollo tanto del paciente como de la familia, que puede descubrir así un optimismo que en muchos casos se había perdido totalmente.

CONSIDERACIONES FINALES

Por lo expuesto previamente, consideramos que donde se puede entender mejor la naturaleza de las relaciones edípicas y preedípicas, es en la experiencia clínica que se adquiere tanto a través del análisis individual como de la terapia familiar, y que, mediante el estudio del proceso terapéutico que realizan los pacientes psicóticos, es decir las etapas que un paciente debe atravesar para curarse, es como puede comprenderse mejor que en ningún otro lado lo que significa la disolución del complejo de Edipo.

Tanto en uno como en otro sexo, el complejo de Edipo puede ser considerado como el apogeo de la sexualidad infantil. Por lo tanto, la evolución erógena que va desde el erotismo oral, pasando por el erotismo anal para llegar a la genitalidad, así como el desarrollo de las relaciones de objeto, a partir de la incorporación parcial y la ambivalencia, hasta el amor y el odio, culminan en las tendencias edípicas. La superación de dichas tendencias, que evolutivamente serán reemplazadas por una sexualidad adulta, sería el prerequisite de lo que podríamos llamar normalidad, en tanto que el hecho de quedar aferrado inconcientemente a las tendencias edípicas es lo que caracterizaría a una estructura psíquica patológica.

En lo que se refiere a las influencias de carácter crónico, podemos entender que las reacciones y deseos del niño con respecto a sus padres dependen del comportamiento y de la personalidad y/o conflictos de éstos. Conductas desusadas por parte de los progenitores provocarían indefectiblemente reacciones desusadas en sus propios hijos. Padres neuróticos o psicóticos crearán a su vez hijos neuróticos o psicóticos y por lo tanto el complejo de Edipo de los niños refleja con toda transparencia el complejo de Edipo no resuelto de los propios padres. El amor sexual inconciente de los padres respecto de sus hijos se in-

tensifica cuando la satisfacción sexual real es insuficiente, ya sea debido a causas externas o internas. Dicho amor es sentido por los niños, también inconscientemente, como cierta forma de excitación sexual, lo cual intensifica su propio complejo de Edipo. En muchos casos, incluso los padres sienten inconscientemente esto mismo, tratando de compensar tal situación mediante amenazas y/o frustraciones, de lo que resulta que frecuentemente los niños pueden ser excitados y luego frustrados por sus mismos padres (Fenichel).¹¹

Siguiendo el sentido que le dio Freud al complejo de Edipo, de que significa una combinación de amor sexual hacia el padre del sexo opuesto y celos y deseos de muerte hacia el progenitor del mismo sexo, nos encontramos con una combinación altamente integrada por actitudes emocionales diversas, que representa la culminación del largo proceso de la sexualidad infantil y es en ese sentido que puede decirse que el complejo de Edipo es indudablemente un producto de la influencia familiar.

Ahora bien, retomando la problemática central planteada en el presente trabajo, pensamos que es necesario diferenciar el complejo de Edipo normal, estructurante de la personalidad, como momento evolutivo, de la estructuración patológica del complejo de Edipo se puede llamar complejo de Edipo en el niño normal a la existencia de una sexualidad infantil que se estructura sobre la base de una atracción sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y un rechazo o un deseo de eliminación del progenitor del mismo sexo. La existencia de estos deseos, impulsos o tendencias forman parte de un desarrollo normal y son experiencias estructurantes de la personalidad total, del funcionamiento del aparato psíquico normal.

En las neurosis y en las psicosis el complejo de Edipo no sería la persistencia del complejo de Edipo normal, sino más bien la consecuencia de una de-

tención del desarrollo por la cual las vicisitudes del desarrollo psicosexual no se dan como las experiencias emocionales del contexto estructurante del psiquismo normal, sino que por el contrario, se dan en un contexto que condiciona la creación de estereotipos y de fijaciones patológicas dentro de las cuales quedó atrapado el desarrollo de la psicosexualidad.

En este sentido, podemos decir siguiendo la mitología griega, que “Edipo Rey” muestra a un padre delirante, paranoico, que coloca en el hijo desde antes de nacer un perseguidor, por lo cual cuando nace lo manda matar y por lo tanto, todo el complejo de Edipo *que* describe dicha tragedia *griega* —y que Freud interpreta como el representante de una sexualidad infantil universal—, incluye el desenvolvimiento de una venganza, por el abandono y privación tanática ha que Edipo se vio sometido desde chico, por un padre paranoico y una madre que no lo supo defender.

Nuestra experiencia clínica con pacientes psicóticos, ejemplificada a través de los casos clínicos descritos copio así también de las consideraciones teóricas descritas en el presente trabajo, nos permite mostrar que lo patógeno en lo que podríamos llamar la persistencia de un complejo de Edipo, sería más bien la acentuación de formas infantiles de la psicosexualidad por falta de desarrollo y maduración yoica en todos los aspectos que permiten normalmente la “disolución” del complejo de Edipo.

Como dice Freud en el texto citado, acerca de la disolución del complejo de Edipo, que el mismo se destruye o desaparece como se caen los dientes de leche cuando comienzan a formarse los definitivos, nosotros podemos observar también en la experiencia clínica, que lo que llamamos complejo de Edipo en los cuadros psicopatológicos, es la expresión de remanentes de formas infantiles de la sexualidad, debidas a la falta de vivir experiencias con los objetos

parentales reales que hayan sido verdaderamente estructurantes de la personalidad de los hijos como seres con suficiente individuación y totalidad.

Por lo tanto, el llamado complejo de Edipo debe considerarse en dos aspectos o dos niveles que deben ser bien diferenciados, es decir, por un lado, lo que podemos llamar el complejo de Edipo en el desarrollo evolutivo estructurante normal de todo individuo y, por otro, lo que en el desarrollo patológico y en los diferentes cuadros de la patología mental, aparece como estructuración patológica del complejo de Edipo, que en realidad constituye formas de expresión estereotipadas y de contenido perverso de las relaciones del individuo con sus progenitores.

Cuando ese desarrollo está perturbado por un contexto familiar inadecuado, o sea, por objetos parentales reales que en vez de favorecer una maduración yoica, la perturban y la distorsionan, condicionando relaciones neuróticas o psicóticas, la patología mental muestra remanentes de una estructuración triangular infantil que permiten comprender parte de esa misma patología.

RESUMEN

En el presente trabajo los autores exponen conceptos de Freud acerca de la disolución del complejo de Edipo, coincidentes en algunos aspectos con ideas de E. Pichon Riviere relacionadas con dicho tema y luego aporran sus ideas personales, surgidas de la experiencia clínica recogida a través del proceso terapéutico con pacientes psicóticos.

El desarrollo del *trabajo comprende varias partes*. En la primera, los autores hacen una introducción, tomando en cuenta las postulaciones teóricas de Freud, Pichon Riviere y otros.

La segunda parte es la descripción de algunos casos clínicos que sirven de base para el desarrollo ulterior de las ideas que postulan.

En la tercera parte, teniendo en cuenta el *mareo de referencia conceptual* que plantean, consideran los autores que la familia es el contexto real del proceso de crecimiento del individuo y que todos los fenómenos que se dan en la dinámica de la familia normal tienen necesariamente que constituir el marco de referencia de la familia patológica. La patología puede entenderse mejor a la luz de las dificultades con las que se debe enfrentar el analista en el proceso terapéutico. Se desarrolla el concepto de carencia relativa de experiencias enriquecedoras para que se pueda producir el desarrollo yoico y se postula que éste permite comprender mejor algunos de los fenómenos que se dan en los distintos cuadros psicopatológicos. Se refieren a diversos acontecimientos en la vida de algunas familias, que se convierten en patógenos en la medida que el individuo no hubo desarrollado recursos yoicos necesarios para enfrentar la realidad.

En una cuarta parte, en lo que se refiere a la problemática en relación con el complejo de Edipo, los autores entienden que durante el tratamiento puede comprobarse que las propias dificultades de los padres no sólo mantienen de alguna manera con su conducta las “esperanzas” señaladas por Freud en el texto referido a la disolución del complejo de Edipo, sino que por el contrario, tienden a potencializarlas. Es muy frecuente observar que los padres de hijos psicóticos, por sus propios conflictos individuales o de su relación de pareja patológica, no pueden aportar los elementos necesarios para un crecimiento yoico normal mediante el aporte de patrones de identificación. Para hacer posible el proceso terapéutico con pacientes psicóticos, para los autores, se hace necesaria la inclusión de la familia para facilitar que en dichos pacientes, la

resolución del complejo de Edipo se dé simultáneamente con la maduración yoica del mismo.

En la quinta parte, se aborda el problema del proceso terapéutico individual y familiar. Allí se describen a la luz de los fenómenos de la transferencia psicótica, las dificultades que presenta la elaboración de la depresión consecutiva a la pérdida de la omnipotencia y la importancia del analista como objeto real que permite tanto al paciente psicótico, como a sus familiares, superar sus conflictos, sirviendo de modelo estructurante de nuevos recursos yoicos a partir de la base de los recursos yoicos sanos que pueden ser rescatados en las regresiones operativas que se dan necesariamente en procesos terapéuticos tan difíciles como son los de estos pacientes.

Por último, en la sexta parte, los autores, en las consideraciones finales del trabajo, entienden que el proceso descrito por Freud en cuanto a la disolución del complejo de Edipo puede perturbarse por un comportamiento inadecuado de los objetos parentales reales y condicionarse por lo tanto la persistencia del complejo de Edipo, o sea su patología. Tanto en las neurosis como en las psicosis, el complejo de Edipo no sería la persistencia del complejo de Edipo *normal*”, estructurante de la personalidad total y del funcionamiento psíquico, sino que sería más bien una consecuencia de una detención del desarrollo por la cual, las vicisitudes de la evolución psicosexual no se dan como experiencias emocionales dentro de un contexto estructurante de un psiquismo normal, sino que se dan en un contexto que detiene o distorsiona precisamente dicho desarrollo y que condiciona la creación de fijaciones dentro estereotipos y patológicas de las cuales quedó atrapada la psicosexualidad. Por lo tanto, lo patógeno en lo que podría llamarse la persistencia del complejo de Edipo, sería la acentuación de formas infantiles de la psicosexualidad por falta de desarrollo y maduración yoica de todos os aspectos que permiten norma¹mente

la disolución del complejo de Edipo.

BIBLIOGRAFIA

1. BATESON, G.; JACKSON, D. D.; HALEY, J. y WEAKLAND, J. H. (1956): "Toward a Theory of Schizophrenia", *Behav. Sci.* 1, 251-264.
2. BLEGER, J.: "Simbiosis y ambigüedad". Paidós, Buenos Aires, 1967.
3. BOSZORMENYI-NAGY, I. (1962): "The Concept of Schizophrenia from the Perspective of Family treatment", en: Ackerman y otros. *Family Process*, 1, 103-113.
4. BOSZORMENYI-NAGY, I. y FRAMO, J. L. (1962): "Family Concept of Hospital treatment of Schizophrenia." En: Masserman J. (dir.). *Current Psychiatric Therapies*, vol. II. Grune y Stratton, Nueva York, pp. 159-166.
5. BOSZORMENYI-NAGY, I. y FRAMO J. L. (Eds.): "Intensive Family Therapy, Theoretical and Practical Aspects", Harper and Row, Nueva York, 1965.
6. BOWEN, M. (1959): "Family Relationship in Schizophrenia." En Anabach, A. (dir.) *Schizophrenia*. Ronald, Nueva York; pp. 147-178.
7. BOWEN, M. (1960): "A Family Concept of Schizophrenia." En Jackson, D. D. (dir.) *Etiology of Schizophrenia*. Basic Books, Nueva York; pp. 346-372.
8. BOWEN, M.: "Family Psychotherapy with Schizophrenia in the Hospital and in Private Practice", en Boszormenyi-Nagy, I. y Framo J. L. (eds), op. cit.
9. BOWLBY, J.: "Attachment and Loss" (I); "Attachment (II): Separation."

The Hogarth Press, Londres. Trad. cast.: “El vínculo afectivo y la separación afectiva”, Paidós, Buenos Aires.

10. BRODEY, W. M. (1959): “Some Family Operations and Schizophrenia» A.M.A. Arch. gen. Psychiat. 1, 379- 402.
11. FENICHEL, O.: “Teoría psicoanalítica de las neurosis.” Ed. Paidós, Buenos Aires (1964).
12. FREUD, S.: “La naissantt de la psychanalyse.” Ed. Presses Universitaires de France; París (1956).
13. FREUD, S.: “Carta a Fliess” (1897); “O. C.” Ed. Biblioteca Nueva; 3ª ed., Madrid.
14. FREUD, S.: “Tres ensayos para una teoría sexual” (1907). *Obras completas*. Ed. Biblioteca Nueva; 3ª ed., Madrid.
15. FREUD, S : “Tótem y tabú” (1912- 1913), op. cit.
16. FREUD, S.: “Psicología de las masas y análisis del yo” (1920-1921), op. uit.
17. FREUD, S.: “La disolución del complejo de Edipo” (1924), op. oit.
18. FREUD, S.: “El yo y el ello” (1923), op. cit.
19. GARCÍA BADARAGCO, J. E.; PROVERBIO, N. y CANEVARO, A.: La terapia familiar en comunidad terapéutica psicoanalítica de pacientes psicóticos (grupo familiar múltiple y grupo familiar nuclear)”; en *Patología y terapéutica del grupo familiar*, pp. 150-152 (Fundación Acta, Buenos Aires, 1970).
20. GARCÍA BADARACCO J E.; CANEVARO, A. y CZERTOCK, O.: “Coterapia y grupo familiar”; ibíden., pp. 226-229.
21. GARCÍA BADARACCO, J. E. y CANEVARO, A.: “La reacción terapéutica negativa y la influencia familiar”; ibídem, pp. 221-225.

22. GARCÍA BADARACCO, J. E. y PROVERBIO, N.: “Las alianzas familiares en la terapia de familias de psicóticos”, *ibídem*, pp. 230-231.
23. CARCIA BADARACCO, J. E.; PROVERBIO, N. y CANEVARO, A.: “Tratamiento de pacientes psicóticos.” *Acta psiquiat. psicol. A. Lat.* 18:232-243 (1972).
24. GARCÍA BADARACCO. J. E. y ZEMBORAIN, E. J. “La regresión en la comunidad terapéutica psicoanalítica.” VIIº Congreso Latinoamericano de Psiquiatría, Punta del Este, Uruguay, 1972.
25. GARCÍA BADARACCO, J. E.; GANEVARO, A.; CZERTOCK, O.; SICARDI, A. y ZEMBORAIN, E. J.: “El grupo familiar múltiple para el tratamiento de pacientes psicóticos en comunidad terapéutica psicoanalítica.” *Ibídem*.
26. GARCÍA BADABACCO, J. E. y ZEMRORAIN, E. J.: “El narcisismo en pacientes psicóticos. Analizabilidad de as “nuerosis narcisisticas en función del comportamiento del analista como objeto externo.” *Rev. de Psicoanálisis*, XXXII, 3, 1975.
27. GARCÍA BADABACCO, J. E.: “Avances en psicoanálisis de neurosis y psicosis.” Relato presentado al XIº Congreso Psicoanalítico Latinoamericano. Buenos Aires, 1976.
28. GARCÍA BADARACCO, J. E. y ZEMBORAIN, E. J.: “Contribución al esclarecimiento del complejo de Edipo a través de la experiencia clínica con pacientes psicóticos.” XIº Congreso Psicoanalítico Latinoamericano. Buenos Aires, 1976.
29. GARCÍA BADARACCO, J. E.: “Integración del psicoanálisis individual y

la terapia familiar en el proceso terapéutico del paciente psicótico.” Rev. de Psicoanálisis, XXXV, 3, 1978.

30. JACKSON, O. D. (1957) “The Question of Family Homeostasis.” Psychiat. Quart. Suppl., 31, 79-90.
31. JACKSON, D. D. (1961): “The Monad, the Dyad, and the Family Therapy of.” Basic Books, Nueva York, pp. 318-328.
32. LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B.: “Diccionario de psicoanálisis.” Ed. Labor S. A. (1971).
33. LACAN, J.: En Laplanche, J. y Pontalis, S. B., “Diccionario de psicoanálisis”. op. oit.
34. LEVI-STRAUSS, C.: “Las estructuras elementales del parentesco.” Ed. Paidós. Buenos Aires, 1969
35. LIDZ, R. W y LIDZ, T. (1959): ‘The Family environment of Schizophrenic Patients.’ Amer. J. Psichiat. 106, 332-345.
36. LIDZ, T.; CORNELISON, A.; FLECK, S. y TERRY, O. (1957a): “Intrafamilial environment of Schizophrenic Patients. I: The Father.” Psyahiat. 20. 329-342.
37. LIDZ, T.; CORNELISON. A.; FLECK, S. y TERRY, D. (1957b,): “Intrafamilial environment of Schizophrenic Patient. II: Marital Schism and Marital Skew.” Amer. J. Psichiat. 114, 241-248.
38. LIDZ, T. y FLECK, S. (1960): “Schizophrenia, Human Integration, and the

- role of the Family.” En Jackson, D. D. (dir.) *Etiology of Schizophrenia*. Basic Books, Nueva York, pp. 323-345.
39. LIDZ, T.; CORNELISON, A.; CARLSON. D. T. y FLECK, S.: “El medio intrafamiliar del paciente esquizofrénico, la transmisión de la irracionalidad”. en *Interacción Familiar*, Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires. 1971.
40. LIMENTANI, D. (1956): “Symbiotic Identificado., in Schizophrenia.” *Psichiatry* 19, 231-236.
41. PICHON RIVIERE, E.: “Del psicoanálisis a la psicología social.” Galerna, Buenos Aires, 1971.
42. PICHON RIVIERE. E. (1960): “Tratamiento de grupos familiares”; en: *Del psicoanálisis a la psicología social*, op. oit.
43. RACKER, H.: “Estudios sobre técnica psicoanalítica.” *Estudio VI. Los significados y usos de la contratransferencia*, pp. 228-229. Paidós, Buenos Aires, 1969.
44. WINNICOTT, D. W.: *Collected Papers*.
- 45.

Recibido: 15 de diciembre de 1978

JORGE E. GARCÍA BADARACCO y ENRIQUE J. ZEMEORAIN
(Argentina), médicos psiquiatras, son miembros titulares con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Muchos de sus trabajos aparecieron en revistas psicoanalíticas de lengua castellana y fueron presentados en congresos psicoanalíticos y psiquiátricos latinoamericanos.

Direcciones respectivas: Libertad 1370, 13° B (1016); Capital Federal, República Argentina y S. de Bustamante 1695, 7° A (1425); Capital Federal, República Argentina.

LO SAGRADO

Y

LO PROFANO

La religión es un sistema cuya estructura podemos conocer desentrañando la lógica de sus mitos, ritos y símbolos y haciendo visible la vinculación entre los dioses de las diferentes culturas y contextos sociales escalonados a lo largo de la historia.

Esto es lo que se propone el “Tratado de historia de las religiones” de Mircea Eliade a cuya concepción teórica nos referiremos, sacrificando los múltiples ejemplos que la ilustran.

ESTRUCTURA Y MORFOLOGIA DE LO SAGRADO

Según Eliade, las creencias religiosas, expresadas a través de mitos, rituales, símbolos, aparecen estructuradas en un sistema, la cosmogonía. La enorme variedad de documentos que tienen relación con lo sagrado (entendido como lo opuesto a lo profano), constituyen los “hechos sagrados” y están formados por ritos y mitos diversos, objetos sagrados, símbolos, cosmologías de hombres, animales, plantas o lugares sagrados, cada uno con su propia morfología. “Cada documento puede ser considerado como una hierofanía en la medida que expresa a su manera una modalidad de lo sagrado y un momento de su historia, es decir una experiencia de lo sagrado entre las innumerables variedades existentes.” Lo sagrado aparece como un pensamiento articulado, como una explicación del mundo a través de estructuras, mecanismos y equilibrios que le son propios. Tenemos así que toda hierofanía se inscribe en una modalidad de lo sagrado (sincronía) y en una historicidad del hombre con relación a lo sagrado (diacronía).

Por ejemplo, la hierofanía activa en un rito agrario supone todo el sistema, es decir, revela las modalidades de la sacralidad vegetal y, en forma más global, la de las otras hierofanías agrarias. “Un objeto se hace sagrado en cuanto incorpora (revela) **otra cosa** que no es él mismo.” Es decir, supone una selección que separa el objeto hierofaníaco de lo que lo rodea. El primero siempre existe, por más amplia que sea la región hierofaníaca que lo rodea —cielo, familia, patria—. El objeto se separa con respecto de sí mismo al pasar de simple objeto profano a la dimensión de la sacralidad. Esta dialéctica con lo insólita, singular, nuevo, perfecto o monstruoso, lo convierte en recipiente para las fuerzas mágico - religiosas y así en objeto de *veneración* o temor en virtud de] sentimiento ambivalente que provoca lo sagrado. “En cualquier dominio, la perfección asusta, y en este valor sagrado o mágico de la perfección habrá que buscar la explicación del temor que incluso las sociedades más civilizadas manifiestan respecto del santo o del genio. La perfección no pertenece a nuestro mundo, es otra cosa diferente de nuestro mundo o viene de otra parte.” Esta presencia de lo ajeno, extraño, nuevo, es el signo de una fuerza que es a la vez venerable y peligrosa. Es el tabú y la ambivalencia de lo sagrado, que es al mismo tiempo immaculado, maldito y santo. Lo que se designa como tabú es esa condición de los objetos, acciones o personas, de ser aislados y prohibidos, a causa del peligro que origina su contacto. Dichos objetos participan de un régimen ontológico diferente y es por ello que su -contacto produce una ruptura de nivel ontológico que podría ser fatal. Se trata de asegurar y aumentar la propia realidad mediante un contacto fructífero con lo sagrado y se tense por otra parte perder esa “realidad” por su integración en un plano ontológico superior a su condición profana que se desea rebasar y no se puede abandonar. Es evidente el parentesco de estas ideas con las de incesto, yo -Ideal, etcétera, desarrolladas por Freud, y la coincidencia con sus trabajos antropológicos.

Esta paradoja de lo sagrado y lo profano se expresa en forma concreta en el caso del ídolo y en la analítica descriptiva a través de la hermenéutica verbal. Esta coincidencia sagrado - profano está implicada en cualquier hierofanía porque ésta muestra la coexistencia de dos esencias opuestas, espíritu - materia eterno - no eterno. En última instancia, toda hierofanía no sería sino una prefiguración de la encarnación, tentativa fracasada de revelar la coincidencia hombre - Dios y la ruptura de nivel ontológico que implica. Lo paradójico no es, en última instancia, que sea ininteligible la manifestación de lo sagrado en árboles o piedras, sino el hecho mismo de que se manifieste, se limite, se haga relativa, Toda la vida religiosa de la humanidad no sería sino una espera de Cristo. Este fenómeno religioso se inscribe en repeticiones arquetípicas en un tiempo que está más allá de la historia o en su comienzo, el “momento auroral cosmogónico”. A la vez el fenómeno religioso comprende una serie de elementos teóricos, mitos cosmogónicos, que constituyen las verdades consideradas como hierofanía. Las diversas modalidades de lo sagrado son los medios por los cuales el hombre se defiende de la insignificancia y de la nada, es decir, de lo profano. Todo esto se articula de acuerdo con una lógica simbólica que implica un pensar diferente del pensar heredado del helenismo.

Los dioses son en un principio seres de caracteres abstractos, que abarcan grandes poderes para ir luego haciéndose más limitados y concretos hasta antropomorfizarse y convertirse en héroes humanos donde los mitos llegan incluso a degenerar.

EL CIELO: DIOSES URANIOS, RITOS Y SIMBOLOS CELESTES

Las divinidades vinculadas al cielo abarcan totalidades, poderes o valores infinitos. Pero por esta misma razón aparecen como seres con caracterizaciones

muy imprecisas y difusas, lo que da lugar a la búsqueda de formas religiosas más dinámicas, eficientes y fácilmente accesibles. Lo elevado e inmutable cede el paso a una calda en lo concreto, el hombre mismo y su medio se van impregnando de sacralidad. Estas divinidades quedan remitidas a los ritos iniciáticos como lo fueron en su momento los creadores del universo. Las ascensiones, escalamientos de montes **O** escaleras, los vuelos en la atmósfera, significan siempre la penetración en los niveles cósmicos superiores. A ello apunta el simple hecho de la levitación fantasías que encuentran frecuente expresión onírica en sueños tipo y que adquieren muchas veces el sentido de un acto sexual. Este acceso a las realidades últimas que aparece por ejemplo en los santos arrebatados a los cielos significa la divinación por la penetración en las regiones urinarias, el asemejarse al Dios. Estas divinidades son sustituidas en provecho de otras más concretas, más dinámicas y fértiles, es decir, un representante de la fecundidad por un distribuidor de la vida y así se produce la solarización de los seres supremos. Asistimos a lo señalado por Freud como la proyección del animismo primitivo que pinta la pantalla estelar con el deseo inconciente.

LA MÍSTICA LUNAR Y

LA DE LAS AGUAS

El sol permanece siempre igual a si mismo; no así la luna que crece, decrece y desaparece, sometida al devenir del nacimiento y de la muerte. Esta muerte nunca es definitiva y al tercer día .renace de si misma como Cristo o el Ave Fénix para repetir el mismo destino. Estas características hacen que el simbolismo lunar se asocie con poderes de fecundidad, de regeneración o de inmortalidad por metamorfosis. Es el análisis el que permite separar estos atri-

butos, porque en el símbolo todos los valores coexisten. A través de la experiencia religiosa el mundo se revela como una totalidad. Se va tejiendo una verdadera red entre todos los planos cósmicos creándose simetrías y analogías entre fenómenos de infinita variedad. Metáfora y metonimia que permiten estos desplazamientos y condensaciones de las fantasías originarias donde una parte representa el todo o un astro puede ser sustituido por un árbol. No siempre es fácil encontrar el centro de esta red apareciendo a veces núcleos secundarios como los más importantes. Así por ejemplo el simbolismo erótico de la serpiente deja de lado sus valencias lunares para expresarse como serpiente - mujer - fecundidad, a la vez que puede aparecer en otras como luna - lluvia - fertilidad - mujer - serpiente - muerte - regeneración periódica.

¿Qué revelan en conjunto estas hierofanías lunares? ¿Qué sucesión de verdades pueden estar implicadas? Encontramos los siguientes temas: fertilidad (aguas, vegetación, mujer, antepasado mítico), regeneración periódica (serpiente y animales lunares, hombre nuevo sobreviviente de una catástrofe acuática atacado por la luna), el tiempo y el destino (la luna teje, mide, enlaza, los destinos), cambio marcado por la oposición luz - oscuridad (e] bien y el mal, mundo superior e inferior). En todos los temas domina la idea de ritmo creado por la sucesión de contrarios. En él encuentran su ilustración nítida y simbólica todos los guarismos. A la rústica lunar se hace solidaria aquella de las aguas. El agua simboliza la sustancia primordial que sostiene a toda creación y de la que nacen todas las formas y a la que vuelven por regresión o cataclismo (diluvio). Así la inmersión en el agua simboliza la regresión a lo preformal, la regeneración total, el nuevo nacimiento como el resurgir de las aguas es el gesto cosmogónico de lo formal, la regeneración por un ritual iniciático o cura por ritual mágico (bautismo). Los ritmos lunares y acuáticos gobiernan la aparición de las formas, dan al devenir una estructura cíclica.

LA TIERRA, LA MUJER Y LA FECUNDIDAD

En una visión más antropomórfica, encontramos la idea de tierra - madre y de fecundidad. El origen se halla en la tierra, la que provee a la madre del feto. El padre no interviene y sólo es padre en un sentido jurídico. Esto une el ser humano al medio cósmico que lo rodea de un modo muy estrecho. La madre ha recibido a los hijos de la tierra y el padre lo que hace es legitimizarlos por un ritual de adopción. Es decir, que el hombre no habría nacido aún como especie biológica separada del lugar natal. Su vida tendría, por así decir, el carácter de una experiencia ontofilogenética o cósmico maternal. De este modo es como el niño abandonado puede adquirir otra condición que la humana y convertirse en héroe, rey o santo. Su biografía legendaria imita el mito de los dioses abandonados después del nacimiento, se llamen Zeus o Moisés. Entre el hombre y la tierra no hay ningún hiato como entre lo formal y lo preformal, sino una fusión del hombre con la tierra. El orden del sistema es biológico, encontramos siempre la misma matriz, el procrear vidas incansablemente. Muchas de estas divinidades de la fecundidad son bisexuadas.

VEGETACIÓN Y RITOS DE RENOVACIÓN

La fecundidad de la tierra remite a la vegetación y sus símbolos y ritos de renovación. Lo que importa saber es la función religiosa del árbol que agrupa diversos cultos de la vegetación, entre los que se distinguen: el conjunto piedra - árbol - altar que constituye macrocosmos de las capas más antiguas de la religión, el árbol - imagen del cosmos, el árbol - teofanía cósmica, el árbol símbolo de la vida, el árbol centro del mundo y centro del universo, el árbol símbolo de la regeneración del año, el árbol de mayo. Todos tienen de común

que representan el cosmos vivo y en continua regeneración, lo que lo convierte en una realidad absoluta que lo sacraliza como símbolo del centro del mundo.

Para comprender la sacralidad es necesario considerar que el árbol no es sólo un fragmento significativo de ésta sino que el todo está *representado en él*, ya que todo fragmento repite el todo. El árbol se hace sagrado sin dejar de ser árbol en virtud de este poder que manifiesta y repite en un todo el cosmos; así, el árbol sagrado no tiene por qué perder sus atributos formales concretos₁ para convertirse en símbolo. Es sólo en etapas posteriores cuando el símbolo se desprende de las formas concretas para hacerse abstracto.

La vegetación da paso a los mitos relativos a la agricultura y los cultos a la fertilidad. Espacio y tiempo adquieren así límites propios y son a su vez por lo tanto sacralizados. Es el espacio del templo y del palacio como centro del mundo o de montes y lugares predestinados, que se convierte en el ónfalo de la tierra alrededor del cual se origina la vida o la paranoia (Schreber). El simbolismo del centro abarca nociones como la del punto de intersección de los niveles cósmicos (canal de unión entre el infierno y la tierra), el de espacio donde puede comenzar la creación u origen del espacio real.

El crecimiento es como el del embrión a partir de un centro umbilical. Cada ciudad y cada casa que se construye imitan una vez más la creación del mundo. La casa es un microcosmos, el umbral separa dos espacios, el centro lo marca un poste central en el orificio *por* donde sale el humo. Este espacio se inscribe en un tiempo sagrado, tiempo muy distinto del de las racionalizaciones occidentales. Tiempo por el cual, a través del ritual, el primitivo se inserta en el tiempo mítico. Este incluye no sólo un tiempo pasado sino que también debe pensarse como un presente y un futuro, como un estado a la vez que como un periodo. In illo témpore, en la época mítica, todo era posible, las especies no

estaban fijadas y las formas eran fluidas. Toda sociedad tiende a restaurar aquel tiempo mítico, el gran tiempo.

FUNCIÓN DE LOS MITOS

El mito cosmogónico sirve de modelo, de arquetipo para todas las creaciones, *en el plano biológico, psicológico* o espiritual. Esta reunión a través de las cosmogonías, Weltanschauung, al decir de Freud, son en último término las variaciones sobre el tema del mito de los orígenes que vimos descender de los cielos a la tierra, para continuarse en los seres vivos, y que ahora veremos encarnarse en el hombre mismo. La función principal del mito es fijar los modelos ejemplares de todos los ritos y de todas las acciones humanas significativas. El mito es el fundamento de todas las grandes fiestas y forma por añadidura el arquetipo de todo un conjunto de mitos y de sistemas rituales. Toda idea de renovación, de recomienzo, de restauración, por más diversos que sean los planos en los que se manifiesta, es reductible a la noción de nacimiento y ésta a su vez a la de creación cósmica. El huevo encarna este renacimiento repetido según el modelo cosmogónico. La idea fundamental no es la del nacimiento, sino la de repetición del nacimiento ejemplar del cosmos, la imitación de la cosmogonía.

Todos estos mitos ofrecen una doble revelación. Por un lado la polaridad de dos personalidades divinas nacidas de un único principio, destinadas a reconciliarse *in illa témpore* y, por otra, la “coincidencia *oppositórum*” en la estructura profunda de la divinidad. Se trata de cosmizar toda la experiencia asimilándola a los ritos que dominan el universo y a dirigir luego el esfuerzo a unificar el cosmos entero, a hacer por su cuenta la unidad primordial anterior a la creación,

unidad que no es el caos de la precreación sino el ser diferenciado en el que todas las formas se reabsorben.

La bisexualidad biológica remite a la bisexualidad divina, coexistencia de los contrarios de los principios cosmológicos. En otras palabras la búsqueda de la perfección del hombre por identificación en un par divino, es decir por vía de la androginia. Negativa a dejarse limitar por ninguna especie de atributos o cualidades, bueno - malo, masculino - femenino. Esta androginia divina tiene como consecuencia lógica la monogenia o autogenia, la divinidad se basta plenamente. A esta androginia divina corresponde una androginia humana (parejas primordiales). El andrógino original es concebido como esférico, es Australia o es Platón, vía por la cual volvemos al huevo cosmogónico. La circuncisión tiene por objeto la transformación ritual del joven en un andrógino, sentido que tienen también los rituales de intercambios de vestidos. El hombre experimenta periódicamente la necesidad de recobrar la condición de humanidad perfecta. Se realiza en la orgía la necesidad de abolir el pasado, de suprimir la historia y de comenzar una nueva vida por medio de una nueva creación. En el acto sexual se podría hablar de una androginización por la conquista de las cualidades del sexo opuesto.

.J. L. Brum

**ESCENA - FANTASIA
Y ESCRITURA
TRANSINDIVIDUAL ***

Por

JUAN CARLOS PLÁ

“El fin teórico estará en *curar las fallas de la memoria del enfermo*”

(Del historial de *Dora*.)

“Las fantasías están construidas con *cosas oídas* y solo *ulteriormente aplicadas*, de manera que combinan lo vivenciado con lo oído, el pasado (*de la historia de los padres y antecesores*) con lo presenciado por el propio sujeto.”
(Del *Manuscrito L*, adjunto a la carta a Fliess del 2/V/897.)

“Las fantasías se originan por la combinación *inconciente*, de lo vivenciado con lo oído [...] su formación tiene lugar por un proceso de fusión y distorsión [...] un proceso de fragmentación con total abandono de las relaciones cronológicas —que parecen depender precisamente del sistema de la conciencia—. Uno de los fragmentos de una escena visual se une entonces, con un fragmento de una escena auditiva, para formar la fantasía, mientras el resto entra en otra combinación. Con ello, una conexión original ha quedado irremediablemente *perdida*” (Del *Manuscrito M*, adjunto a la carta a Fliess del 25/V/897)

* Trabajo disentido en la “*Asociación Psicoanalítica del Uruguay*” en agosto de 1978.

“El texto inconciente está ya tejido de huellas puras de diferencias en las que se unen al sentido y la fuerza, texto en ningún lado presente, constituido de archivos que son *siempre ya* transcripciones. Todo comienza por la *reproducción* [...] *Siempre ya*, es decir, depósitos de un sentido que no *ha sido*, *jamás presente*, cuyo presente significado es siempre reconstituido con retardo (*verspatung*), *nachtraglich* (a posteriori, après coup) , *suplementariamente* [...] Que el presente en general no se originario sino *reconstituido*, que no sea la forma absoluta, plenamente viviente y constituyente de la experiencia, que no haya pureza del presente viviente, tal es el tema formidable para la historia de la metafísica, que Freud nos llama a pensar a través de una conceptualidad desigual con la cosa misma.” (De *Freud et la scène de l’écriture* en *L’écriture et la différence*; Jacques Derrida.)

“Todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad, se instala la de *intertextualidad*’ [...] (De *Le mot, le dialogue et le roman*, en *Recherches pour une sémanalyse*; Julia Kristeva.)

Curar la memoria. Transformar ha historia. Reconstruirse según una historia radicalmente heterogénea respecto de las ordenaciones cronológicas de la conciencia, de la temporalidad de un discurso lineal, de las verdades ideales, platónicas o cartesianas. Pensar según una lógica que desautoriza los principios de identidad y de no contradicción. La interrogación freudiana sobre el sujeto del deseo se despliega teóricamente como un eficaz y extraordinario ataque a la noción metafísica que, desde los griegos, plantea la verdad como descubrimiento de una presencia que *es*, idéntica a sí misma, revelable tras las apariencias. Obliga también a considerar al individuo, a la vez que como sufriendo una incurable y progresiva escisión, como punto particular de

entrecruzamiento de múltiples textos, *punto móvil e imprevisible en su acontecer psíquico* (Ics).

I Si con el sueño, toda fantasía es concebible, siguiendo a Freud como una esencial e interactiva actividad de escritura, figurada y enigmática, su interpretación, vía regia para el conocimiento de lo inconciente, muestra los riesgos y la violencia de toda escritura. El retorno de lo reprimido, acción y posibilidad misma de la escritura del deseo, conjuga en su fuerza la tanática compulsión de repetición y la anhelante búsqueda de un reencuentro con el objeto perdido, recuerdo de la mítica, incestuosa, primera satisfacción. *Fuerza repetitiva, trasgresora, que desdibuja todos los límites y los marca. (Que amenaza aniquilarme y señala mi existencia.*

a) “Lo siniestro (Das Unheimliche) se da frecuente y *fácilmente*, cuando se desvanecen los límites entre fantasía y realidad.” Entre vida y muerte. Retorna el otro del padre, Coppelius, Coppola, el castrador, “el hombre malo que viene a ver los niños cuando no quieren dormir, les arroja puñados de arena a los ojos, haciéndolos saltar ensangrentados de sus órbitas”. El que ha provisto y también robado los ojos de Olimpia: hechura paterna, “materialización de la actitud femenina frente al padre”, “amor narcisista Constante retorno de lo semejante. El doble del padre, figura de lo siniestro. La muñeca automática, engendro del padre desdoblado, del autor narcisista, transitivo, del hijo, del padre. El doble, fabricante del antejo a través del cual Nataniel mira a su otra aparición (¿anterior?) y se precipita en la locura, hacia la muerte. *Infinita reduplicación. Terror, quizás, de un parricidio que no se intenta.* El poeta, dice Freud, tal vez haya mirado por ese antejo. Quiere que lo hagamos también nosotros.

Extrañamiento de una realidad familiar que se torna inquietante. *Repetición*

que banca el amor y la vida. Desvanecimiento de fronteras: entre pasado y presente, entre paternidad y muerte *Deslizamiento semántico*, “heimlich es una voz cuya acepción evoluciona hacia la ambivalencia, hasta que termina por coincidir con la de su antítesis, *unheimlich*” (el sentido de secreto, peligroso, oculto, se va destacando cada vez más).

b) Desde el “Proyecto...” establece Freud la necesidad de una secuencia de dos escenas (de significación sexual) para que un acontecimiento adquiriera los caracteres de un trauma (desborde de angustia por un aflujo pulsional demasiado intenso, que somete al yo a lo incontrolable, incognoscible, imposible de elaborar): la primera de seducción, queda como recuerdo reprimido, como huella mnémica inconciente que sólo *posteriormente* (nachtraglich, après-coup) llega a convertirse en trauma, cuando una segunda, habitualmente luego de la pubertad, reactiva y resignifica a la primera. Cuando Freud, autoanálisis mediante, jerarquiza el papel de la fantasía, toma cuenta de la mitomanía histérica y reduce (no anula) el papel de la perversión paterna en la etiología de las neurosis, no está abandonando conceptos fundamentales de esta formulación del “Proyecto”: 1) *la noción de angustia traumática* (emergencia de lo “real”, de lo no simbolizable, en la teoría lacaniana), cuya prevención llega a organizar formas de angustia *señal* (v. “Inhibición, síntoma y angustia”); 2) *la importancia de la sexualidad de los adultos en la constitución de la infancia* (y. “Tres ensayos... ; “Introducción al narcisismo”); 3) *la noción de “après-coup”*: en la fase fálica se resignifican y adquieren sus efectos estructurantes la amenaza de castración, la escena primaria (y. “El hombre de los lobos”); 4) *subsiste un elemento de exterioridad en la fantasía, junto con la pérdida irremediable de su conexión originaria con la realidad* (v. *Manuscritos L y M*; “El hombre de los lobos”).

Ya en la carta del 27/X/897 a Fliess, Freud afirma: “Comienzo a percibir *grandes motivaciones generales enmarcantes* y otras motivaciones menores, que varían de acuerdo con las vivencias individuales.” En las conferencias de “Introducción...” y en “El hombre de los lobos” desarrolla el concepto de *¡tintas fantasías originarias o protofantasías*, escenas, estructuras universales de la fantasía, transmitidas filogenéticamente, que Corresponden a realidades vividas por la familia humana en sus orígenes: *escena primaria, seducción, castración*. En esta suerte de memoria de la especie, aparece de nuevo la idea de una *referencia exterior de la fantasía, de huellas mnémicas estructurándose como escenas de la fantasía*.

La *angustia de castración*, forma de la angustia señal en la fase de primacía del falo, el complejo de castración, roca viva del les (v. “Análisis terminable e interminable”), es pensado decisivamente por Freud bajo la noción de *après-coup*. Muestra asimismo la *proximidad esencial del “trauma” y de la angustia señal*. Proximidad de la irrupción siniestra de lo incognoscible e incontrolable y de la colaboración fantasmática “[...] cuando el varón que hasta entonces se resistió a creer en la amenaza de castración, ve los genitales femeninos t. - .1 esencialmente los de la madre” “El terror a la Medusa es pues, un terror a la castración relacionado con la vista de [...] los genitales de la madre.” (“La cabeza de Medusa”) “Probablemente ningún ser humano del sexo masculino puede eludir el *terrorífico impacto* de la amenaza de la castración al contemplar los genitales femeninos’ (“Fetichismo”)

La amenaza de castración proviene del padre, aunque a menudo sea verbalizada por la madre u otra mujer a cargo del niño (predominio del esquema hereditario, de la fantasía primordial sobre la experiencia individual; v. “El hombre de los lobos”). La imagen de los genitales maternos da realidad (terrorífica) a esta amenaza. Vigencia del “après-coup”. Doble referencia a la realidad “*un verdadero peligro exterior, el de la castración*”. (“Inhibición,

síntoma y angustia”)

En “Tótem y tabú”, Freud establece la universalidad de las pulsiones incestuosas y de, su ley represora, posibilidad misma de la cultura. A diferencia del neokantismo de Lévi-Strauss, la ley surge en una fundante historia mítica de violencia y de sangre. *La creación en su movimiento trasgresor, la ley ordenadora, estarán siempre cerca del asesinato.* Mucho más aún, confundidas con el crimen, lo están *las imposturas narcisistas de la autoridad y del héroe edípicos.* Junto con el límite vitalmente necesario, con la muerte necesaria, la realidad de la castración trae la *amenaza de la posible disolución de todo límite, del inicuo e indetenible crimen.*

Este es el peligro, pensamos, que acechó a Freud ante la Acrópolis cuando tiene un episodio de *desrealización*, que analiza hermosamente “una generación después” cuando, octogenario, dispuesto a morir en Viena, dirige su carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario. Un trastorno de la memoria, lo titula. Repudio de una realidad conectada con un pasado penoso, reprimido. Sentimiento de culpa por “haber llegado más lejos que el propio padre [...] intentar lo es *aún* algo prohibido”. Para su visita a la Acrópolis, nos relata Jones, sí había vestido con su mejor camisa. Brillo del objeto prohibido: más de veinte años después le decía a Marie Bonaparte que las columnas color ámbar de la Acrópolis eran a cosa más hermosa que había visto en su vida. Una descendiente de aquel con quien asocia sus sueños de grandeza, Napoleón I, coronado en Nôtre-Dame y volviéndose hacia uno de sus hermanos para comentarle, ¿que curia de esto *monsieur notre pare*, si ahora pudiese estar aquí? ¿A qué me inducía, podría haber preguntado Sigmund, cuando me regaló La Biblia de Philippon?

II “Hipermnnesia del sueño” (de cada fantasía que cumple un deseo) que transcurre en “*otra escena* que ha de la vida de la representación despierta”, en una “localidad psíquica”

v. capítulo VII). Los sueños deben ser leídos como una escritura figurada, descifrados como un jeroglífico, como un “rébus” (capítulo VI) .

Memoria, lugar, escritura, deseo. Memoria indestructible, “actos inconcientes [en el sentido sistémico] que ahora abren hullas de una vez para siempre, vías jamás fuera de uso, que entrañan la excitación inconciente cada vez que se las reinviste”. Una escritura, la de ha escena del deseo que aparece como ya-escrita-siempre-escribiéndose. Una “figuración ciertamente no hecha para ser comprendida” (capítulo VI) Movimiento de reinscripción, movimiento hacia el cumplimiento del deseo, cuya condición de escritura está dada por una “libre circulación entre investimentos de palabra (Pcs) e investimentos de cosa (Ics)”. (v. “Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños”) Lo que implica a la vez: un imprescindible mantenimiento de la represión (y de la diferencia intersistémica); conexiones permeables de representaciones Pcs con deseos Ics, de los que han emanado; una circulación relativamente fluida de la energía de una reivindicación pulsional Ics que, en el Pcs, se constituye en deseo (*fantansía que cumple un deseo*). Un sobreinversión de las representaciones de palabra, que permite sean tintadas como representaciones de cosa a experimentar así la acción del *proceso primario*: condensación y desplazamiento. El trabajo del Ics “está dispuesto en cada instante a intercambiar las palabras unas por otras, hasta obtener la expresión más cómoda para la figuración plástica”. El contenido imaginario de toda fantasía, al hacerse pereceptible-conciente, es sometido a la *elaboración secundaria*; tanto en la ensoñación diurna, cuando, más o menos laxamente se mantiene el juicio crítico, como en la actividad onírica, cuando al investimento del sistema Cs, producido desde el

interior, se suma la regresión de este sistema, más allá del juicio de realidad. Y el movimiento llega entonces, hasta “un investimento alucinatorio del recuerdo de satisfacción”, prevalencia del proceso primario: identidad de percepción. “Sometida, como todo contenido perceptivo, a la elaboración secundaria.”

Espacialización de la memoria (del tiempo). Violencia pulsional de la reinscripción del deseo. Escritura figurativa, plurívoca, policéntrica, de cuyo tejido, “en un punto más espeso, como un hongo de su micelio, surge el deseo”. Cuyo trabajo de interpretación, como el de un “texto sagrado”, debe ser minucioso, teniendo en cuenta los más pequeños detalles, los más desprovistos de sentido. Hasta dar con un punto oscuro, el “ombigo” del sueño (de la fantasía), por donde se abre a “lo desconocido”. Trabajo de interpretación, trabajo de inscripción, ambos factibles según “una relación de fuerzas” con todo lo, “que opera como resistencia.,

La pulsión de muerte, según el concepto freudiano, actúa silenciosamente. Aún las fantasías de intenciones más fuertemente homicidas, deben ser interpretadas en su contexto de *significaciones sexuales*. *Significaciones que no pre-existen a su escenificación, a su escritura; sólo après-coup interpretables.* *La actividad Ics no produce las huellas mnémicas, pero sí su significancia:* el proceso de fragmentación, sustitución y combinación de sus elementos, con total abandono de sus relaciones cronológicas; *proceso creador de imprevisibles variantes de sentido, dentro de “las grandes motivaciones generales enmarcantes”*. El impulso a la repetición que abre espacio para la re-inscripción, nunca predomina de manera absoluta; de no ser así, se suprimiría toda diferencia; no habría discurso sin silencio. El pasaje a la conciencia a su correlato, la elaboración secundaria, son parte inseparable del trabajo de escritura. El proceso secundado, el pensamiento, sucesor de la pulsión de muerte (v. “La negación), responsable del aplazamiento en función del juicio de

realidad, es el que da legibilidad a las formas fantasmáticas. Legibilidad que permite desmontarlas como para poder reconocer el deseo Ics. Procesos primario a secundario “puros” son “ficciones teóricas”. Legibilidad nunca completa.

La “Nota sobre el block maravilloso” precisa la concepción de la *escritura psíquica* (de toda escritura en su dimensión creadora) como *interrupción y restablecimiento del contacto entre las diversas capas psíquicas*. Freud subraya el carácter de “dispositivo protector contra las excitaciones” de la hoja de celuloide (de una parte del sistema P-Cs). Entendiendo los estímulos como posibles (inesperados) reactivadores de una significación infantil inconciente. Dice Derrida: no hay escritura que no se constituya una *protección*, en protección contra sí, *contra la escritura según la cual el “sujeto” está él mismo amenazado dejándose escribir, exponiéndose a ella*.

“El *sujeto* de la escritura”, especifica Derrida, “es un *sistema de relaciones*” entre las capas: del block mágico, de lo psíquico, de la sociedad, del mundo. “En el interior de esta escena, la simplicidad puntual del sujeto clásico es inencontrable.” Se interroga también Derrida por la relación entre el aparato psíquico y los aparatos suplementarios de memoria que el hombre ha producido históricamente.

Desborde de la lingüística por una escritura que no se encierra en el orden sistemático del signo, “como si el que escribe o el que lee no cesara de ser sorprendido, en retomo continuo, por el incesto perpetrado y sin fin olvidado” (Jean-Michel Rey, “Parccurs de Freud”).

III El concepto de *pulsión*, “concepto límite entre lo psíquico y lo somático”, nos remite a:

- 1) la noción de *cuerpo* como “conjunto de zonas erógenas” (S. Leclair, “Compter avec la psychanalyse”); a una necesaria reformulación de lo que Freud plantea como diferencia superficie-interior (“el yo, una proyección mental de la superficie corporal” los estímulos pulsionales, procedentes del interior); 2) *la de representante-representación* (Vorstellungrepräsentanz), al cual se fija la pulsión en la represión originaria, acto de constitución del Ics (“La represión”; “Lo inconciente”>; 3) la de *fuerza de la pulsión*, “fuerza constante”, “magnitud de exigencia de trabajo impuesta a lo psíquico” (“Las pulsiones y sus destinos”).

El concepto de huella mnémica indisolublemente ligado al modelo de la escritura, sigue la evolución de éste en la obra freudiana, en un recorrido que se puede seguir desde la *Carta 52 a Fliess*, por la “Interpretación de los sueños”, el “Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños” hasta la “Nota sobre el block maravilloso”. Permite *una mejor aproximación al indecible corte exterior-interior; refiere a sistemas significativos inconcientes; trae la idea de inscripciones de experiencias primarias de encuentro corporal con el objeto; descarta el equívoco de las representaciones sensoriales. Su reactivación fantasmática implica la pérdida irreversible de su conexión originaria con la realidad, a la vez que una referencia intrínseca, estructural, a este origen.*

Podemos ir algo más allá del “block maravilloso” y preguntarnos, con su ayuda, sobre el instrumento de grabado, cuyo nombre es ya plurívoco: *estilo*. Sobre sus características, sobre quien lo toma y escribe, sobre los modos de hacer presión. El contacto entre las capas psíquicas, la catectización, desde el interior, del sistema P-C, permite a la vez la escritura fantasmática y la

recepción de estímulos. Su *discontinuidad*, dice Freud, *constituiría la base de la idea del tiempo. Juego de vida o muerte en el que siempre cabe la posible desaparición del sujeto.* O la re-escritura, la re-creación del sentido y el surgimiento del pensamiento como sucesor de la pulsión de muerte.

La indefensión (hilflosigkeit) originaria del ser humano lo coloca en sujeción absoluta con respecto al deseo del otro. Angustia traumática por excelencia. Irrupción incontrolable de la pulsión de muerte, de lo no simbolizable. Para que se organice la angustia como señal, para inaugurarse la subjetividad como fantasía (escena del deseo) del objeto perdido, debe poder el niño significarse como parte esencial de la fantasía materna. De una madre que lo recupera y lo pierde, que oscila en su quererlo vivo. La relación con el objeto materno, dice Lacan, se opera desde el origen sobre los significantes del deseo de la madre. Freud dice en el “Proyecto...”: *el complejo del objeto deseado se divide en dos partes, una de las cuales se presenta como una estructura constante y replegada sobre sí misma, permanece como cosa (als Ding) insalvable para la comprensión, y una parte cambiante y comprensible por medio de la actividad de la memoria: los atributos o movimientos del objeto. Si existir por el deseo es ante todo deseo de deseo, si la memoria se funda por la inscripción de los significantes del deseo materno, habrá también una insaciable constante pregunta por lo incognoscible del objeto. Su impenetrable secreto, que alienta toda transgresión. Y los mayores temores.*

No se trata sólo, entonces, de que la simplicidad puntual del sujeto clásico es inencontrable, como dice Derrida, en el interior de la escena de la escritura. Sino, además de que esta misma refiere, constitutivamente, a suma *no-escritura*, a lo que no es significable, a lo *no-representable*. Que se apodera de toda escritura y la conecta, “ombiligo del sueño, con una madre insondable. *Amarro abierta que desautorizo, le quita pie, a toda recuperación narcisista. Incierta,*

inquietante, repetitiva amenaza de castración.

Cuando sin nuevo acto psíquico constituye el *ego como el objeto sexual más valorado*, se instaura el discurso de lo idéntico a si mismo, de una presencia plena y cara de un otro asimilable. El juego de la primera persona, de las identificaciones y de los ideales. *Juego que desplaza la angustia ante el riesgo de desaparición del sujeto en su intento de escritura, ubicándola en las heridas narcisistas.*

Lacan, a partir de “El estadio del espejo”, ha mostrado la estructura desdoblada y transitiva del narcisismo. Las disposiciones de exterioridad que condicionan al ego a poder reconocerse sólo a través de una imagen especular, de su áter ego. Alteridad relativa, incompatibilidad absoluta: lucha a muerte con el doble, dramatización de Narciso incoerciblemente suicido. Fantasía de dominio paranoico sobre el mundo, imposición de “mi orden único, univoco, coherente, total. Poder ilusorio, tal vez eficaz sobre la realidad. Fantasía de supresión de los azares de la actividad fantasmática. Fantasía de una sola inscripción, legible siempre, definitiva. Sexualización de un poder a cubierto de las incertidumbre, de los límites de la sexualidad. De un engendramiento inmarchitable, a salvo de la castración y de la muerte.

His Majesty the baby. Identificación primaria. Hechura y semejanza de los padres de unos padres indistintos, más acá de la diferenciación sexual. Una sola generación, mítica, persistiendo en el tiempo. Escisión del ego, que se profundiza con el paso del tiempo, gracias a la cual se mantiene un reducto en el que es posible renegar (*verleugneu*) la castración, ser el yo-ideal y cultivar el amor por la madre fálica. El ego implica, en su constitución, el espejismo de contener el objeto perdido de la Madre, De la que incondicionalmente puede imponer su seducción para que así sea. Tentativa-tentación de suprimir el

tercero, de cenar al fin la brecha del deseo.

Identificación secundaria. Duelo y sutura narcisista en e¹ carácter. “El carácter del ego es un residuo de las cargas de objeto abandonadas y contiene la historia de tales elecciones de objeto” (“El yo y el ello”). La Madre no u. perdido a sus padres, no ha perdido nada, no la dejaré sola, no la perderé si soy ella misma, si soy su ideal.

Fascinación del ego por su ideal: incondicional necesidad de su amor, de la que no se desprenderá acabadamente nunca. Enorme poder de promesa y manipulación de los padres ubicados en el lugar del ideal del ego. Quizá no se ha reflexionado aún lo suficiente sobre el monto de gratificación narcisista que conlleva la obediencia al ideal. Obedecerlo es sentirse amado, protegido, dignificado, incluido y elevado en lo grupal (familiar, social). A salvo de la degradación y el destierro. Y con la vio libre para, en su nombre, ejercer detalladamente la crueldad. *El funcionamiento narcisista en el lugar de padre es el modo de trasmisión, a través de las formaciones ideales, de “las ideologías del pasado que perviven en el superyo.*

El camino del análisis va en sentido opuesto al proyecto narcisista: determino el mapa de las identificaciones inconcientes para reconstruir las vicisitudes de las cargas de objeto y reabrir, así, la actividad fantasmática.

La memoria se funda por la inscripción de los significantes del deseo materno. Con Freud se puede agregar: *ninguna generación posee la capacidad de ocultar a la siguiente hechos psíquicos de cierta importancia* (“Tótem y tabú”). Léase: su constelación edípica, su complejo de castración. Ya en “Tres ensayos...” se establece que la persona encargada de los cuidados del bebé (generalmente la madre) “le demuestra sentimientos derivados de su propia vida

sexual, lo abraza, lo mece, lo considera, sin duda como el sustituto de un objeto sexual completo [...] la madre por sus ternuras despierta la pulsión sexual de su niño y le demarca su intensidad futura”. En los “Historiales” se dan con más precisión, si cabe, elementos para una conceptualización de la fantasía como escritura transindividual. Así podemos hacer jugar la historia de “El hombre de los lobos” como contexto de su sueño de sus cuatro años. Cuando a la espera de sus *dobles* regalos, sueña y “*los regalos se transforman en lobos*”. Nacido el día de Nochebuena de una madre refinada, hipocondríaca, rechazante de la violencia de la línea paterna de S. P. (“los Karamazovi”) que le regala una condición de niño-dios, niño-regalo al mismo tiempo para ella misma y su propio padre (madre) idealizado. Identificado con un padre castrado, que no le permite salir de la madre (identificación analizada sobre todo y quizá insuficientemente, con Ruth Mack Brunswik, cuando su episodio psicótico en la época en que Freud enferma de cáncer). Piénsese en los lobos y en la ferocidad de la tragedia que pasó a su lado sin alterar mayormente el velo narcisista que lo mantenía fantasmáticamente junto a su madre: suicidio de su hermana, muerte sugerente de suicidio de su, padre, melancolía y suicidio de su mujer, guerras mundiales, emigraciones, miseria. *Dobles* regalos; ferocidad que acompañó su vida como doblándola irrumpiendo en ella en ocasión de su episodio psicótico. Cuando “lo abolido interiormente reaparece desde el exterior” (v. *Schreber*), cuando lo que había sido repudiado (*verworfen*) —el complejo de castración—, quedando fuera de la posibilidad misma de un planteo la cuestión de un juicio sobre la realidad, reaparece como vivencia delirante.

Recordemos con el historial de Schreber que *la fantasmagoría delirante es un intento de reconexión libidinal*, de recuperar lugar y mundo. Que el *proceso propiamente psicótico* es una retirada silenciosa de la libido de los objetos aun en la fantasía; retirada cuyo extremo es un desinvertimiento del ego que tiende a desaparecer como síntesis, a fragmentarse. No rige la represión, sino el repudio

o forclusión (*verwerfung*). Está bloqueada la circulación entre las representaciones de palabra y las representaciones de cosa (las palabras sólo son cosas). El delirio como un garabato, intenta recuperar la escritura perdida.

Silencioso actuar de la pulsión de muerte inmovilización del deseo, suspensión de la fantasía, sujeto tambaleante ante el espejo, el proceso del psicótico no puede ser entendido, sin hacer entrar en correlación el *narcisismo mortífero de quienes constituyen sus objetos primarios*. Hablado más que hablante, resurge en el que delira, “desde el exterior, la palabra no-dicha, la palabra no-reconocida, o dicha que no para su existencia. Hace ya años escribimos: “el psicótico es aquel que ha incorporado, decisivamente, en su identidad la vivencia de que su vida no es deseada por sus padres, que son bombardeados todos sus proyectos de existente. No se puede separar de sus objetos primarios necesitados y no ha sido muerto literalmente por ellos. Quieto por el terror, por la amenaza permanente de que se le niegue la micra de vida que recibe, no se puede desprender de quienes lo necesitan como inmóvil depositario de sus fantasías terroríficas.” Paradójica gratificación narcisista, de quien, aprisionado en su situación, puede encontrar una salida en su propia muerte.

IV “El inconciente es esta parte del discurso concreto en cuanto *transindividual* que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso conciente” (J. Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”). Transindividual, sí. Justamente discurso recuperable analíticamente para restablecer la continuidad de su discurso conciente, no. La escritura figuración escénica del deseo, no es traductible totalmente en discurso; “las palabras son también y primariamente cosas”. Ya no es concebible un habla *plena* ni una linealidad suya, restituible. Caducaron. Junto con el

concepto de una temporalidad homogénea, dominada por la forma del ahora y el ideal del movimiento continuo. Afloja su represión del pensamiento simbólico pluridimensional, porque como dice Derrida en la “Gramatología”, esta opresión convenza a esterilizar la economía técnica y científica, que durante mucho tiempo, había favorecido”. Caduca, como anota el mismo Derrida, una metafísica de la presencia en el verbo, fundada, en “la alucinación de, un lenguaje determinado a partir de la palabra, de la representación verbal de lo preconscious”. La *escritura*, en la dimensión creadora del deseo, aparece como ya- escrita-siempre-escribiéndose, no actividad, sólo Ics, sino *relación violenta entre sistemas*. Trasgresión repetitiva que desdibuja todos los límites y los marca.

Trans-individual. A través y más allá de los individuos. Individuos progresivamente escindidos. Puntos particulares de entrecruzamientos de múltiples textos, puntos móviles e imprevisibles en su acontecer psíquico. Puntos individuos, solamente no divisibles en su muerte.

Cada vez sabemos mejor, apunta Ph. Sollers en su introducción a la “Gramatología”, que “la *l historia* está hecha de *tiempos diferentes* a los que se debe considerar en volumen, en vez de proyectarlos juntos sobre el mismo plano.

Por lo menos *dos escrituras*, distintas, inseparables, ha comenzado a descifrar el psicoanálisis. Una engañosa, sobreimpuesta como inscripción unívoca, singular, despótica, indeleble, herible. Rastro de Narciso inútil. Otra plurívoca, policéntrica, de inmenso poderío sexual, fundado en la alteridad radical del objeto deseado y perdido; desarmante presencia de lo no-representable; irrefutable prueba de que la red se seguirá escribiendo tan luego yo desaparezca, de que la escritura requiere de mi desaparición. Y la de mi padre. Angustiante

desvanecimiento de fronteras entre paternidad y muerte. Para crear, para inscribirme, debo exponerme a la muerte u matar a mi propio padre. Narciso sin escapatoria, la herida de la castración amenazando completarse nos marca a ambos, y a mi padre y a mis hijos. Deslizándonos más allá de su señal de angustia, más allá de la tela envolvente de nuestras madres equívocas - erotismo de la ternura, hacia el terror y el imán de urna madre insondable. Vida - muerte.

“Cada palabra”, dice Julia Kristeva, es un cruzamiento de superficies textuales, un diálogo de varias escrituras: del escritor del destinatario (o del personaje), del contexto actual o anterior”. Cada texto es absorción y transformación de múltiples textos, Siempre después-tejiéndose. Mezcla-combinación de novelas imaginarias, ideologías del pasado, grafías auténticas de padres-hijos. Variante imprevisible cada vez dentro de las grandes motivaciones generales enmarcantes”. *Intertextualidad, no diálogo*. Lucha violenta por abrirse espacio, por deshacerse de (y/o imponer) los engaños narcisistas por discernir la pulsión de muerte de la que se es objeto (del otro, de sí) y poder inscribir, sucediéndola, el símbolo de la negación. Lucha intermitente, casi insoportable. Que se re-inicia. Que a veces consigue, como el poeta en la ficción de lo siniestro, cierta libertad con respecto a los temas.

Escena-escritura transindividual, corporal y violenta, la fantasía requiere aún un trabajo teórico que la articule con la violencia de la historia, con el conjunto de las prácticas productoras de sentido.

RESUMEN

Curar la memoria, transformar la historia, reconstruirse según una a historia radicalmente diferente a todo ordenamiento cronológico, a toda concepción

metafísica, del ser como verdad, como identidad; una historia que obliga a considerar al individuo como escindido y entrecruzado por múltiples textos.

Toda fantasía es concebible como una iterativa actividad de escritura figurada y enigmática. Iteración, retorno de lo reprimido, fuerza trasgresora que desdibuja límites y los marca, que amenaza y señala la existencia de lo siniestro, lo familiar y extraño, duplicación y falta, castración parricidio, paternidad y muerte.

La sexualidad unida a la seducción y adquiriendo significación sólo a posteriori y de allí la noción de angustia traumática. La proximidad esencial del “trauma” y de la “angustia señal”, proximidad de la irrupción siniestra de lo incognoscible e incontrolable y de la elaboración fantasmática.

La amenaza de castración *quid*, en última instancia, siempre proviene del padre, articulada con la prohibición del incesto y el parricidio, aparece como ley represora que controla las pulsiones incestuosas, ley que surge fundada míticamente en la violencia y en la sangre.

La memoria aparece como una escritura, en un lugar, vinculada al deseo (escena de deseo que aparece como ya-escrita-siempre-escribiéndose); pero esta escritura, por ser transcripción, es figurativa, plurívoca (policéntrica, configurada en el núcleo o el “ombligo del sueño”) y de allí irradia como los micelios del hongo. Pero ese punto —el ombligo del sueño— es un punto oscuro por donde se une con lo desconocido (incognoscible).

La pulsión de muerte actúa silenciosamente y todas las fantasías, aun las más fuertemente homicidas, deben interpretarse en el contexto de significaciones

sexuales, *significaciones que no pre-existen a su escenificación, a su escritura; sólo a posteriori interpretables.*

Esta escritura es protección contra sí, contra la escritura según la cual el “sujeto” está él mismo amenazado dejándose escribir, exponiéndose a ella.

Pero, ¿quién escribe y cómo escribe? La indefensión originaria coloca al ser humano en sujeción absoluta con respecto al deseo del otro, Angustia traumática, irrupción incontrolada de la pulsión de muerte, de lo no simbolizable. Para que se organice la angustia como señal, para inaugurarse la subjetividad como fantasía (escena del deseo) del objeto perdido, debe poder el niño significarse como parte esencial de la fantasía materna.

Si el deseo es deseo de deseo, si la memoria se funda por la inscripción de los significantes del deseo materno, habrá también una insaciable pregunta por lo incognoscible, del objeto, que alienta toda trasgresión y mis mayores temores. Toda escritura refiere entonces a una no-escritura, a lo no simbolizable “ombbligo del sueño que se apodera de toda escritura y conecta con una madre insondable, amarra abierta que desautoriza a toda recuperación narcisista.

El narcisismo, es la salida ante la angustia frente al riesgo de desaparición del sujeto en su intento de escritura. Lacan a partir de “El estadio del espejo” ha mostrado la estructura desdoblada y traumática del narcisismo: dominio paranoico del mundo, fantasía de una sola inscripción, legible, siempre definitiva. El ojo implica el espejismo de contener el objeto perdido de la madre.

La identificación primaria es hacerse a hechura y semejanza de los padres indistintos, más allá de la diferenciación sexual escisión del ego gracias a la

cual mantiene sin reducto en el que es posible renegar la castración: ser el yo ideal y cultivar la madre fálica.

La identificación secundaria: duelo y sutura narcisista en el carácter.

Fascinación del ego por su ideal: incondicional necesidad de amor, obedecerlo es sentirse amado, protegido, dignificado. El funcionamiento narcisista en el lugar de padre es el modo de transmisión a través de las formaciones ideales, de “las- ideologías del pasado que perviven en el surperyo”. La madre —dice Freud— es quien por sus cuidados que dependen de su narcisismo, despierta la sexualidad del niño. Articulando el narcisismo, “Tótem y tabú” y los historiales podemos decir que la fantasía es la forma en que se produce la escritura transindividual.

Escena-escritura transindividual corporal y violenta, la fantasía requiere aún un trabajo teórico que la articule con la violencia de la historia, con el conjunto de las prácticas productoras de sentido.

Resumen por D.G

BIBLIOGRAFIA

- 1 - DERRIDA, J-: *L'écriture et la différence*; Du Seuil; 1967.
2. DERRIDA, J.: *De itt Gramatología*; Siglo XXI; Argentina, 1971.
3. FREUD, S.: *Proyecto de una psicología para neurólogos*”; Biblioteca Nueva; Madrid, 1972.
4. FREUD, S.: *Manuscrito L*; íd.
5. FREUD, S.: *Manuscrito M*; id,

6. FREUD, S.: *Carta 52 a Fliess*; íd,
7. FREUD, S.: *La interpretación de los sueños*; íd. *L'interprétation des rêves*; PUF; París, 1967.
8. FREUD, S.: *Tres ensayos sobre una teoría sexual*; íd. *Trois essais sur la théorie de la sexualité*; Gallimard; 1962.
9. FREUD, S.: *Tótem y tabú*; íd.
10. FREUD, S.: *Introducción al narcisismo*; íd.
11. FREUD, S.: *Métapsychologie*, trad. de Laplanche y Pontalis; Gallimard; 1976.
12. FREUD, S.: *Más allá del principio del placer*; íd.
13. FREUD, S.: *Lo siniestro*; íd.
14. FREUD, S.: *Psicología de las masas y análisis del yo*; íd.
15. FREUD, S.: *El yo y el ello*; íd,
16. FREUD, S.: *La cabeza de Medusa*; íd.
17. FREUD, S.: *La negación*; íd.
18. FREUD, S.: *Fetichismo*; íd.
19. FREUD, S.; *Un trastorno de la memoria en la Acrópolis; Carta-abierta a Romain Rolland*; íd.
20. FREUD, S.: *Escisión del yo en el proceso de defensa*; íd .
21. FREUD, S.: *Análisis terminable e interminable*; íd.
22. FREUD, S.: *La pérdida de la realidad en las neurosis y las psicosis*
23. FREUD, S.: *Análisis fragmentario de una histeria*; íd.
24. FREUD, S.: *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito*; íd.
25. GARCÍA REINOSO, D.: *Fractura y apertura. Sobre el problema de la escritura en el inconciente*; en: "Cuestionamos 2"; Granica; Buenos Aires, 1973.

26. JONES, E.: *Vida y obra de Freud*; Nova; Buenos Aires, 1962.
27. KRISTEVA, J.: *Recherces pour une sémanlyse*; Du Seuil; 1969.
28. KOOLHAAS, G.: *Inconciente: inscripción-texto-archivo*; Rev. Ur. de Psicoanálisis (tomo XIV, nº 3).
29. LACAN, J.: *Le stade du miroir*; en: "Écrits"; du Seuil; 1966.
30. LACAN J.: *Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse*; íd.
31. LACAN, J.: *La chose freudienne*; íd.
32. LACAN, J.: *Las formaciones del inconciente*, transcripción de Pontalis; Nueva Visión; Buenos Aires, 1970.
33. LACAN, J.: *El deseo y su interpretación*; íd.
34. LECLAIRE, S.: *Contar con el psicoanálisis*; Siglo XXI; Argentina, 1972.
35. PLÁ, J. C.: *Tesis sobre grupo familiar*; Facultad de Medicina, Montevideo; 1968.
36. REY, J. M.: *Parcours de Freud*; Galilée; París, 1974.

JUAN CARLOS PLÁ (México), médico psiquiatra, formado en Uruguay, reside actualmente en México, siendo miembro de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. En Uruguay integró la Asociación Psico-analítica del Uruguay y trabajó en la aplicación del psicoanálisis a la familia.

Dirección: Presidente Carranza 63. Col. Coyoacán, México 21. DF.

